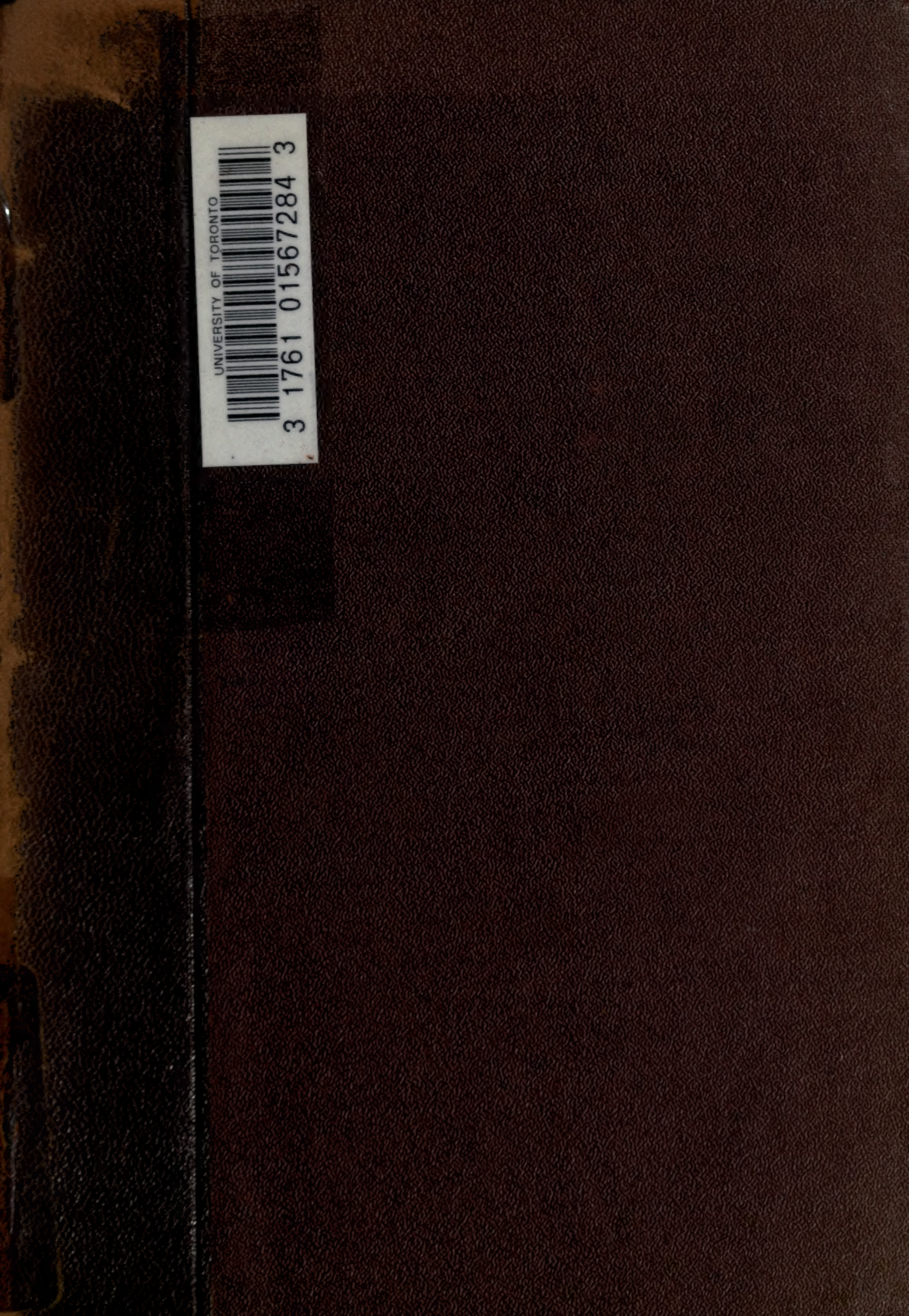
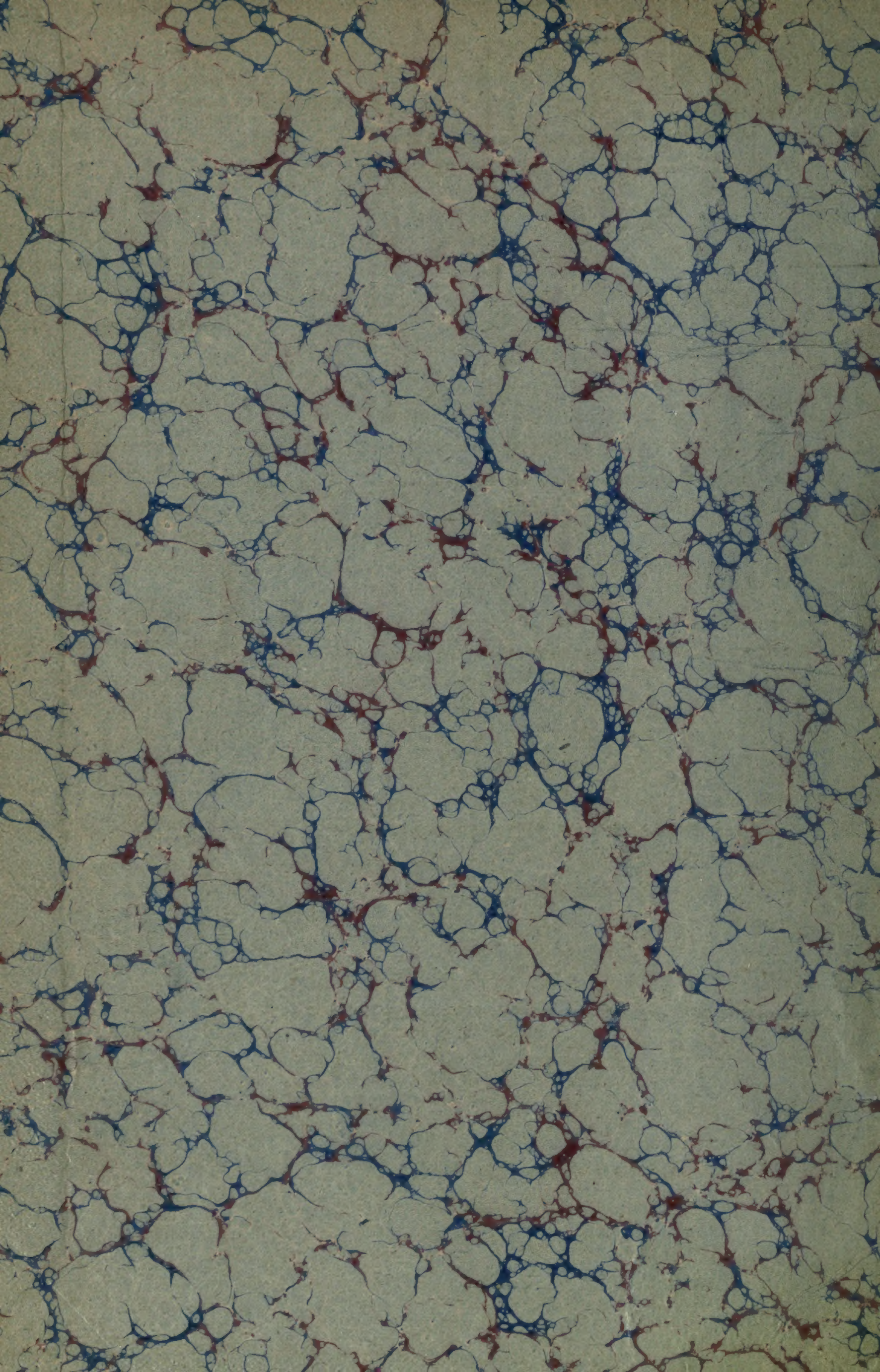
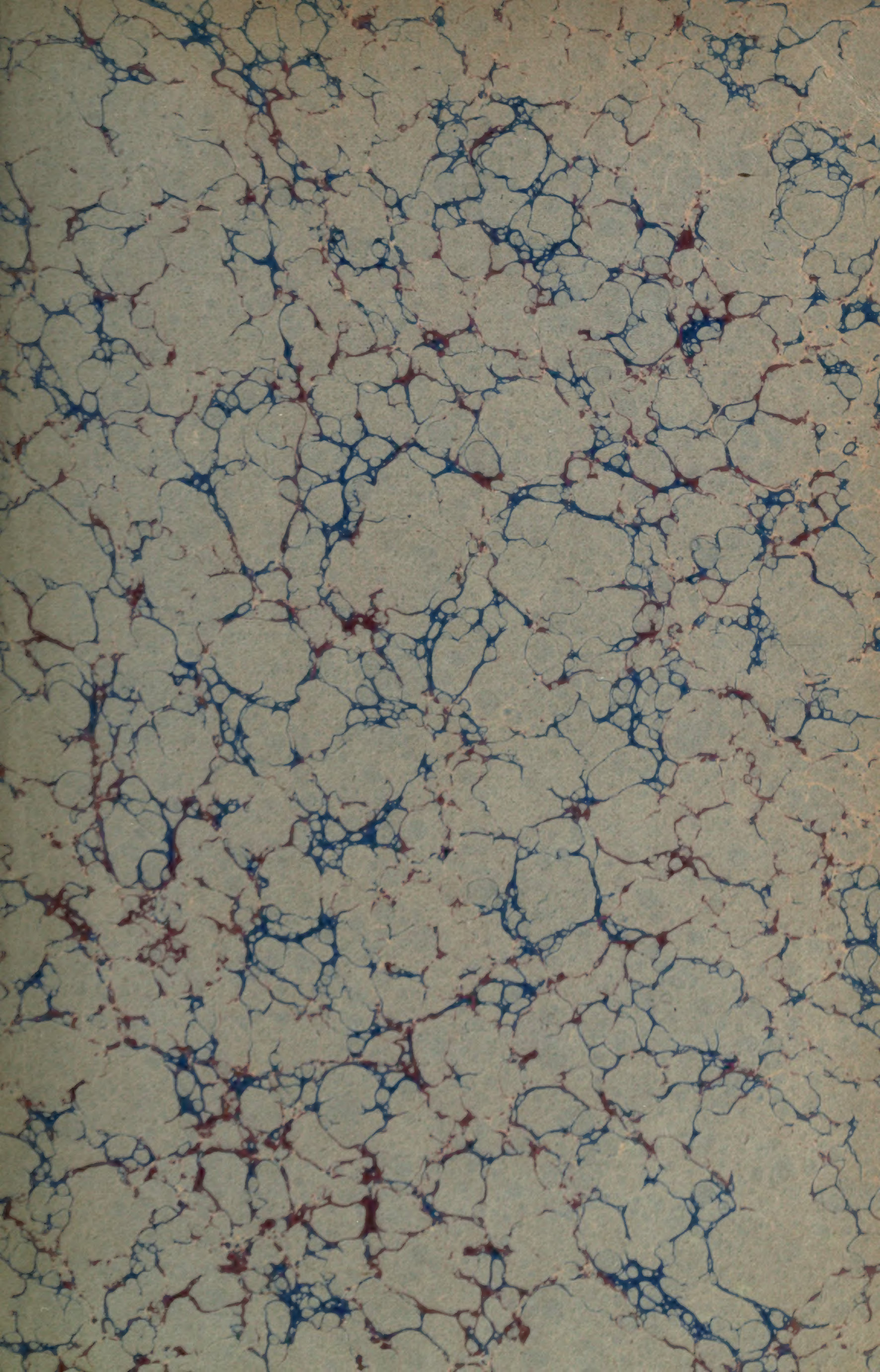
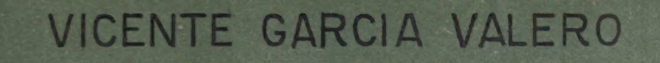

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01567284 3







CRÓNICAS RETROSPECTIVAS DEL TEATRO



POR UN CÓMICO VIEJO, CON CINCUENTA Y OCHO GRABADOS

LIBRERIA GUTENBERG, DE JOSÉ RUIZ = P.ZA DE S.TA ANA, 13 MADRID

Lit. E. Fernández. Gonzalo Córdova, 17-Madrid.

Crónicas Retrospectivas del Teatro.

Art D.B
G

Vicente García Valero.

Crónicas Retrospectivas del Teatro

POR

UN CÓMICO VIEJO



MICROFORMED BY
PRESERVATION
SERVICES
DATE JAN 07 1991

MADRID
LIBRERÍA GUTENBERG DE JOSÉ RUIZ
PLAZA DE SANTA ANA, 13
1910

108356
13/3/11

Es propiedad.

Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra.» — Madrid, 1910.

HERALDO DE MADRID

—

Director

—

PARTICULAR

Madrid, 30 de Diciembre de 1903.

Sr. D. Vicente García Valero.

Mi distinguido amigo:

Este periódico seguirá como siempre consagrando una gran atención al arte teatral, y para ello he pensado abrir una nueva sección, en la que considero indispensable que usted colabore, lo que solicito, demandando previamente su perdón para que me dispense si le importuno.

Deseo que usted relate, en el número de cuartillas que crea necesario, las anécdotas, incidentes curiosos, historias breves, sucedidos, etc., que recuerde de lecturas, ensayos y estrenos de obras teatrales. Pretendo dar idea en el periódico de la vida interna de los teatros, y nadie mejor que los que en él tienen, como usted, autoridad reconocida, para presentar ante el público un aspecto muy in-

teresante y poco ó nada conocido de la vida artística.

El artículo ó artículos que me envíe serán un nuevo motivo de la gratitud mía hacia usted; pero, aparte de ello, puede poner precio á su trabajo si lo considera conveniente, seguro de que siempre quedará á usted reconocido su afectísimo amigo q. b. s. m.,

J. Francos Rodríguez.

Intimidades del Teatro.

Sr. D. José Francos Rodríguez.

Mi distinguido señor y querido amigo: No me gusta exhibirme; bastante lo hago á diario, obligado por la necesidad; pero... ¿cómo negarme á la invitación de usted? De ningún modo. Me pide usted anécdotas de la vida íntima del teatro. Recuerdo muchas; mas al referirlas pudiera herir susceptibilidades de *alguien*, y líbreme Dios de semejantes inoportunidades. En fin; contando con la benevolencia de los lectores, y por servir á usted, terminaré este exordio; procuraré arrimar el *ascua á mi sardina,* es decir, para mí la sátira, y allá van cuentos que son sucedidos:

Hace años fuí á inaugurar, con una compañía, el teatro de Alginet, hermoso pueblo de la provincia de Valencia.

Empezó la primera función á las doce de la noche, y, aun así, quedaba el teatro á medio concluir. El cuarto que me destinaron, como á primer actor, estaba sin baldosines; ya me disponía yo á vestirme, cuando se me presentó el guardarropa diciéndome:

—*Señoret, prenga esta albarda.*

—¿Para qué?—contesté yo.

—Para los pies; así evitará la humedad.

Y... efectivamente, convertí aquel aparejo en alfombra, y sobre ella *me calcé la espuela* para desempeñar el Fernando de *La esposa del vengador.*

Á los pocos días fué á sustituirme la compañía del eminente actor D. Ascensio Mora, padre del distinguido artista del mismo apellido que actúa en el teatro de la Comedia.

¡Cuál no sería la sorpresa de mi amigo Ascensio cuando, á tiempo de vestirse, se le presenta el guardarropa y le dice!:

—Al otro le dimos una albarda, ¿usted quiere paja?



En el teatro Principal de Valencia, en la época de su mayor apogeo, se representaba una noche el drama en cuatro actos y en prosa, arreglado del francés por D. Ventura de la Vega, titulado *Gaspar*

el ganadero. Al numeroso abono de entonces no gustaba este género. Oyeron en silencio el primero y segundo actos, y ya en el tercero, estando representando una escena dos colosos del arte, D. Antonio Vico y Perico García, empezó el público á manifestar groseramente su desagrado. D. Pedro, por lo bajo, le dijo á Vico:

—Antonio, ¿es á ti ó á mí?

Y contestó Vico:

—¡¡¡Á los dos!!!



En Eslava (de Madrid) se estrenó una obra titulada *Belenes*, libro de Perrín y Palacios, música del maestro D. Manuel Nieto. Cruzaba la escena, tocando el clarinete, en combinación con la orquesta y coros, un músico callejero que nunca ejecutaba más que los dos primeros compases de la jota aragonesa.

Muchos de mis lectores recordarán haber visto á este individuo por las calles, en mangas de camisa, con gorra militar de cuartel y atacando con su instrumento el principio de la jota, sin resolver nunca.

En la citada zarzuela tocaba siempre fuera de tiempo.

El autor de la música estaba desesperado. Una noche se presentó en el escenario, sacó un ovillo de bramante y ató un cabo al brazo del *profesor* de

clarinete. Llegó el momento de salir este individuo; Nieto fué aflojando bramante, y cuando tenía que tocar le daba un tirón.

Estando en esta faena, sube Julio Ruiz y le dice al maestro:

—¡Nunca pude pensar que el clarinete fuera instrumento de cuerda!



Había yo estrenado en provincias varias piezas cómicas de las que era autor; en Madrid era conocido como actor, por haber estado contratado en los teatros: antiguo Circo de la plaza del Rey, Recoletos y Martín. En este último estrené una zarzuela titulada *¡Á la cuarta pregunta!*, con música del maestro D. Isidoro Hernández.

Gustó el juguete; yo tuve las *agallas* de trabajar en él. Lo que sufrí hasta que el público *entró* en la obra, no es para descrito; así, que decidí, en las obras sucesivas, no *repartirme* papel, propósito que quebranté más adelante. Al año siguiente estrené en Eslava *El vermouth de Nicomedes*.

Con esta zarzuela hizo sus primeras *armas* en Madrid, como autor, el reputado maestro y querido amigo Gerónimo Giménez. Á los ensayos generales no asistió Julio Ruiz; se había ido al Escorial á ver el entierro de D. Alfonso XII.

Llegó la noche del estreno; yo estaba vestido de soldado de caballería para representar *Vino pardillo*, primera producción de Fiacro Irayzoz, que habíamos estrenado noches antes.

Al empezar *El vermouth de Nicomedes* me fuí lejos del escenario; entré en la Contaduría, dispuesto á esperar allí la noticia de mi derrota.

Mi compañero y amigo Antonio Riquelme, que tenía grandes esperanzas de buen éxito, y esto significaba mucho en favor del estreno, vino á buscarme y me dijo:

—Sube al escenario, Vicente; la obra gusta mucho; ya no hay cuidado.

—¡Dios te oiga, Antonio! ¿En que están?

—En la escena del brasero; no tengas miedo, que no hay cisco.

Llegó el final, y, ante los aplausos y sin darme tiempo á quitarme el uniforme de soldado, me sacaron á escena mis compañeros Juan Balaguer y Julio Ruiz.

La Prensa me trató muy bien, y más de un periódico terminaba la reseña diciendo:

«Dos casos únicos se han dado en el teatro de salir á escena los autores vistiendo el honroso uniforme militar: el de García Gutiérrez en su primer estreno, *El Trovador*, y el de García Valero, en su estreno de anoche.»

***

En esa misma temporada era yo nuevo en Eslava como actor; el empresario, D. Ramón García, se hallaba en San Sebastián y escribió á D. Rogelio Navarro, su representante, para que mi *debut* y el de otros artistas se aplazara hasta que él viniera.

Yo estaba como gallina en corral ajeno; se hacía á última hora el cuarto acto del *Tenorio*. Riquelme hacía el *Don Juan*, Ruiz el *Mejía*; me dijo Julio que se sentía muy enfermo, y apeló hasta á nuestra amistad de la infancia para que le sustituyera. Fuí débil, y, no teniendo en cuenta la orden del empresario, me vestí de trusa y exigí que se avisara al público la sustitución.

En el momento de salir á escena me advierte Picazo, el traspunte del teatro, que no habían anunciado. Me quedé atónito; salgo embozado, y al declamar: «Bien hallado, señor mío», se oyen murmullos de desagrado. Estas demostraciones continuaron en los dos versos que siguen antes de bajar el embozo, «Vengo á mataros, don Juan», ya enseñando la cara. El pateo fué grande; me vi perdido. ¿Qué hacer? Vino una resolución en mi ayuda, que me proporcionaron los nervios: ¡el todo por el todo! Me adelanté á las *candilejas*, me quité el birrete, y dije: «Señores: Julio Ruiz se ha indispuesto repentinamente; yo improviso su papel. Si esto no es del agrado del público, no puedo hacer otra cosa en obsequio al mismo, sino que me maten

antes de tiempo.» Esto me valió una ovación y el asegurar mi contrato en el mismo teatro por espacio de algunos años.



Y voy á terminar estos *desaliñados* renglones, mi distinguido amigo D. José, contándole que después de aquel *vermouth* de *marras,* estrené ocho ó diez obras, y obtuve la indulgencia del público y de la Prensa.

Mi último estreno fué: *El diablo en el molino;* firmé con el pseudónimo *Vigarva,* y me encargué del principal papel.

Ahora escribo obras; se las leo á la familia, y me aplauden á rabiar. Las llevo á los teatros y me dicen que conozco los efectos teatrales. «¡Bien, Vicente, bien!»—exclaman. Pero mi *familia* se empeña en que no estrene, ¿y qué hacer? Pues ¡¡dar gusto á la *familia!!*

VICENTE GARCÍA VALERO.

6, IV, 1904.

Don Luis Mejía, empleado en Hacienda.

Yo inocente en paz vivía con mi destino de aspirante de primera clase á oficial, en la Administración económica de la provincia de Valencia; mis aficiones al arte escénico me llevaron á representar comedias y zarzuelas en los escenarios de los Liceos, de las Sociedades y de los teatros públicos cuando se organizaban funciones de beneficio.

Yo era popular en Valencia, por lo bien que interpretaba, decían, las obras en un acto de Puente y Brañas, muy en boga por el año 1875, con música de los maestros Rogel y Cereceda, tituladas *Pascual Bailón*, *Dos truchas en seco*, *El último figurín*, *El matrimonio*, *Tocar el violón*, y otras.

Actuaba en el teatro de la Princesa, de Valencia, la compañía de zarzuela de Teresa Rivas, y llegada la época de poner en escena el drama más popular de Zorrilla me comprometieron para desempeñar la parte de Mejía, previa precaución, por

mi carácter de funcionario público, de sustituir mi nombre en el cartel con un seudónimo.

Llegado el día de Todos los Santos, apareció el anuncio del teatro con el *Don Juan Tenorio* por la



Vicente García Valero en 1875.

tarde y también por la noche. En la nota final del cartel se daba aviso de que al siguiente día, con motivo de ser las Ánimas, se darían la tercera y cuarta representaciones del citado drama religioso.

Cien pesetas me proporcionaba mi ajuste como

galán joven para las cuatro funciones, ó sean veinticinco por cada estocada que iba á recibir. ¡Muy poco inferior era esta cantidad, de veinte duros, á la que devengaba en la oficina por un mes de trabajos cotidianos!

El Jefe económico, D. José Dabán y Tudó, cursó una orden, la víspera de mi compromiso teatral, para que al siguiente día, aun siendo festivo, asistieran á las oficinas los empleados y se dedicasen á trabajos extraordinarios que él dispondría.

Jefes de negociado, oficiales, aspirantes y escribientes firmaron el enterado.

Todos asistimos con puntualidad á la Administración á las nueve horas del día señalado. Á la una de la tarde no había acudido el jefe; la función empezaba á las tres; yo, como puesto en brasas y sin conseguir que ninguno de mis superiores me autorizara para ausentarme, resolví ir en casa de don José y contarle la mayor mentira que pudiera ocurrírseme. Una criada me hizo pasar á una habitación para que esperase; el señorito se hallaba en conferencia con unos diputados provinciales; á poco entró una niña, se dirigió al piano y comenzó á estudiar el *miserere* de *El Trovador;* yo tocaba por aquel entonces ese trozo popular y sentido de la obra de Verdi.

La precoz pianista dudaba; previo su permiso, me senté en el taburete, y haciéndolo menos mal

que ella, vi que me escuchaba con muestras de admiración, como reconociendo mi superioridad. ¡Pobre criatura! ¡Y más pobre si hoy me oyera tocar!

Á poco se abrió estrepitosamente una puerta, y apareció D. José (este señor tenía muy malas pulgas; conste que no hago alusión á Valencia, donde hay muchas).

—¿Quién es usted?

—Soy un subordinado de Vuecencia; tengo á mi madre enferma en el pueblo de Burjasot; aprovecho los días de fiesta para verla, y por ésto venía á suplicar permiso...

—¿No ha firmado usted el enterado en mi orden de ayer?

—Sí, señor.

—Á ustedes, los de la Intervención, les tengo muchas ganas. ¡Los asuntos que afectan al servicio.. en la oficina! ¡Retírese usted!

Se volvió con sus diputados; la señora del Jefe, que había acudido, quizá por oir en el piano los *adelantos de la niña*, me acompañó hasta la puerta de la escalera y me dijo:

—Está muy molesto con los empleados; dice que va á pedir la cesantía de muchos.

Me retiré convencido de la imposibilidad de que Tenorio me matara aquella tarde y sí la posibilidad de que D. José me matara de un disgusto.

¿Cómo solucionar el compromiso contraído con

la Empresa Rivas? ¡San Ginés, comediante, lo podía con un milagro!

Ya en la oficina, uno de los oficiales (D. Carlos Regino Scler, hoy superior jerárquico de la Hacienda española), me dijo:

—Vete á ver á tu madre; yo haré cuanto pueda porque no se note tu falta; pero si hay responsabilidades, corren de tu cuenta.



La representación de la tarde pasó para don Luis Mejía sin más de particular que *morir como bueno.*

Por la noche ya fué otra cosa; momentos antes de empezar se me ocurrió mirar por el agujero de la cortina y, ¡¡oh estupefacción!!, en la primera fila ocupaban tres butacas el Jefe económico, su señora y la niña de *El Trovador.*

—Á ver, segundo apunte, no empieces; un momento. ¡¡Peluquerooo!!, ¡¡peluquerooo!; pégame una barba que me desfigure, que sea muy tupida.

¡Aquí de los apuros del empleado en Hacienda, esquivando el mirar de frente al público de butacas!

En el cuarto acto quedé persuadido de que la niña me señalaba como diciendo á sus papaítos: «Es él; él es, el del *miserere.*» Por fin terminó mi marti-

rio, feneciendo *cara á cara*, y me fuí á casa pensando en que al día siguiente fenecería por correo.



El portero mayor: —Señor Valero: el Jefe, que vaya usted á su despacho.

. . . .

. . . .

—¿Qué tiene que mandarme Vuecencia?

—Apéeme el tratamiento. Por el correo de hoy pediré á la Intervención general su cesantía; así podrá dedicarse de lleno al teatro, sin poner en mal estado la buena salud de su señora madre de usted.

—¿Tiene algo más que ordenarme?

—Nada.

—¿Me permite mi jefe que le dirija una pregunta?

—Diga.

—¿Qué concepto le he merecido como actor?

—Excelente; tiene usted un porvenir más claro que en la Hacienda.

—Usted me favorece. ¿Tiene el señor Jefe conocimiento con alguno de los artistas de valía en Madrid?

—Soy íntimo de Manuel Catalina.

—Me atrevo á hacer á usted una súplica: puesto que es cosa resuelta mi cesantía, le agradeceré escriba al Sr. Catalina para que me contrate en el teatro Español.

—Bueno. Retírese usted.

Volví á mi escritorio con el alma en un hilo, despidiéndome con ojos llorosos «del libro de cargo, de las carpetas, del balduque y de las dos iniciales de mis apellidos labradas por mi mano sobre el pupitre con ayuda del raspador».

Maquinalmente me iba comiendo las obleas encarnadas, cortadas á grandes cuadros, y cuando me apercibí noté que con esto no hacía más que aumentar el mal sabor de boca. ¡No estaba yo para obleas!

Así que hubo salido el correo vi al Secretario y supe que no pedían mi cesantía. Al Jefe le habían hecho gracia mis súplicas; pero deseaba no volviese yo á salir entre cómicos, pues tenía mucho miedo á que la Prensa de oposición le echara en cara responsabilidades por consentir empleados que abandonaban la pluma de la oficina para lucir la otra pluma, la del capacete que completa el traje de trusa.

Federico Tamayo y el "Emir".

¡Pobre Federico! Su carrera artística fué breve, muy breve; después de actuar en provincias con su tío, el eminente Victorino Tamayo y Baus, vino á Madrid y se reveló como excelente actor en el teatro de Variedades, de la calle de la Magdalena; ratificó sus méritos en Lara; allí estrenó el papel de Mariano en *Pepa la frescachona*; luego, en la Comedia, un asistente en *Militares y paisanos*, y otros personajes en obras que aun forman parte del actual repertorio.

Joven todavía contrajo la enfermedad que acabó con su existencia, y que venía minándole por espacio de cinco años.

El martes 19 de Mayo de 1896 publicaba un suelto el *Heraldo de Madrid*, dando cuenta del fallecimiento, acaecido en el Hospital Provincial, de esta Corte; la noticia terminaba con las siguientes líneas:

«Tamayo ha muerto en el olvido. Dicen que desde que comenzaron á manifestársele los primeros síntomas de la enfermedad que le ha costado la vida, se vió abandonado por todos aquellos que algún día fueron sus amigos y compañeros, y últimamente se le veía por las calles con el único que



Federico Tamayo en 1876.

le ha sido fiel en su desgracia: su hermoso perro de aguas, que constantemente le acompañaba.»

«¡Descanse en paz el malogrado artista!»

¡Pobre Tamayo! Don Victorino nada podía hacer por su sobrino; en provincias se *revolvía*, luchando con su decadencia. D. Manuel Tamayo y Baus podía hacer mucho... y no hizo nada. En el benéfico establecimiento murió el comediante, olvidado de

todos, menos de uno, de su perro, que en aquellas circunstancias fué el más *racional.*

Merece este fiel compañero su poquito de historia.

Cuando Paco Gras, simpático amigo y conocido bastonero, tenía su tienda junto al teatro de la Comedia, allí, á la salida de los ensayos, acudíamos por las tardes, entre varios contertulios, algunos cómicos.

Tamayo era uno de los más asiduos. El tema de la conversación en una de estas *asambleas* fué hablar de los *canes,* de su inteligencia, de su fidelidad, de sus monadas, etc., etc.

Allí se nombró al perro *Abel*, de la obra de Escrich, *El cura de aldea;* al perro *Brasil,* de *Los mohicanos*, de Dumas; á *El perro de Montargís;* al perro *Paco* y á otros, bien reales ó bien imaginarios, con sus mil hechos heroicos, sus múltiples hazañas, y sin mencionar ni una sola *perrada* de estos inteligentes animalitos. Resumiendo: *echamos la tarde á perros.*

Transcurrido algún tiempo, se nos presentó Federico con un hermoso can, que, si mi memoria no es ingrata, lo había *bautizado* con el exótico nombre de *Emir.*

Esto tuvo efecto en la tienda de la calle de Alcalá, número 40, adonde Gras se había trasladado.

Tamayo era soltero, y, falto de parientes á quie-

nes dedicar sus afecciones, no es extraño que reconcentrase todo su cariño en aquel animal gallardo é inteligente.

Un eminente literato ha dicho que «el perro, hasta los siete años, no cesa de mejorar su conocimiento de una manera asombrosa; llegado á esa edad, *habla*». No dudo de que esto pueda ser; porque hace poco más de un año que tengo uno y todavía no habla, pero ya me hace señas.

El actor de nuestra referencia, ya enfermo y con las facultades perturbadas, sólo para su fiel compañero adquiría lucidez; cuando lo llevaron al hospital merodeó el animalito por los alrededores del edificio; trabajo les costaba á los porteros impedir la entrada de *Emir* en las salas de los enfermos.

El artista fué enterrado en el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena.

Un día se presentó el can en el despacho de Gras, moviendo la cola, husmeándonos á todos, y al dar estas pruebas de regocijo expresaba la alegría que le producía hallarse entre antiguos conocidos. ¡En qué estado se aparecía! ¡Flaco y sucio, aquel animal antes tan cuidado! Gras recomendó al chico que lo lavara, que lo acomodase en el patio y así tendría compañero para cuidar de la tienda durante las noches.

Al *Emir* se consiguió adecentarle, mas no retenerle en la casa.



En cuanto el chico, á las siete de la mañana, levantaba la puerta persiana, el perro tomaba el *tole*. Volvía por la noche, lleno de suciedad y en estado famélico. Las escapatorias se repetían á diario. Gras, intrigado con esto, encargó al muchacho que lo siguiera, y para conseguirlo no le daría suelta hasta que acudieran los demás dependientes de la casa. El chico, transcurridas algunas horas, volvió dando la razón de que «*Emir* se pasaba los días en el cementerio del Este».

Nos admiró el caso, y el animalito nos fué doblemente simpático, y mayor sorpresa nos produjo el *epílogo* con que doy fin á este sucedido.

El excursionista, en una de sus escapatorias, no volvió más por la tienda.

El dependiente fué al camposanto para inquirir noticias.

En la Conserjería le dijeron al muchacho:

—El cadáver del perro fué retirado de sobre la fosa del amo hace cuatro días.

¡¡Acertadamente había escrito el redactor del *Heraldo de Madrid*...!!:

«Se vió abandonado por todos aquellos que algún día fueron sus amigos y compañeros, y últimamente se le veía por las calles con el único que le ha sido fiel en su desgracia: *su hermoso perro de aguas, que constantemente le acompañaba.*»

Bailarín y Apuntador.

(CUENTO DEL NATURAL)

En los primeros días de Diciembre de 1874, y muy cerca del anochecer, entraban en el pueblo de Ondara (provincia de Alicante) cuatro hombres y dos mujeres; el que menos iba cargado con uno ó dos bultos, al parecer de ropa. Uno de ellos llevaba debajo del brazo varias espadas, que, á no ser por las cruces y las cazoletas, mejor hubiesen sido tomadas por asadores inservibles. Venían cubiertos de polvo, y más que personas decentes parecían facinerosos.

Su situación no era para menos; pédibus-andando por la carretera desde Denia á Ondara, son motivos más que suficientes para desaliñar la indumentaria del más atildado: ¡qué había, pues, de sucederles á los personajes que acabamos de conocer, si, además de los efectos del viaje, saltaba á la vista



que la acción del tiempo había dado á sus vestidos colores indefinidos y *girones* sin átomo de nobleza!

*
* *

El más viejo de los cuatro se llamaba D. Pedro Rodríguez de la Encina, actor excelente en su buena época, y á quien el peso de los años había lanzado á la desesperada vida de cómico de la legua. Don Pedro y los cinco restantes formaban un cuadro dramático, yendo á la ventura por villas y aldeas. La primera dama, señora cincuentona, de gran obesidad, casada con D. Pedro y huérfana de un ex Gobernador de provincias, conservaba restos de su cuidada educación, pues tocaba al piano dos polkas y un vals, y cantaba varias canciones del maestro Iradier.

La dama joven, una muchachita de veintisiete años, á quien llamaremos así por la escasez de su físico y por la razón de que aun no había tenido novio, desempeñaba discretamente sus papeles, pero sin energías. El papá decía:

—Esta Nonita nos desluce los dramas; no tiene corazón.

—No es eso—exclamaba D.ª Pilar.

—Sí, sí; carece de entusiasmo, de arranque...

—Carece de hígado de bacalao, Pedro; la pobrecita se muere de anemia.

—En este pueblo se repondrá.

—¿Nos vas á dar de comer mejor?

—¡Quién sabe! Mira á su hermano, nuestro galán joven: está robusto; ahí le tienes, como siempre, con los dedos en la boca comiéndose las uñas; ¡demontre de chico!... ¡Yo creo que eso le engorda!

—¡Ay, Perico, si mamá levantara la cabeza y viera que yo, la hija del Gobernador de Gerona!...

—¿Eso sería cuando el sitio?

—¡Aquellos bailes que dábamos! Diría...

—Diría que ahora no estabas para bailar.

El resto de la compañía (como dicen algunos actores-empresarios en los sueltos de contaduría para ocultar su escaso valimiento y acostumbrar al público á que los tenga por excepcionales) lo completaban un actor eminentemente viejo y más eminentemente chato y otro artista, todavía joven, muy enjuto de carnes, un poco corto de vista y un mucho afeminado en sus modales; éste era el bailarín, y también hacía de apuntador. Su pareja de baile era Nonita, que dejaba el coturno, en el instante preciso, para calzar la sonrosada zapatilla de galgas.

Los conocemos en detalle; ahora sigámosles.

Preguntaron á un chico por la posada, y al poco rato se habían instalado en ella.

El matrimonio, con sus dos hijos, tomaron un cuarto con dos camas; la ex Gobernadora era mujer

práctica en hacer de dos cuatro. El chato y el bailarín acotaron el pajar.

—Chicos, hasta ahora mismo: mañana es domingo, tenemos que dar función; lo piden á voces nuestros bolsillos.

—Y nuestros estómagos—replicó el bailarín.

—Oye, Pilar: no os excedáis, no pidáis nada; cenaremos con las sobras del camino.

—¡Si no ha sobrado nada!

—Pues con eso cenaremos; yo voy á hablar con el Alcalde. Hasta después.



—Es una buena compañía; ¿aquí hay imprenta? Si no, pintaremos nosotros los carteles.

—No, señor; las funciones se anuncian por pregón. Nos gusta mucho la *trigedia* y el baile.

—Mañana tendrán ustedes tragedia; haremos *Sancho García*, y habrá baile; mi hija es una buena bailarina.

—Y el bolero, ¿es bueno? Aquí se vuelven locos con los brincos.

—El de esta compañía, de un salto, va á parar á las bambalinas y no baja hasta que dejan de aplaudir.

—¡Magnífico! ¡Ah! Les prevengo que si el público pide la repetición de algo, no lo hagan hasta que yo tire el bastón al escenario.

—De modo que usted ha de echar...

—Es costumbre.

—Mire usted cómo lo tira, señor Alcalde...



—Darse prisa; cargar con el vestuario; es la hora de la función. Pilar, ¿has puesto la dalmática blanca para el *Sancho*?

—¿No me has visto esta mañana lavar una de mis camisas?

—Bueno. Ahora iré yo; me quedo para disponer la cena.

Todos salieron con dirección al teatro, á excepción de D. Pedro. El bailarín iba el último, cargado con el fardo de la ropa; su paso menudito le impedía caminar al igual de todos.

—Oiga usted, mesonera; ¿qué importan los desayunos y el arroz con judías que hemos comido esta tarde?

—Todavía no he echado la cuenta, déjelo usted correr.

—Conformes. Para esta noche, después de la función, prepare una cena variada y abundante.

—La despensa está bien surtida. Tengo lomo, butifarrones, puedo matar una gallina...

—Déjela usted que viva; ¡animalito!

—Tengo conejos que, aunque de corral, nunca habrá usted visto carnes más apretadas.

—Estoy bastante mal de dentadura; lo que usted me ofrece es muy pesado para por la noche; lo más sano será una cazuela de sopas, muy abundantes, ¿entiende?, que es para todos.

—Echaré huevos.

—No los estropee usted... Mañana, visto el resultado de la función, ya será otra cosa.

—¿Y qué echo en las sopas?

—Echelas usted algo que dé substancia y no cueste dinero.

—Echaré ajos.

—Eso, sí señora; y como la entrada sea mala, puede que yo también los eche.

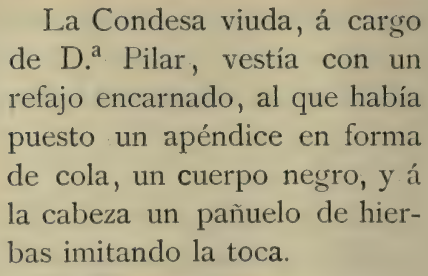


El teatro estaba rebosante de público; no había una silla desocupada; como que cada espectador tenía que llevarla de su casa.

La entrada costaba 25 céntimos.

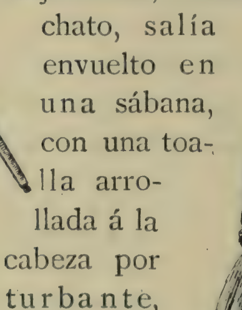
El Alcalde ocupaba una especie de cercado hecho con tablas, al que daban el nombre de palco.

Don Pedro vestía el Sancho García, en la obra del inmortal Zorrilla, con dalmática blanca (la camisa de D.ª Pilar), medias de color de plomo, botas de caza y un cinturón de terciopelo; con esta indumentaria estaba dispuesto á convencer al auditorio de que era el poderoso Conde de Castilla.



La Condesa viuda, á cargo de D.ª Pilar, vestía con un refajo encarnado, al que había puesto un apéndice en forma de cola, un cuerpo negro, y á la cabeza un pañuelo de hierbas imitando la toca.

El Hissem-Alamar, personaje moro, á cargo del actor chato, salía envuelto en una sábana, con una toalla arrollada á la cabeza por turbante, alpargatas negras, y por alfanje un sable de soldado de caballería.



Estrella, papel desempeñado por Nonita, llevaba falda azul de alpaca con cola, cuerpo amarillo con cuchilladas negras y varias plumas de distintos colores en la cabeza en forma de penacho.

El Sancho Montero lo desempeñaba el galán



joven; tenía puestas mallas de punto color plata, una americana que debió ser negra, metida al revés, es decir, abrochada á la espalda para simular un tonelete, botas altas de aguas y á la cabeza una boina con varias plumas de gallo, que eran capaces de despertar la admiración del público más indiferente.

Los comparsas del acompañamiento se suprimían. Al presentarse el Conde recitando los versos tan conocidos de

«Basta de aplausos ya, bravos pecheros;
gracias, y retiraos,
y vosotros mis fieles caballeros,
idos también con ellos, y aprestaos
á descansar, que acaso en breves horas
os llamarán las trompas y atabales
para salir contra las huestes moras»,

se dirigía á los bastidores simulando que se hallaban dentro aquellos á quienes

hablaba. El bailarín apuntaba el drama, daba los versos á grito pelado, con lo que el público hubiese podido notar las equivocaciones del galán, que ya en su primera salida dijo:

«A descansar, que acaso en brevas horas
os llamarán las tropas y timbales
para salir contra los huesos de las moras».

Los espectadores se entusiasmaban; los aplausos se sucedían de continuo. Únicamente cuando salía Hissem, al público le hacía gracia la escasa nariz de éste, y gritaba desaforadamente: «Chato, bomba; bomba, chato.» El actor apretaba los puños y renegaba de Mahoma.



En el primer acto todo fueron lauros; en el segundo sucedió lo mismo; todas estas manifestaciones de buen éxito eran sin tomar en cuenta los mil y un camelos del conde D. Sancho. El bailarín se desgañitaba apuntando; aquello, en vez de versos, era dar voces de socorro.

Llegado el tercer acto, la ovación fué en aumen-

to. El Alcalde arrojó el bastón seis ú ocho veces al tablado; una de ellas pasó rozando una mejilla del Conde, que prorrumpió en ayes de dolor.

Á pesar de las equivocaciones del primer actor, éste estaba más en la fija que el apuntador al repetirle docenas de veces las verdaderas palabras del drama; pues llegado el momento aquel en que debía exclamar:

«No he de olvidarlo: vuestra raza entera
la mancha blanqueará de esta mancilla.
Grajos viles que espanta mi bandera
son los Reyes de Córdoba y Sevilla.»

Don Pedro dijo: «Ajos viles...» El bailarín le repitió grajos; D. Pedro volvió sobre la palabra y repitió ajos; el apuntador, desaforadamente, le gritó grajos, y el galán díjole en voz baja:

—*Sigue, que yo tengo más razón: ya verás cuando cenes cómo son ajos.*

Continuó el regocijo en el auditorio hasta los dos últimos versos de la obra, en boca del primer actor:

«Con tan gran corazón ser no podía
un malvado tan vil Sancho García.»

El bailarín hizo sonar el cascabel para que cayera el telón, y arrojando con furia el ejemplar al foso, exclamó:

—Eres un malvado, un vil y nos vas á matar de hambre.

Siguió á la tragedia un baile, en que el apuntador-danzante entusiasmó á la concurrencia con sus *pas* de vasco, flin-flanes, *seasés*, tijeras, y cada salto, que en poco estuvo se hundieran las tablas del escenario.

El éxito fué completo; mas el Alcalde le dijo al primer actor:

—Hasta el otro domingo no consiento función; no quiero que se *envicien* los del pueblo con las comedias.

Después de pagados los gastos de hoja se repartieron el haber líquido, tocando á veintisiete reales cada uno. Ya en la posada, estando cenando, el bailarín, con mucho respeto, le dijo al director:

—Tenía usted más razón que yo: no me cabe duda de que son ajos.

—Vaya, buenas noches—fué la contestación;—mañana temprano iremos todos reunidos á la compra, tenemos dinero, queda disuelta nuestra sociedad en lo referente á la manutención; hijos míos, cada mochuelo á su olivo.

—Y los burros á la paja—exclamó el bolero, encarándose con el chato.

*
* *

El matrimonio, seguido de sus herederos, iban por la plaza del mercado de puesto en puesto; de-

trás marchaba el chato á la husma de ver lo que compraban los que le precedían, por si le convenían los mismos artículos; en último término, y con el mismo objeto, el bailarín con su pasito menudo y sus modales delicados, balanceando graciosamente un gran capacho de palma que llevaba, destinado para su acopio. Al primer despacho que se dirigió la comitiva fué á la carnecería; la dueña abrió una cuarta de boca:

—¡Ay, Dios mío, el conde D. Sancho! ¡Mira, mira, la Condesa! ¡Ay, qué guapa estaba usted anoche! ¡Uy, también viene Estrella!

En un momento las vendedoras de los cajones inmediatos hicieron corro. ¡¡Qué de alabanzas dirigían á los representantes!!

«¡Qué bien trabajan ustedes! ¡Qué hermosa es esta señorita! ¡Qué gallardo salía usted de Sancho Montero! Y usted, chato, ¿por qué no dijo una bomba? ¡¡Qué bien hizo de moro!!»

De allí pasaron á la panadería: igual caso, nuevas alabanzas, repetidos elogios para todos, menos para el intérprete de Terpsícore, que triste y cariacontecido estaba dado á todos los demonios al ver que nadie reparaba en él.

Al llegar á un puesto de verduras, ¡nuevo diluvio de piropos para el Conde, la Condesa, para Sancho Montero, Estrella y el moro; ya en este momento el bolero no pudo contenerse, y colocán-

dose en el centro del corro y acompañando la palabra con una gran pirueta, dijo al verdulero:

—¿Á cómo vende usted los tomates?



—Esta lechuga, ¿es buena para ensalada?

Y dando un gran salto en el aire con una vuelta en redondo y marcando á la caída una actitud de sílfide, preguntó:

—Esta lechuga, ¿es buena para ensalada?

El vendedor, fijándose en él, exclamó:

—¡¡Calle, pues si este es el bailarín!!

Á lo que apresuróse á responder, con regocijo:

—¡¡¡Gracias á Dios que me han conocido!!!

Novillos dramáticos.

Si bien para el Teatro no precisa grande ilustración, pues á muchos les ha bastado con *el estro* para llegar á ser artistas eminentes, no deja de ser verdad que los conocimientos en historia, en heráldica, en esgrima y en otras muchas materias dan distinción, que prácticamente puede demostrarse ante el público y que pone de manifiesto la diferencia de los demás actores que á declamar en prosa ó en verso se limitan. Yo creo que, á la vez de poseer conocimientos útiles para la carrera, no estarían de más algunas nociones de *tauromaquia*.

¿Que esto es broma? Pues dejémosla pasar; ya justificaré el por qué de esta nota cómica.

Hoy no está en uso que salgan toros á escena; únicamente se hace *Caramelo*, cuyo protagonista es un cornúpeto de *atrezzo*, que si anda y cornea es porque en su interior van dos chicos que disponen su movimiento; cada dos patas del toro correspon-

den á un muchacho; pero hace algunos años estaban muy en boga las zarzuelas tituladas *¡Eh, á la plaza!* y *Pepe-Hillo;* en ambas sacaban un becerro, éste era capeado por los artistas, y daba lugar á incidentes cómicos.

Empresas ha habido, como una en Pignatelli, de Zaragoza, de la que yo formaba parte, que al dar la última representación rifó el novillo; por cierto que el agraciado nos decía al hacerse cargo del animal en la misma noche de la función, pues no tuvo espera:

—Y díganme ustedes, ¿dónde meto yo el toro, si vivo en un cuarto muy reducido de un piso tercero, del callejón de la Verónica?

—Téngalo usted atado en una reja de la calle, y mañana lo vende—le contestamos.

—¡Otra, pues si hago lo que ustedes me dicen no pueden pasar los vecinos y transeuntes!

Tenía razón el maño: hay que conocer lo estrecha que es la calle.

No vaya á creerse que los modernos inventaron el sacar estos *cariñosos* animalitos á la escena; nada de ello.

Hace treinta años, cuando estaban en su apogeo las representaciones de sainetes clásicos, se anunciaba *El Alcalde toreador.* Cuando el negocio no iba bien, se ponía en el cartel una nota expresando que en el citado fin de fiesta se lidiaría por los prin-

cipales artistas un hermoso novillo. Y era infalible el resultado: aparecía en la taquilla el cartelito de «no quedan billetes».

Al gran éxito monetario de la zarzuela *Pepe-Hillo* contribuyó, y no poco, el cuadro de la Plaza de Toros con su becerro auténtico.

Siempre han sido sacados al teatro estos bichos sujetos por cuerdas, y los cabos de éstas quedaban entre bastidores y en poder, no de los segundos apuntes, sino de los vaqueros acompañantes.

Pero como suele quebrarse la cuerda por lo más delgado, ó con tanto tirar se rompe, ó bien no faltan chuscos que en dar bromas opinan que pesadas ó no darlas, he aquí la base del hecho que voy á referir, y que sucedió en primeros de Noviembre de 1884 en el teatro Martín de esta Corte.

Este coliseo era el favorecido por el público en la temporada del citado año, entre otras razones, por la principalísima de representarse la sátira política, de Navarro Gonzalvo, con música del maestro Caballero, titulada *Los Bandos de Villafrita*, primera pieza dramática que alcanzó 300 representaciones consecutivas.

Se estrenaba en la fecha antes referida una zarzuela de los Sres. Jackson Cortés y Jackson Veyán, partitura del maestro Rubio, denominada *Fiesta torera*, de costumbres andaluzas, género muy en boga por el mérito con que realzaba las obras de

esta índole la tiple Antonia García. Tomaban parte también el tenor Rafael Sánchez, Salvador Videgaín y otros artistas.

El que este recuerdo escribe hacía el obligado señorito *litri* que se mete entre *cañís* para aprender el toreo y conseguir con esto satisfacer los gustos de la gitanilla de la cual se halla enamorado. Los gitanos le tomaban el pelo y los *cuartos* al gomoso, y después de varias lecciones de teoría y práctica con una cabeza de mimbres, le preparaban hacia el final de la obra el gran susto, soltándole un becerro de verdad. El estreno era del agrado del público; mas en el momento de salir el *choto* quedó el éxito indefinido. El animalito se asustó de la batería de gas, y bien porque la cuerda se rompiera ó que con intención la soltasen, al verse en libertad corría como cabra loca, y al querer apoderarse de él los cómicos, dió un salto por encima de la orquesta, yendo á caer en las primeras filas de butacas.

¡¡Aquí fué Troya!! No hay escándalo en circo taurino que supere al que hubo en Martín. Gritos de mujeres; atropellos de la gente por ganar las puertas de salida; los espectadores de butacas saltando la *barrera*, vamos, tomando *el olivo* en los palcos bajos que había entonces en dicho coliseo. Muchos desmayos y muchas pérdidas de abrigos y sombreros: ¡¡una verdadera confusión!! De pie, en

una butaca de las de junto al paso, se veía la venerable figura del reputado crítico de teatros D. Pedro Bofill, marcando *verónicas* con su abrigo, entreteniendo á la fiera; el periodista Andrés Corzuelo (Manuel Matoses) también hizo cuanto pudo en calidad de *peón de brega*. Un profesor de la orquesta, hijo del célebre novelista D. Ramón Ortega y Frías, sacó de la *corrida* el contrabajo en muy lamentable estado.

Por fin apareció el vaquero entre butacas, y á palos, y no con buenas razones, se llevó por la calle de Santa Brígida al cornúpeto, que había entrado por la calle de Santa Agueda.

Lo dicho: *los cómicos no estaría de más que supiéramos tauromaquia.*

Un femater á los Infiernos.

Los que hayan estado en Valencia conocen *los fematers*. Con un burro, ó con una jaca, una espuerta y una escobilla de mano se dedican á recoger la basura de las casas. Van por las calles de la capital dando la voz de: *¿Ya fem?* (¿Hay basura?); tienen su clientela entre los vecinos y á cambio de que éstos les guarden lo que para nada sirve, hacen regalos á las familias, de algunos frutos, por ejemplo: calabazas para comerlas asadas al horno y las pipas tostadas y con sal; también, tierra para las macetas; hojas de maíz para jergones; cañas largas para escobas de techo *(estrañinaores)* con que quitar las telarañas, y así, así, otras cosas de menor cuantía. Esto es muy típico en Valencia. Ningún *femater* vuelve al medio día á la barraca de su huerta sin llevar la *saria* (serón) bien repleto de estiércol, que convierten en abono inestimable para fecundizar la tierra de su campo. Ya presentado el

tipo de nuestro protagonista, paso á describir sucintamente el lugar en que ocurrió el hecho.



—¿Ama, ya fem?

Los teatros principales de provincia en el período de su apogeo, cuando se hacían temporadas de diez meses, allá por los años del sesenta al ochenta, eran sostén de muchas familias, que sólo de ellos sacaban la subsistencia.

El Principal de Valencia, llamado en aquella época «la antesala del Español», por sus brillantes temporadas, por los artistas eminentes que en él actuaban y por las muchas exigencias del público, eran garantías muy suficientes para venir á Madrid

contratados los artistas que en aquél habían actuado; el dueño de la guardarropía, llamado Torré, un señor venerable por su presencia; mas sus genialidades y buen humor contrastaban con esta primera impresión. La comida perdonaba él, la cama abandonaba á cualquier hora por dar un chasco á un *hijo de vecino*.

Los barrenderos (casi siempre barrenderas) que paga la Empresa tienen la obligación en todos los coliseos de limpiar la sala y los cuartos de los artistas; el escenario es de la exclusiva competencia de los dependientes de la guardarropía.

Los que nos ocupan limpiaban formando un montón con la basura en el centro del escenario para que la recogiera el *femater*. Dispuesto Torré á dar un buen chasco al labrador basurero, hizo que colocaran lo barrido en el escotillón central de la escena, en aquella trampa que servía para el hundimiento de *Fausto* y *Mefistófeles*, en el último acto de la obra de Gounod; para la desaparición del Beltramo en el *Roberto*, de Meyerbeer, y también para salir de debajo de la tierra grupos de bailarinas en las obras de magia.

*
* *

Á la hora en que debía venir el labrador, el señor Torré y dos ó tres dependientes bajaron al

foso, prepararon la caja de los terremotos, cajón cuadrado que contenía muchas piedras rodadas y que giraba sobre sus ejes apoyados en dos cruces aspadas; también habilitaron las relampagueras de hoja de lata, de tubos largos para soplar, con re-

—¡Uy ché! ¿aso qu'es?

ceptáculos llenos de orificios de salida para la resina y con cabos de vela en el centro para que ésta se inflamara, artefacto muy en uso en los teatros para imitar los relámpagos. Ya todo dispuesto y cada uno en su sitio, llegó el *femater*, dejó la caballería en la puerta falsa, fué adonde estaba el montón, se agachó para recogerlo en la espuerta con ayuda

de la escobilla, y estando en esta faena vino el gran susto: el piso le arrastró á bastante profundidad. En lo obscuro de aquel foso no veía otra cosa que grandes llamaradas y un ruido prolongado como si



—¡Mare de Déu dels Desamparats!
¡¡Pare sen Visen. Ferrer!!

se viniera abajo el edificio, acompañado de voces que le amenazaban con la expiación de sus muchas culpas. El pobre hombre se encomendaba á todos los santos, creía hallarse en los profundos infiernos;

pedía auxilio á Dios y á la Virgen, no á los hombres. Cuando todo quedó en silencio bajaron por él, diciéndole que había sido un accidente fortuito de los muchos que ocurren en los escenarios. Salió de allí escapado.



Cuando transcurrido algún tiempo volvió á pasar por la calle de los Ballesteros y le instaron á que entrara por el barrido, contestó:—El disgusto me ha hecho estar enfermo; no quiero ir otra vez al infierno; ya conozco al *demonio Torré*, y como me lo encontrara por los campos de Catarroja, juro que no daría más sustos á los *fematers*.

Perillán, con revólver.

En el año cómico de 1885 á 86 formaban la Empresa de Eslava los Sres. Pina Domínguez y el editor de obras D. Eduardo Hidalgo.

Este teatro en aquel entonces era lo que hoy llamamos, aplicado á otro coliseo, la catedral del género.

Las zarzuelas por secciones sólo se daban en Eslava y en Variedades, de la calle de la Magdalena, pues Martín se hallaba en decadencia, y si bien lo abrían en Septiembre, hacía sus temporadas con frecuentes intermitencias.

Pina se había hecho empresario para explotar el cartel con cuatro obras suyas. Nada más justo: su dinero le costaba el negocio. De vez en cuando admitía algunas obras, pocas, de otros compañeros, y fué una de ellas la titulada *Los quintos de mi pueblo*, libro original de D. Eloy Perillán y Buxó, música del eminente Chapí. La acción se desarrollaba en

un lugar de Castilla; un sargento, con su compañía, llegaba al pueblo á reclutar los quintos; éstos, para librarse del servicio, presentaban sus exenciones, y con esto se pretendía hacer la parte cómica



D. Ruperto Chapí en 1899

de la obra. La situación era de gran atrevimiento, de gran peligro, según juzgaban los que veían los ensayos; uno de los quintos le manifestaba al Alcalde, cuyo papel ensayaba este humilde servidor de ustedes, lo siguiente:

—«Yo no me atrevo á decir por qué no voy al servicio.»—«Dilo, muchacho.» Después de múltiples ruegos, el chico se decidía á hablarle al monterilla, pero al oído y con gran secreto; al Alcalde, efecto de lo que escuchaba, le acometía un síncope, y ya repuesto, por igual procedimiento que empleó el quinto, lo comunicaba al sargento; éste también se desmayaba.

Por lo fuerte de la acción, en que el mozo habilitaba como teléfono las orejas de los del Tribunal, le retiraron el papel al actor que lo ensayaba, repartiéndoselo á una muchacha del coro: á Concha Martínez, hoy reputada tiple. Confieso que todavía no he entendido la exención que alegaba el quinto, y cuando alguna vez daba en maliciar lo que aquél revelaba á la Autoridad, me parecía que desempeñando el personaje una mujer era aplicar un remedio muchísimo peor que el mal. Julio Ruiz, dos días antes de la función, se las buscó á su modo, y se negó á trabajar en la obra; Perillán se indignó, y quitándome la vara de Alcalde me dió los galones de sargento, me mandó arrestado al cuartel, ó sea al saloncillo de ensayos, por tiempo indefinido, fuera de ordenanza ó de *tablilla*, á aprender la parte musical con el maestro Gerónimo Giménez (1).

(1) San *Jerónimo:* así lo escriben en el santoral. Aunque los apellidos no tienen regla fija, muchos escriben *Jiménez*, y

Y llegó la noche del estreno; empezó la zarzuela con unas seguidillas cantadas y bailadas por el coro; este precioso número obtuvo la repetición, porque, eso sí, la música estaba hecha al igual de



Gerónimo Giménez en 1897.

toda la que escribe el eximio maestro, pues en aquella derrota, como en otras muchas, va siempre arrastrado por la colaboración. Acabado de bisar el número, empezaron á declamar los personajes, y los espectadores comenzaron á protestar; esta intemperancia obedecía, según decir de los amigos

otros más *Ximénez;* el maestro hace consumo de la *G:* sus razones tendrá.

del libretista, á que tenía muchos enemigos. Á las pocas escenas salieron el sargento y los soldados y, encarándose con las muchachas del pueblo, cantó el jefe de la fuerza:

Gran batería,
¡qué piezas hay!
Si yo las mandara,
¡caray! ¡caray! (1)

No quiso oir más el público; esas dos interjecciones le decidieron; pedían que la tropa se retirara al cuartel; el alboroto fué en *crescendo*, y llegamos al final con un verdadero escándalo. Escríu, el profesor (2), que hacía de secretario, se pegó al telón del foro y desde allí recitaba su parte; luego justificaba su actitud, y esto en todos los estrenos que iban mal, alegando que, como estaba casi ciego, creía que el público arrojaba proyectiles al tablado. Terminado el gran fracaso, se representaba el sainete, gran éxito de la temporada, *Toros de puntas*. Ruiz, al cantar el tango, dió como improvisación suya la siguiente copla:

El estreno de esta noche
sí que ha tenido que ver,

(1) Esta exclamación no podía proferirse en escena sin las correspondientes protestas: actualmente está admitida la frase. Los años pasan, y las palabras cambian de sentido.

(2) Así se le llamaba en la intimidad con complacencia suya; tenía la monomanía del *bel canto*.

pues la grita que le han dado
se ha escuchado en Aranjuez.
El autor pedía
la repetición,
y la empresa ha dicho
lo repita Dios.
Sangá, Sangá,
....
....
....

Un aplauso prolongado, lo que hemos dado en llamar una ovación, obtuvieron la copla y la oportunidad de Julio; pero, ¡¡ah!!, ¡que el público es tornadizo!

Á la siguiente noche, comprendido queda, no se anunciaba la obra silbada, y en la cuarta sección se hacía *Toros de puntas*. Momentos antes de dar comienzo á la última función entró en mi cuarto el Sr. Perillán y Buxó, que, dicho sea de paso y sin ofender su buena memoria, tenía un carácter algo fuerte, y me dijo:

—Vicente: en las escenas que tiene usted con Ruiz procure distanciarse de él.

—¿Qué pasa, D. Eloy?

—Ya lo verá usted; no he hablado con nadie, he entrado en el vestuario para avisarle. Adiós.

Se marchó, y yo callé; á nadie referí esta entrevista.

Al salir al escenario, me fijé en la sala para ver si inquiría dónde estaba D. Eloy. Efectivamente;

ocupaba una butaca de primera fila, tenía el embozo de la capa subido hasta los ojos y en éstos se veía brillar la indignación. ¡María Santísima, reflexioné, lo que va á pasar aquí!

Llegó el momento de los tangos, y al terminar la música y al pedir nuevos couplets, Perillán y Buxó se desemboza y, de pie y apuntando con un arma de fuego al actor, grita:

—¡Cante usted la copla de anoche, so... *cuál!* ¡Cántela usted, so... *tal!*

La orquesta paró en seco (1); coros y artistas se retiraban á los bastidores; el público guardó silencio y no se mostró parte, dejando que el belicoso personaje se despachara á su antojo, ¡y puede que quizá alguno esperase el disparo! ¡Para todo hay gustos! Nadie salió á la defensa del cómico.

De un *golletazo* saltamos al final de *Toros de puntas;* cayó la cortina; no era prudente, no se hallaban los ánimos para representar las últimas escenas de la obra, porque los comediantes, acostumbrados á que el *consueta* les dé tranquilidad, apuntándoles con el dedo, no podían por menos que estar intranquilos con la novedad de que un autor les apuntara con el revólver.

3-1-908.

---

(1) Dirigía la obra el hermano de Julio Ruiz, Angelito, cuya fisonomía estaba en guerra con su nombre.

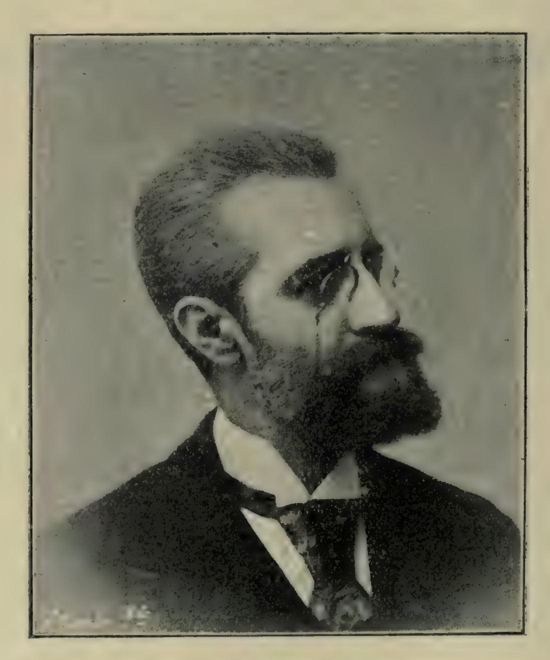
Una credencial por un responso.

De las obras de misericordia, la séptima de las corporales es la que he practicado más frecuentemente. Si mis ocupaciones profesionales me han dejado lugar, he acudido á todos los entierros de amigos y compañeros, aun cuando no haya recibido la acostumbrada esquela; jamás me he excusado sin legítima causa de rendir á la amistad este último tributo.

Con esta disposición de ánimo, no podía yo dejar de asistir al del autor dramático D. Javier de Burgos. El 13 de Marzo de 1902, con gran acompañamiento de autores, literatos, periodistas, actores y amigos particulares, todo lo más selecto de la intelectualidad, se verificó el acto de conducir el cadáver á la última morada. El duelo se despidió en la cuesta de la Vega; pocos, ó mejor dicho ninguno, se habían retirado, continuando en los coches hasta la Sacramental.

La tarde era calurosa en extremo; día de sol espléndido; la primavera se había anticipado.

Sabido es que llegada la hora de la muerte, es también llegada la hora de las alabanzas, y no va-



Javier de Burgos en 1895.

mos á dejar de percatarnos que á la primera serie de elogios sigue una segunda en que, con menos saña que en vida del difunto, se dice todo aquello que el finado hizo de malo, ó que se le supone que no dejó de hacer en el transcurso de su existencia

Esta segunda parte, injerta de murmuración, no cabía al hablar del ilustre autor; como persona, no podía darse más cumplido caballero ni con mejor humor, pues hasta aquellos que se molestaban con sus palabras en *camelo*, era por el instante, y luego, á seguida, alababan su ingenio y su gracejo andaluz. En el corto viaje camino del cementerio, las conversaciones fueron de una gran placidez; el que escribió *I dilettanti*, *Cómo está la sociedad*, *Las mujeres*, *El baile de Luis Alonso*, y otras concepciones aplaudidas, no dejaba tras de sí odios ni rencores. Yo mismo, pensando en Javier de Burgos, no podía sustraerme á cantar *in menti* aquello tan popular de: *¡Ay Severo, Severito, cómo está la sociedad!*

Casi asfixiados con el polvo del camino, llegamos á la Sacramental de Santos Justo y Pastor, á ese asilo donde se baja á la fosa subiendo antes á una montaña muy alta.

El artista Julián Romea era uno de los que llevaban en hombros el féretro; profesaba al finado amistad entrañable; en su semblante se hallaba estereotipada la inmensa amargura de su alma, el profundo sentir que la anonadaba; ¡pobre Julián! Parecía expresar temor en seguir pronto al amigo en tan problemático viaje, y... en verdad que poco tardó en acompañarle.

Entramos en el sagrado recinto pasando á lo largo el patio de Santa Gertrudis, y allá, á lo lejos,

sobre una mesa de mármol, se identificó el cadáver, y los acompañantes se detuvieron para oir el responso de *córpore insepulto.*

Á la entrada del mencionado patio me quedé acompañando á mi amigo el maestro D. Joaquín Valverde (padre), que se había rezagado; á poco se unió á nosotros Federico Chueca, que venía con el Alcalde de Madrid, personaje muy popular y muy querido de los madrileños; si bien me reservo su linaje, daré un dato más, tomado de muchas revistas y comedias del presente, que dicen ser éste *el político de mayor talla.*

Los de la comitiva, acabado el responso, desaparecieron por entre las tapias de otro compartimiento para presenciar la inhumación. El Cura con el Sacristán venían hacia nosotros, y al pasar junto á la Autoridad municipal saludó el Sacerdote con un

—Buenas tardes, don *Fulano.*

—Adiós, padre—contestó el Alcalde.

Así que *los de iglesia* habían andado unos treinta pasos, se detuvo el Cura, y quitándose el bonete ante una de las sepulturas con verja de las que hay junto al andén, entonó, con voz que para sí quisieran algunos de mis compañeros de zarzuela grande, el versículo: *Ne recorderis peccata mea, Dómine. Dum véneris judicare saeculum perignem.* En este canto llano tomaba parte el Sacristán, y éste

sí que, ¡vive Dios!, tenía unas facultades muy parecidas á las mías, incapaces, por tanto, de inspirar envidias.

El edil dejó de hablar con el maestro Chueca, y pausadamente se fué al lado del Capellán y se quitó el sombrero; el responso continuaba; D. Joaquín y yo, movidos por el aguijón de la curiosidad, nos acercamos. En la inscripción de la lápida pudimos leer: «Doña Fulana de Tal y Tal de...», y á esta preposición se unía el mismo apellido del Alcalde. La difunta, según expresaban las letras de la losa, había fallecido en una de las islas inmediatas á la Península (Las Palmas). Terminado el acto religioso, el personaje le tendió la mano al de la sotana y le dijo:

—Muchas gracias, padre.

—No hay por qué, señor; quede usted con Dios.

El Sacerdote, con su *edecán*, practicó lo que previenen las acotaciones de los sainetes antiguos: «hace que se va y vuelve», pues á los pocos pasos de un andar decidido se detuvo de repente y exclamó:

—¡Ah! Á propósito, señor don *Fulano*, aquel recomendado mío lo dejaron cesante hace dos meses.

—¡No recuerdo cuál!—contestó el Jefe del Ayuntamiento.

—El delineante, un honrado padre de familia, por el que yo me había interesado.



—¡Bueno! que se me presente mañana con una tarjeta de usted y será repuesto.

—¡Muchas gracias; será una obra de caridad...! ¡Adiós y que Él se lo premie!

¡El cuadro, no por su realismo, dejó de ser hermoso!

D. Joaquín, rompiendo el silencio que nos había impuesto la observación, me dijo:

—Aquí se ha practicado el conocido adagio de: «Á Dios rogando y con el mazo...»

—No, querido amigo; con el mazo no, con el hisopo dando.

22-I-908.

La voz del Paraíso.

No voy á reseñar nada de lo ocurrido en el Paraíso terrenal; de lo que afecta á Jehová me atengo á lo dicho por el abate Fleury y refrendado por el Tribunal de la Rota; no poseo más teología que la de bastidores. Por lo tanto, voy á ocuparme de los paraísos de los teatros. La voz que sirve de epígrafe á este artículo, es esa que baja de las alturas, y casi siempre en instante oportuno, bien para servir de acicate al actor en un momento de abandono, bien para anticipar la grita de un estreno, y también para ocasionar el fracaso de un artista.

En un momento, la voz de arriba cambia las cosas de abajo. Entre los muchos casos que recuerdo voy á referir unos cuantos.

Hace años debutaba un tenor en el teatro Real de Madrid, con la famosa creación de Verdi: *Aida*. El trabajo del artista era de discreción nada más; transcurrieron los tres primeros actos sin que el

cantante consiguiera la más insignificante muestra de aprobación; la atmósfera se hallaba cargada de malestar, pero los espectadores sufrían *la lata* con resignada pasibilidad.

Ya en el último acto, no estando el personaje en escena, cuando se oyen en el foso las voces del Tribunal que le declara *traditor*, y en el momento en que el bajo exclama *á toda voce*:

—«¡¡Radamés!! ¡¡Radamés!! ¡¡Radamés!!»

—«¡¡¡Qué malo es!!!», cantó la *voz del paraíso,* y desde entonces, y con tan *buen general*, se aprestaron los espectadores á la batalla. Cuando salió el tenor, más le valiera no haber salido: el escándalo fué gordo, y no volvió á cantar en Madrid.



Allá por el año setenta y tantos del pasado siglo se hallaba actuando en el teatro Principal, de Valencia, D. Pedro Delgado. Mucho se ha escrito sobre el carácter agrio de D. Pedro, y yo, que fuí compañero suyo, he de confesar que no ha habido exageración respecto á este particular.

Una noche, en el tercer acto de *La bola de nieve*, hermosa producción de Tamayo y Baus, injustamente olvidada por nuestros primeros actores, al recitar el parlamento en que recrimina á su hermana por haberle inducido á batirse con el novio

de ella, en vez de la ovación que tenía por costumbre le otorgara el público al acabar el citado pasaje con:

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
mas tú, ciega como yo,
como yo cruel, impía,
tú no aumentes mi agonía,
tú no me culpes, tú, no.

—¡¡Mándala á paseo, Pericooo!! gritó la voz, simultaneando los dos versos finales.

¡Adiós éxito! La carcajada fué unánime. Delgado cerró los ojos, mejor dicho, uno, el párpado del ojo de cristal era tardío en obedecer.

Cayó el telón; el actor juró solemnemente no volver más á aquella capital; la temporada llegaba á su fin; para la función de beneficio hizo el *Otelo*, arreglo de Luis de Retes, que había estrenado D. Pedro, consiguiendo manifestar la mayor muestra de sus grandes talentos, pues ni propios ni extraños han interpretado como él los celos del famoso moro. Se vengó del desaire recibido en la obra de Tamayo, no repitiendo la tragedia, á pesar de que los abonados se lo suplicaron, y de que éstos habían tratado de halagarle regalándole una valiosísima corona de plata.

Transcurrido tiempo, el artista incumplió su jura-

mento y volvió á los teatros de la ciudad del Cid, necesitado de ellos; en todos actuó menos en el



Matilde Díez.

Principal; en este coliseo no era ya posible que la Empresa lo contratara, por el estado decadente del reputado galán.



La luz eléctrica, ese fluído que en los comienzos de su aparición tanto dinero ha hecho perder á los

cómicos por la deficiencia de los que lo manejaban, nos hizo suspender una vez las dos últimas seccio-



María Guerrero.

nes de Eslava. Aproveché esta contrariedad para irme al Español; D. Antonio Vico hacía el *Tenorio*. Entré por la puerta falsa cuando iban á empezar el

quinto acto; bajé al foso, me metí en la concha, y al verme el apuntador, Eduardo Alonso, que hace pocos años murió pobre y ciego, me dijo:

—¿Usted por aquí?

Le dí explicaciones y le pregunté qué había hecho D. Antonio de bueno en el desempeño de su papel.

—Nada. Está disgustado. Noticias de Valencia acusan un fatal desenlace en la grave enfermedad de su madre política.

Con el consiguiente recato me asomé por un lado y vi que la sala estaba llena. Levantaron el telón; al salir *Don Juan* y verme en el agujero, me preguntó por lo bajo:

—*Home*, *¿vosté ahí?*

—Sí, señor; y *vorem lo que vosté fa.*

Es de advertir que Vico, cuando hablaba con alguien de la *tierra*, tenía especial satisfacción en hacerlo en el idioma de Ausias Ma·ch.

Así que el Escultor se retiró asustado, y quedó solo en escena Tenorio, con gran parsimonia se dirigió al banco peñasco, puso en él las llaves, y, después de una larga pausa, también dejó sobre la peña la linterna; hizo otra pausa; se quitó el birrete con mucho cuidado para no acompañarlo con el bisoñé; nueva pausa; sacó de la escarcela el pañuelo; lo volvió á guardar; más pausas; se quitó los guantes-manoplas; los hermanó cariñosamente, y,

arrollándolos, los guardó en la escarcela, y... vuelta á la pausa. Aquella labor mímica del artista se hacía interminable. El público aguardaba silencioso; tosió un espectador, y provocó una granizada de toses mal comprimidas; volvió á restablecerse la calma. El actor aparecía abstraído; la actitud era propia de estar en su casa; indudablemente se había olvidado de hallarse en escena.



Antonio Vico.

En una de las muchísimas paradas, y cuando mayor era el cansancio silencioso del público, se oyó *la voz de las alturas* gritar en chulo:

—¿*Quiés* las zapatillas?

Una risotada y un prolongado palmoteo premiaron la buena ocurrencia. Vico levantó la cabeza airadamente, y, señores... aquel *espadachín* fué una

ignominia que muriera á manos de un simple capitán. ¡Qué modo de decir las décimas! ¡Cómo retó á los muertos! ¡Cómo replicó á los amigos y de qué manera más inspirada declamó la invitación á la estatua!

Las demostraciones de agrado que se hicieron al artista fueron colosales; pero no pudieron igualarse al mérito del comediante.

¡Cuánto bien proporcionó *la voz de las zapatillas!*



Y voy, por ahora, con el último caso. Se estrenaba en el teatro de la plaza de Santa Ana una comedia en tres actos de D. Enrique Zumel.

El primero era de exposición; y ésta, de una pesadez abrumadora; un caballerete que venía de Bilbao trataba de interesar á todas las personas de la casa en un negocio de bacalao; á la vez asomaba como asunto que el dicho caballero estaba en connivencia amorosa con la dueña de la casa.

No menos asomaba un gran parecido de la obra con otra comedia, hermosa joya de la literatura (1). Terminó el primer acto; los espectadores retrataban en sus caras el mal humor; parecía que les habían pedido dinero para el negocio del bilbaíno.

(1) *El tanto por ciento*, de Ayala.

Al comenzar el segundo, seguía la trama de la obra entregada á la *salazón*. Aquello era inaguantable; se temía que de un momento á otro la *voz* pidiera *agua*; pero no; Job se encargó de los concurrentes y sólo allá en la mitad del acto, cuando empezó á tomar fuerza el conflicto amoroso, se solucionó el éxito.

Al declamar un monólogo la dama, diciendo:

—Mi situación va á ser insostenible, esta angustia me ahoga, tengo en el corazón clavada una espina...

—¡¡¡Del bacalao!!!—gritó la voz.

Y ya desde aquel momento, en el teatro, todo fueron *voces*.

En el palco de un Monarca.

Las conversaciones de los actores en los saloncillos de los teatros traen muchas veces á la memoria hechos del pasado, relacionados con el Arte y que no carecen de interés.

Hablando con mi compañero D. José Mesejo, le pregunté si había conocido á D. Juan García de la Encina, segundo galán, contemporáneo del ilustre D. Julián Romea.

—Sí, señor—me contestó;—le llamaban *el Buen Mozo;* era una gran figura. Nadie como él, después de Romea, desempeñó el General de la comedia *El pilluelo de París.* Trabajó en los teatros de la Cruz y del Príncipe, y se fué á la Argentina como primer actor de carácter en la compañía de la celebrada actriz Matilde Duclós; en América estuvo muchos años.

—Pues, querido D. José, algo, y bastante ameno, voy á referirle de la persona de que hablamos, por-

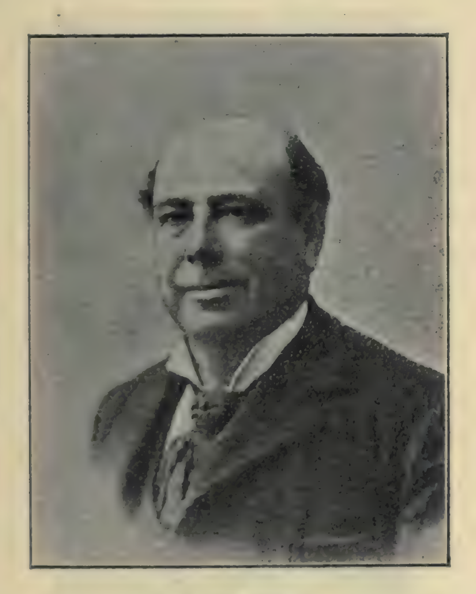
que le traté mucho y fuimos grandes amigos. De vuelta de la excursión de Buenos Aires, arribó don Juan á Valencia.



D. Amadeo de Saboya.

El viaje había sido malo; un fuerte temporal puso en peligro el barco.

Como el artista era muy amigo del capitán, se le dejó permanecer sobre cubierta, aun en el momento de mayor peligro; pidió que lo atasen á uno de los palos, y allí los golpes de mar, que recibía en el



D. José Mesejo.

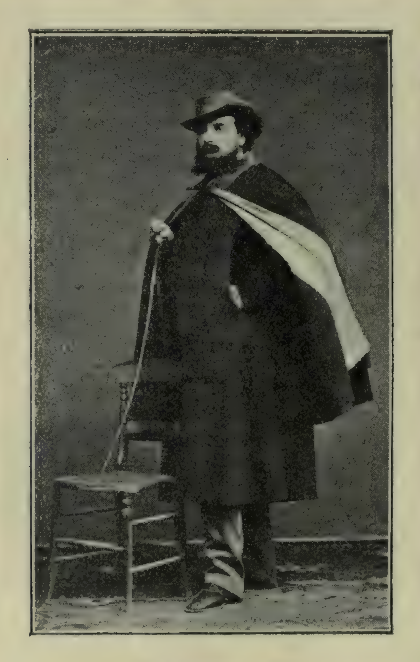
pecho, y el susto, mermaron sus facultades para en lo sucesivo.

Ya al lado de su familia, muy numerosa, quiso retirarse de la escena y poner alguna industria con el pequeño capital que traía; mas su hermano Pedro, aquel famoso actor conocido por Perico García, se

opuso, alegando que no estaría bien visto y que no había de faltarle contrato en su compañía.

El teatro se hallaba en auge.

Transcurrieron algunos años; la Revolución de



Achille Babacci en 1872.

Septiembre y la muerte de Perico dieron al traste con las brillantes temporadas del teatro de Valencia: la Gloriosa, porque alejó de la capital á una gran parte de la aristocracia, y el fallecimiento de Perico, por ser insustituíble en su puesto de artista:

Alrededor del año 1872 se tuvo noticia de que el Rey D. Amadeo iba á visitar la ciudad de las flores.

El empresario del Principal, Achille Babacci, era italiano, y lleno de entusiasmo por tratarse de un Rey compatriota, se aprestó á organizar la función regia, con un cuadro de compañía que arreglaron, pues se había terminado la temporada; el maestro D. José Vidal y el reputado barítono Pietro Fárvaro; á este cantante, al venir á España, le suplicó la Empresa que reformara su apellido, sustituyendo con una F. la V. con que aquél empezaba; no se creía conveniente que lo conociera el público por el señor Várvaro.

Pudo concertarse *Rigoletto*.

Babacci encargó al pintor Sr. Brel que hiciera un cuadro con el retrato de D. Amadeo á caballo, y nada menos que de tamaño natural; éste fué colocado encima de la puerta central del primer vestíbulo, y con grandes efectos de luz para llamar la atención. El empresario buscó influencias para que al entrar el Rey le hicieran apercibirse.

Por la tarde pasó el de Aosta en un *landeau*, seguido de dos coches con acompañamiento, por la calle de las Barcas. Fárvaro, y algunos italianos más, ovacionaron á S. M. desde los balcones de la casa de Babacci con flores y gritos de *¡viva il re!*, que fueron contestados desde la acera del teatro

con un «*muera*» estentóreo, dado por aquel gran republicano llamado Virginio Cavalote; los de los coches lo advirtieron; D. Ramón Alós, jefe de la



Pietro Fárvaro en 1900.

maquinaria, aconsejó al exaltado republicano se fuera por la puerta falsa del teatro, por si acaso. Á los pocos minutos de la ocurrencia, vino la Policía preguntando por Cavalote.

Los valencianos recibieron al de Saboya con indiferencia; pero hay que confesar en justicia que, al marcharse, dejó grandes simpatías; sus paseos á todas horas entre la gente del pueblo, y sin que nadie le acompañara, causaban la admiración hasta en sus mayores enemigos.

Volviendo á nuestro protagonista, el actor García, fué el caso que le llamó la Empresa para que él y otro leyeran poesías alusivas en el blanco del segundo al tercer acto de la ópera.

Don Juan, que soportaba con dignidad y reserva su miseria, y que jamás pidió á nadie nada, tenía enajenada la simpatía de todos.

Por la tarde, en la Contaduría, al hacerse cargo de los versos que tenía que leer, le aconsejaron los amigos que preparara un memorial suplicando un destino, y como era posible que D. Amadeo llamara á los lectores, este era el instante oportuno.

El interesado mostraba gran cobardía para el caso; todos le animaron; en un periquete se redactó la minuta; el que debía acompañarle en la lectura de las poesías puso en limpio la instancia con bastante buena letra; éste era un empleadillo de la Hacienda pública, aficionado á comedias.



Ya empezada la función, suena la Marcha Real. Su Majestad, con su ministro D. Manuel Ruiz Zorrilla y otros señores, cruzan el vestíbulo, y... ¡oh, decepción para los preparadores del retrato! El Ministro da conversación al Jefe del Estado, y éste pasa sin levantar la cabeza. Babacci, que esperaba lleno de emoción este momento, le dice al pintor:

—Zorrilla me ha matado; en vez de llamar la

atención del Rey, lo ha distraído. ¡Si la Diputación me comprara el cuadro!

—No se apure usted—replicó Brel—; sobre ese lienzo haré otra cosa en término quizá no lejano.



Al acabar el segundo acto de la ópera, el anciano actor y su compañero fueron requeridos para presentarse en escena. Leyeron los versos, y sólo recuerdo que los del empleadillo terminaban con los endecasílabos:

¡Bendito el viento que empujó tu nave
á las risueñas costas españolas!

Así decía; nave aconsonantaba con suave, y olas con españolas; no sé si el barco era de vela ó si esto se debía á una licencia poética, pues siempre para los actos oficiales se han servido de los buques de guerra. Ahora recuerdo que embarcaron la nueva Monarquía en la fragata *Numancia*.

Lo pronosticado sucedió. Los lectores fueron llamados por Su Majestad. Los amigos alentaban al veterano, con—«Animo, D. Juan»—; éste llevaba la poesía en la mano derecha, y en la izquierda, *empalmada*, permítaseme la frase, de tal manera la recataba, la instancia.

Entraron en el palco; el actor se adelantó, puso una rodilla en tierra, hizo ademán de coger la mano Real, y el Ministro, deteniéndole el brazo y con tono brusco exclamó:

—Su Majestad no quiere que le besen la mano; dice que eso es propio de frailes.

¡¡Pobre ex comediante!! Desde este momento, á temblar y no hablar quedó reducido.

Don Amadeo dijo:

—Bonitas poesías..., y las han leído ustedes muy bien...

Y...

Nada más; los señores acompañantes se interpusieron entre él y los actores; éstos, andando hacia atrás, se hallaron fuera del aposento sin darse cuenta. Cuando bajaban por la escalera que conduce al escenario, D. Juan entregaba el memorial á su acompañante, exclamando:

—¡¡Yo no sirvo, no sirvo para esto!!

Dos gruesas lágrimas descendían por su rugoso semblante; en la calle... ¡¡se oían los acordes de la Marcha Real!! El Rey, con su Ministro *asusta-cómicos*, abandonaba el teatro.

***

En un breve espacio de tiempo el régimen de España había cambiado.

En el vestíbulo del teatro Principal, de Valencia, se veía expuesto un cuadro del pintor Brel, con una figura de tamaño natural, simbolizando á la República, y un león á sus pies; esta matrona, por su torso, por su cara, era el acabado retrato de la guapísima bailarina de aquel coliseo llamada Fortunata.

En Madrid, el popular actor D. José García consiguió para su hermano, el protagonista de este verídico cuento, una credencial de tres ó cuatro mil pesetas en la Fábrica de Tabacos de la ciudad del Turia. Á tres meses no llegó el disfrute del destino, y quedó D. Juan otra vez luchando con su desgracia, hasta que el gobernador civil, D. Trinitario Ruiz Capdepón, se apiadó de él y le dió un modesto empleo en las oficinas del Gobierno.

¡Pobre García! Fué un justo y como tal tuvo su fin. Falleció sin agonía, sin sufrimientos. Bueno y sano como de costumbre, se acostó una noche para no despertar más.

Cuando le llamaron al siguiente día, inútilmente. Sin contracciones en el rostro, sin descomponer la figura se hallaba en el último y verdadero sueño. ¡Conocieron que era cadáver por el frío marmóreo de su cuerpo! ¡Qué tranquilo debió ser su paso á mejor vida, cuando su compañera, que con él partía el lecho, de nada se apercibió!

Hasta ocurrir este fatal desenlace vivió en bo-

nanza y sin envidias. Diariamente asistía á la oficina y en ella se consideraba feliz; sólo cuando el secretario le mandaba escribir algún *besalamano*, fruncía el entrecejo, recordando el susto mayúsculo sufrido en aquel apurado trance, en que el Ministro le increpó con furia:

—*¡Su Majestad no quiere que le besen la mano!*

Dos muertos y ningún difunto.

Hará unos veinte años que el barrio del Avemaría presentaba de vez en cuando, y con bastante frecuencia, inusitada animación.

Las *soirées* y veladas literarias de los Marqueses de Molins, que residían Olmo, 4, cambiaban el aspecto de aquel paraje y de las calles confluentes.

Estas reuniones eran remembranzas de las que se verificaban por las décadas de 1850 al 70, á las que dió gran importancia el insigne vate y autor dramático D. Ventura de la Vega, con las primeras lecturas de sus poesías y de sus dramas.

El 24 de Diciembre de 1862, á la una de la noche, leyó D. Ventura su tragedia en cinco actos, hecha en versos endecasílabos, asonantados, según las antiguas pragmáticas, titulada *La muerte de César*.

En esa época los Marqueses vivían en la calle del Prado, número 28.

Muy ilustre senado asistió á la lectura.

¡Qué de plácemes al autor!

¡Qué augurios de buen éxito!

Sin embargo, ¡se equivocaron todas aquellas eminencias!

César no resultó del agrado del público.

Fué estreno póstumo, pues Vega había fallecido dos años antes.

La primera representación tuvo efecto en Febrero del 66 en el teatro del Príncipe (hoy Español).

Yo, aunque voto de menor cuantía, diré que he leído el impreso de la citada producción, no una vez, muchas, y siempre me gusta más.

Si las revistas de teatros, entre éstas las del ilustre *Fígaro*, convienen en que el gran D. Julián Romea, representando *Guzmán el Bueno* y otros dramas de igual índole resultaba frío, ¡qué no habría de sucederle interpretando personajes heroicos, teniendo al lado por competidor en la mencionada obra trágica á D. José Valero, encarnando en el Bruto, papelón de arranques, y siendo este artista nacido para convencer en las tragedias más espeluznantes!

Tú quoque, Brutus? ¡Claro que también! Valero fué el competidor del gran Julián; por esto la frase latina del César no podía determinar extrañeza; se las había con su digno competidor.

Conocí el trabajo de D. José, actué con él; á Romea no le vi; los elogios de entonces siempre van encaminados al modo de ejecutar *El hombre de mundo* y demás composiciones de igual clase; en una palabra, la alta comedia.

Ha habido quien á tanto encomio dirigido al artista ha replicado: *que se alegraba mucho no haberle conocido*. También me parece fuera de lugar.

Las revistas de Larra cuando el estreno de *El Trovador* dan idea de que la gran eminencia pecaba de frialdad.



Volvamos al asunto primordial de este escrito. Largas filas de carruajes en espera de sus distinguidos señores, á horas de la madrugada, daban carácter de barrio céntrico al que de ordinario aparecía tranquilo y solitario y que sin los reflectores de los coches volvía á la penumbra del alumbrado público, poco mejor del que el célebre barbero Lamparilla apaleaba con sus compinches cantando lo puesto en música por Barbieri:

> Dicen que Sabatini
> pone faroles,
> porque no ve los rayos
> de tus dos soles.

La parte alta de la barriada, ó sea la de la calle de Santa Isabel, turnaba en bullicio con los saraos del Marqués, efecto de las suntuosas fiestas que se celebraban en el palacio de los Fernán Núñez.

Tras un largo período, los salones de Molins se cerraron.

Angelita, hija de los Marqueses, contrajo matrimonio con el malogrado gran hacendista D. Raimundo Villaverde.

Joaquinita Osma, entre otras elegantes damas, dejó de exhibir su distinción en aquella morada para trasladarse á otros sitios aristocráticos, ya esposa del monstruo de la política, así le llamaban, D. Antonio Cánovas del Castillo.

¡Pobre Joaquina! ¡Qué había de imaginarse la posibilidad de un drama como el de Santa Águeda!

Lo cierto fué que el asesinato de su esposo la llevó á pensar en el suicidio.

No pudo sustraerse en seguir á su otra mitad.

Respecto á las fiestas del palacio de Cervellón, también cayeron en desuso; ya no se daban reuniones; últimamente sólo acontecían con motivo de algún casamiento regio ó alguna coronación, sucesos que no se ven con frecuencia, y que con el carácter oficial alejan la nota alegre; los reyes son ceremoniosos y se retiran temprano; tienen que madrugar, ¡trabajan tanto!

Las calles quedaron solitarias definitivamente. Á

los sucios faroles de gas malo ya no les hacían competencia los limpios de los vehículos con plato dorado detrás.

No volvieron á turbar el sueño de los habitantes las conversaciones y algazaras de cocheros y sirvientes.

¡Las vendedoras de churros tuvieron una gran pérdida!

Aquellos vecinos, sucesores de majos y de manolos, ya no podían desde sus balcones enterarse de *los trapos sucios de los usías*, que unos á otros aurigas y otros á aquellos lacayos se contaban de pescante á pescante y de portezuela á portezuela, con bastante voz.

El 31 de Diciembre de 1894 sorprendía ver que á la casa número 24 del Avemaría llegaban alguno que otro coche; también á pie, gente distinguida: dos criados con doradas libreas de torres y con *casi leones* y calzón corto, saludaban á los que acudían; uno con palmatoria y vela precedía alumbrando hasta el piso cuarto; el otro quedaba en la puerta á la espera de nuevos invitados.

Los pocos transeuntes de aquella hora admirábanse al ver los ujieres con medias blancas y zapatos de hebillas á la puerta de aquella modesta vivienda donde el cuarto de mayor renta era de sesenta pesetas mensuales.

¿Quién habitaba allí? ¡Aquello era excepcional!

¿Cómo averiguarlo? ¿Llamando en nuestro auxilio á D. Cleofás, con su diablo cojuelo, para levantar los techos desde el tejado?

Nada de esto. Yo estaba en el secreto; en aque-



Matilde Pretel.

la finca, en el último cuarto, vivía con los suyos el conde Roberto, ¡el terror de la Rusia! ¡El vencido junto al puente que separa á Buda de Pest!

Después de aquel *espectáculo* aparecía como sim-

ple particular; con la familia sentaba á su mesa, para celebrar la Nochebuena del Niño, los invitados que ya hemos visto entrar.

Eran éstos Matilde Pretel y sus hermanos, el maestro de bel-canto, barítono en ejercicio, Manolo Carbonell; el malogrado Santiago Valor, alma administrativa del periódico *Heraldo de Madrid;* Ramón Peris, redactor de *El Imparcial;* el maestro compositor Vicente Peydró, y más cuyos nombres no cito, por no ser personalidades del proscenio ni en forma alguna deberse al público.

Comenzó la velada, se hizo música, cantaron las tiples: Matilde con su maestría peculiar.

Carbonell, ¿á qué elogiarle? Basta con decir: cantó Carbonell.

Peydró se sentó al piano y dió muestras de gran habilidad. Su hermosa composición *La nineta* conmovió á todos, ¡esa lamentación, raudal valioso, nacida de lo recóndito en su alma de artista!

Increíble parece que el que estrenó en Eslava *Autor y mártir* con letra y música suyas, en dos actos, ¡que ya es estrenar! y obtuvo un éxito; también *El gran petardo*, en los Jardines; *Carceleras*, y otras, no siguiera buenos consejos, quedándose á vivir en Madrid, ¡el dinero que hubiera ganado! Es un valenciano *mestre en gay saber* de *Lo rat penat,* y se muere, lo diré como nos lo impuso D. Víctor Balaguer, de añoranza; sí, esto es, sentimiento mu-

cho más sentido que el que produce la melancolía.

Peydró necesita ver á diario el Miguelete, ese monumento arquitectónico del árabe Gévar y darse una vueltecita cotidiana por el mercado de la ciudad de las flores para ver si el pájaro de San Juan continúa posadito en la bola; quizá tema que pueda remontarse. ¡Quién sabe, manías de hombres extraordinarios!

Sin embargo, para que no todo sean elogios, este elegido, que posee tantos talentos, hace una cosa rematadamente mal; de ello hablaré á mis lectores en seguida; sigamos con la reunión.

Pidieron que cantara el señor Conde. Fué complaciente y lo hizo: *Una morena y una rubia... Casa á mía figlia... Erase un labrador muy devoto...*, á este tenor y con voz de bajo, otras cosas por el estilo, ¡qué más hubiera podido entonar su excelencia si aquel título era yo!; yo, García Valero; habíamos representado esa misma noche en Jovellanos la zarzuela *Los Magyares*, y de aquí mi condado y mis servidores, con las libreas que habían lucido en el escenario, al llevar en peso la litera que ocupaba la emperatriz María Teresa, con el Czar de mantillas.

¡Los cómicos tenemos muy buen humor!

Deshecho el incógnito, pasemos á lo saliente de la velada.

Después del concierto, la comida; entre agude-

zas llegó el momento de saludar al recién nacido

Con champaña honramos al niño don 1905. ¡Quién había de decirme que ese ranacuajo, llegado á su mayor edad, mes de Noviembre, sería de fatal recuerdo para mí, por la pérdida de mi esposa, de mi adorada Ángela!

Llegó su turno al cansancio; las libaciones, no censurables, mas sí pródigas, nos pusieron á alta temperatura.

Yo solía, de vez en cuando, preguntar:

—Señores: ¿hace calor ó hace vino?

Y siempre me interlocutaba Peydró:

—¡Hace vino!

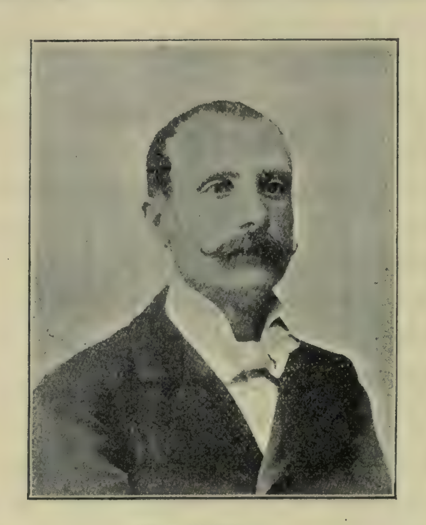
En toda reunión, cuando se agota el hablar del presente, recúrrese al pasado; aquí fué donde el maestro dió el golpe en falso.

Refirió que había sido excelente actor, poniéndome por testigo de mayor excepción.

Contó que en Alginet desempeñaba el puesto de director de orquesta, y llegada la época del Tenorio se prestó á desempeñar el capitán Avellaneda.

—Cierto, ciertísimo—le repliqué;—mas lo hiciste mal. Como comediante no te llamó Dios por la senda de Maiquez; únicamente cuando niño, nos daba envidia á tus amiguitos verte vestido de época, cogido á la mano del señor Vicente, el marido de la que fué tu nodriza, yendo por las casas conocidas recitando los autos, en sus trozos esco-

gidos, de Baldoví y Balader, *ad majorem gloriam* del Dominico patrón del reino valenciano.



Vicente Peydró.

Aparte de representar *milacres* no servías para el arte.

Cuando hiciste el Avellaneda, he de explicar, que en la mesa del fanfarrón sevillano los manjares estaban simulados con bizcochos de soletilla. Te sentiste glotón, y metiéndote uno entero en la boca te atragantaste, y, de los dos ó tres versos que habías de declamar, el más importante no pudiste articularlo.

—Eso no es cierto, ¿qué es lo que no pude decir?

—Lo de... «¡Soy de la misma opinión!»

—¡Falso y más que falso, y lo demuestro ahora mismo!

—¡Á demostrarlo!—exclamó la concurrencia.

En la sala improvisaron un escenario.

Nos vestimos de trusa de pies á cabeza.

Con la mayor formalidad comenzó la acción del acto sexto.

Carbonell, envuelto en una sábana, desempeñaba la estatua de D. Gonzalo.

Confesaré que Peydró no estuvo mal; lo había tomado con empeño; ¡cuestión de amor propio!

Llegado el instante de:

«Poned á tasa
vuestra furia y vamos fuera,
no piense después cualquiera
que os asesiné en mi casa.»

—¡¡Sí!! ¡¡sí!! ¡á regañar á la calle!—gritaban *los del público.*

Abrieron la puerta del cuarto; empujados de unos y otros nos sacaron á la escalera; en ella no había luz.

Para sostener la situación en que estábamos colocados, dejando la rima y cruzando las espadas, proferimos:

—¡Te he de matar!

—¡Y yo á ti!

—¡Pára esta!; así bajábamos los escalones sin

dejar el choque de los aceros. El maestro iba delante, por consiguiente de espaldas.

Un inquilino del segundo, nuevo de pocos días en la casa, regresaba á su domicilio, alumbrándose con cerillas; al oir lo que no podía explicarse se alarmó, abrió su puerta, y al sentir el golpe de un cuerpo que caía, ¡había resbalado el Avellaneda!, gritó:

—¡Qué es esto! ¡Por Dios, á la guardia!

Y cerró dando un portazo.

Ayudé á levantar á mi rival.

—¿Te has lastimado?

—No. El vecino se ha llevado un susto morrocotudo; vamos arriba no sea que salga.

¡Todo estaba en silencio!

Los que nos echaron á la escalera, habían cerrado la habitación al salir nosotros y se hacían los sordos.

Llamamos con los nudillos para que el caballero del susto no se orientase. Después de repetir los golpes muchas veces, conseguimos entrar.

—¿Qué os ha pasado?

—¡¡Chist!!, hablar bajo, hemos alarmado á uno que subía; no llamar la atención; evitemos un disgusto con ese sujeto.

—¡Yo, me he caído!

—¿Se ha hecho usted daño?

—No; nada me duele; pero me huele, eso si, á

ver: ¡no hay duda, me he caído sobre las mayores necesidades de un gato! (Histórico.)

—¡Buena me has puesto la trusa! ¡¡inservible!!

—Callarse, ¡llaman al sereno!—dijo Peris.

Con grandes precauciones nos asomamos á los balcones.

—¡Sereno! ¡serenoooo!—repetía el del segundo, también asomado.

—¿Qué ocurre, señorito?

—Entra en el portal; en la escalera hay riña de hombres.

—¿Son muchos?

—Por lo menos dos; tienen armas.

El vigilante hizo lo que se le mandaba.

. . . .

. . . .

. . . .

En breve salió el del chuzo.

—¡Señor!, no se oye nada. No han quedado ni los rabos. Si usted quiere avisaré á la *delega*. ¡¡Deben haberse muerto ambos!!

El punto al gas y los Alabarderos.

Felipe Ducazcal, sustituyendo la orquesta con un sexteto, suplantación hecha en beneficio de los abonados—decía—para que el mucho ruido no les obligara á levantar la voz en sus conversaciones de los entreactos, y la luz eléctrica desterrando el alumbrado de gas, han quitado una atracción al espectáculo, muy característica en los teatros de verso.

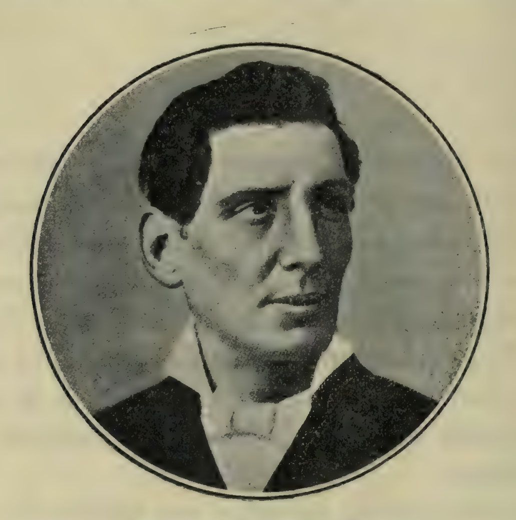
El cambio de luz ha mejorado las salas de nuestros coliseos.

Nada más puesto en razón que admitir los adelantos de la Ciencia. Ahora bien: con respecto á la innovación del sexteto, pudiera decirse que tira á retroceso.

Las empresas apreciaron *sotto voce* la economía que hay entre pagar treinta profesores á pagar seis, y proclamaron en alta voz que era de muy buen gusto y forzoso ir con la moda extranjera, imponiendo *los seis*.

¡Voces que hicieron correr los pavos!

En verdad que en las grandes salas la monotonía de los entreactos tiene marcadísimo color; ese débil sonido de la pequeña orquesta sólo favorece á las niñas parlanchinas, que les gusta llamar la atención; á los que gozan descabezando un sueñecillo,



D. Francisco Arderius en 1878.

y á aquellos que dicen de la música, sin temor al plagio, ser el ruido que menos les molesta.

Nuestros coliseos recuerdan con esas orquestas *venidas á menos* las tertulias nocturnas de los cafés. Á muchos, un vals Boston les trae á la memoria el café con media tostada.

En tiempos no muy remotos, pues no soy tan

viejo como muchos, hoy por moda, han dado en suponer, y de ello dará crédito mi queridísimo amigo Pepito de la Loma y Milego, que casi me ha visto nacer, la orquesta y el punto al gas eran parte integrante de la función.

Las sinfonías de las óperas *Gazzaladra*, *Poeta*



Maestro D. Tomás Bretón.

y aldeano, *Muta di Portici*, *Prova di una ópera seria*, y la de *El barbero de Sevilla*, escrita por el maestro Carnicer, se aplaudían á rabiar.

Al entrar el público, las localidades se hallaban en la penumbra. La señal para el director de orquesta era dar llave al gas, es decir el máximum

de luz, y al hacerse la claridad los espectadores la saludaban con un prolongado ¡aaaah! de alegría y un estruendoso aplauso; aun se sumaba mayor éxito las noches de funciones solemnes, en que la orquesta ejecutaba las sinfonías de *Guillermo Tell* ó *Semíramis*.

Ya se sabía: después de la ovación á la luz, seguían los aplausos delirantes para los profesores y... ¡qué remedio!, el director levantaba la batuta y decía á los músicos: «*Da capo.*»

Don Francisco Arderíus, que no actuó con la luz eléctrica, hubiera experimentado amargura con la supresión del gas, pues de él hacía un buen golpe de efecto en provecho de su personalidad artística. Lo explicaré.

En 1876 formaba yo parte de la compañía del teatro-circo, de la plaza del Rey, que dirigían Calvo y Mariano Fernández.

Apenas conocía los teatros de Madrid; una noche me tocó en turno ver el del Príncipe Alfonso, que ya no existe.

Me había invitado mi paisano, el malogrado maestro de música Tomás Reig, que acababa de casarse con una hija de la primera tiple de la compañía, D.ª Teresa Rivas, y tenía vara alta en el citado teatro.

Allí actuaba Arderíus con género bufo; habían estrenado *Viaje á la Luna*, que no gustó; el actor

D. José Suárez, fallecido há poco, retirado de las tablas, hacía un tipo de *esteta,* y al acabar el primer acto hubo de decirle D. Francisco, en vista de las manifestaciones del público: «Pepe, rectifica; haz el papel en hombre, y muy en hombre.»

Como la obra era de espectáculo, seguía en el cartel con entradas magníficas.

Fuí con Reig á uno de los palcos laterales de arriba; quiso saber lo que opinaba del coliseo.

—Muy hermoso—hube de decirle;—pero está muy mal alumbrado; el gas es pésimo.

—No, espera; ya verás cuando salga Arderíus.

—¡Qué! No comprendo que pueda tener que ver el actor con la luz.

Sosteníamos este diálogo ya empezada la función; salían los artistas..., se sucedían los números de música... y nada; aquello continuaba casi como boca de lobo.

Tocó el turno de salir á D. Paco, y una corriente magnética movió á los concurrentes en sus asientos. ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! Regocijo por todas partes, aplausos por todos lados; el favorito del público estaba en escena.

Se había hecho la luz, pero no lo habían notado; atribuían aquel sacudimiento nervioso, aquella alegría, á la presencia del cómico.

Yo también dije ¡ah!; pero para interrogar á mi amigo:

—¿De modo que aquí se da *el punto al gas* cuando sale don Francisco?

—¡Pues claro, hombre!...

¡Y tan claro como tenía el entendimiento Arderíus!



Á la primera dama
versos y flores
hay que arrojar,
siempre que ella los pague
de su bolsillo
particular...

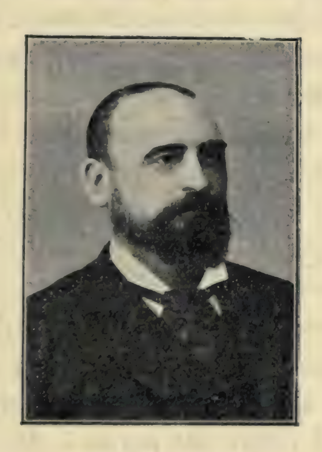
así cantaban los alabarderos del coro de la zarzuela titulada *El siglo que viene,* y los provincianos, que ignorábamos la existencia de la *claque* en los teatros de Madrid, nos preguntábamos si era posible que las actrices costearan los agasajos que á la vista del público se les ofrecían como galardón á su propio mérito.

Una noche, este hecho ocurría en el Principal, de Valencia, se representaba por la compañía de los bufos la *astracanada*, en dos actos, nominada *Francifredo, dux de Venecia.*

La obra resultaba de una languidez inaguantable; pero los de las alturas trataban de imponerla con aplausos extemporáneos. Hubo una verdadera batalla entre el público de butacas y el de los pisos altos.

Este enigma tardó poco en manifestarse; el avisador del teatro, cumpliendo órdenes del empresario, había reclutado gente y formado lo que allí era desconocido, *la claque*.

La indignación fué general. ¡En aquel templo del arte, del que acababan de salir Antonio Vico y otras grandes eminencias; allí donde los aplausos



Maestro D. Manuel Nieto.

tenían legítima procedencia, donde las llamadas á escena fueron verdad, donde era *rara ávis* que al terminar una comedia se otorgara á los artistas los honores del proscenio, suceso que se comentaba muchos días, allí, se había vulnerado el derecho del espectador! ¡Ya no podía hacerse justicia!

¡¡Y la simiente fructificó!! Hoy los provincianos tienen sus huestes y sus *padres Benitos*.

Por el año 1885 se hallaba enfermo D. Francisco Arderíus, en términos que tuvo que vivir en el teatro Jovellanos, de Madrid, y se pasaba los días abrazado á la chimenea del saloncillo; la disnea le mataba.

Puso en escena *Los sobrinos del capitán Grant*, y anunció que en obsequio á los niños *y á los papás de los niños* él desempeñaría la parte de Doctor.

Al presentarse en el escenario, *la claque*, según orden recibida, le saludaba con un prolongado aplauso; una noche, encontrándose más agravado que de costumbre, dispuso que le sustituyera un partiquino de la compañía llamado Rosso; salió éste con la ropa del primer actor y, al presentarse, *la alabarda* le dió el aplauso de ordenanza.

El buen Rosso no se atrevía á hablar, tal era el susto; desempeñaba el personaje sin que hubieran anunciado la sustitución; así que, entre empezar por el primer verso del papel ó dar una explicación, optó por ella, y al terminar la salutación exclamó, dirigiéndose á la sala:

—¡Señores, si no soy D. Francisco!

Entonces le ovacionó el verdadero público.

La noche del 15 de Octubre de 1868 se estrenó en el teatro del circo *Pascual Bailón*, zarzuela en un acto y en verso, de Puente y Brañas, música de Cereceda, á cargo de las señoritas Fernández y Álvarez, y de los señores Arderíus y Escríu; éste,

que hacía el beato D. Anselmo, lo interpretaba con mucha *vis* cómica; ya en los ensayos se hacían lenguas en su elogio; tanto, que un día, al marcar el *mutis* de su primera escena, hubo de decirle don Francisco:

—Pepe, estás muy bien en el papel; aquí te van á llamar á escena.

Á lo que contestó Escríu:

—¡Si das la orden!

Las argucias de Poveda.

«Son las doce y media de la madrugada cuando termina la representación, empezada á las nueve y media de la noche. Verdad es que ha sido una representación larga de talle: como que casi todos los números musicales de la obra fueron repetidos.»

. . . .
. . . .
. . . .

«Desde que se avista el muelle de la Habana hasta que aparece la decoración correspondiente, se pasa un rato muy agradable, con un preludio á toda orquesta, que alcanzó los honores de una ovación para el maestro Caballero, autor de la música y director de la susodicha orquesta.»

. . . .
. . . .
. . . .

«El muelle, la bahía y el panorama de la Habana,

honran á los pintores escenógrafos Bussato, Bonardi y Amalio.»

. . . .

. . . .

. . . .

«Luego andan por un bosque dos guerrilleros



García Valero y Ramón Rossell (1887).

españoles, tan valientes, que se asustan de una mosca. Llevan sendos machetes y una *jindama* de primer orden. Rossell y Valero (que son los aludidos) se hicieron aplaudir. Quedamos, al final, en que la paz y la prosperidad de Cuba y Cuba libre, son incompatibles. Y quedamos también en que la obra de los señores Jaques y Caballero está presentada con mucho lujo, así en trajes como en decoraciones. Antes, en y después de la representación, hubo aplausos á granel. El éxito de la temporada en Apolo. Que mucho dure y bien parezca.»

Estos párrafos, extractados de la revista que hizo el crítico de *El Imparcial*, dan prueba manifiesta de que la zarzuela en dos actos *Cuba libre* obtuvo un gran éxito.

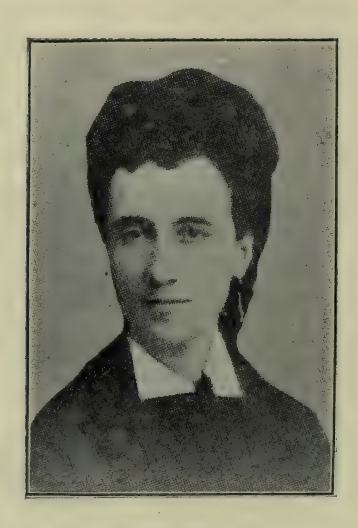
El empresario, D. Ricardo Morales, había contratado una bonísima compañía, con sujeción al reparto de la obra.

El actor de carácter, D. Fernando Altarriba, desempeñaba un insurrecto, parte muy secundaria á sus buenas aptitudes.

Pepita Hijosa, esa estrella que no ha tenido más que imitadoras, *cortas de talla,* salía en el primer acto á recitar un monólogo, mejor dicho, á recabar una ovación. ¡Pobre Pepita! Una noche al concluir su papel se sintió acometida de una fuerte indisposición, la llevaron á su cuarto, el primero á la izquierda según se entra en el saloncillo de las tiples;

avisaron al médico; diagnosticó que la actriz estaba en peligro inminente á causa de un derrame seroso. En el *camerino* debía pasar su enfermedad; lo habilitaron, y pusieron á la enferma en el lecho del dolor.

Se le administró la extremaunción entre los ecos



Pepita Hijosa.

de los tangos del maestro Caballero, aminorados por el cierre de puertas.

¡Tres meses duró su mal!, en este tiempo caminábamos de puntillas por aquel lado del vestuario. Restablecida, trabajó muy poco; no se encontraba todo lo bien que convenía.

La escultural Cecilia Delgado lucía sus esbelteces y encantos en aquella campaña.

D. Manuel Fernández Caballero, ya compositor eminente, estaba contratado y ejercía sus funciones á diario, de director de orquesta.

Noventa representaciones consecutivas, á teatro



Maestro D. Manuel Fernández Caballero (1897).

lleno, de una producción que hacía aparecer en los anuncios, y siempre en las secciones de cuarta hora el *aterrador* epígrafe de: *Segundo acto de la misma,* no dejaba lugar á dudas sobre las bondades de libro y música.

¡Un buen negocio!

Hemos de tener presente que esto ocurría en el año 1887; las obras no resistían lo que hoy; y para mayor galardón, tan brillante temporada se llevaba á efecto en el corazón del invierno; estando la calle de Alcalá pobre de urbanización, sin adoquines y con escaso alumbrado. Difícil resultaba cruzarla en noches de lluvia.

Á mediados de Diciembre se habían ganado catorce ó diez y seis mil duros.

El Contador, D. Mauricio Marchante, á pocos deseos que manifestara el curioso amigo, abría el cofre-fort, que estaba á espaldas de su escritorio, y mostrábale los fajos de billetes que reposaban en espera de llamamiento.

Así las cosas, sólo satisfacción se respiraba en la casa.

Al día siguiente de la función de inocentes, que fué de un gran resultado, á pesar de la inmensa nevada que cayó é hizo suspender las de los demás teatros, recibí una noticia que me dejó más frío que aquella nieve extendida por las calles de la población.

Carlos Gávilá, amigo mío y *amateur* de la Saperita, corista muy conocida, fué el encargado de administrarme el siguiente *sorbete*:

—¡Querido Vicente!, voy á darte una noticia de muy mal gusto; tu empresario ha perdido anoche en el juego del casino treinta y cinco mil pesetas.

—¡¡Hombre!! Eso son palabras mayores; fíjate si se le cambia la racha ó sigue apuntando mal.

Dos días después me trajo nuevos datos:

—Esta madrugada ha dejado sobre el verde tapete veinticinco mil pesetas.

—¡Pues hemos terminado! Tras esto vendrá el diluvio!

No cabía dudarlo; el aludido se sabía positivamente que toda su vida tuvo predilección en *tirar de la oreja á Jorge.*

Su semblante nada revelaba; su fisonomía permanecía inalterable, al igual en tiempos prósperos que de infortunio; alguien le llamaba *el Felipe II de bastidores.*

Tan voluntarioso antes el Contador en abrir la caja de caudales, ya no accedía aunque se lo suplicaran puestos en cruz, siempre se evadía.

Los malos efectos se hicieron notar pronto; ¡las nóminas sufrieron demoras, y el año cómico acabó lastimosamente!

El cartel de los últimos días fué: *Buen maestro es amor ó la niña boba,* por la Hijosa, y *El loco de la guardilla,* en que hacía de Cervantes el empresario, excelente actor, ya casi retirado de la escena en aquel entonces.

Tenían mucho que ver Rossell y demás zarzueleros, en la obra del Fénix de los ingenios, vestiditos con trusas.

Las había de todas castas y colores; con farol, con cuchilladas, de manga perdida y hasta *de manga ancha,* por el poco interés en saberse los papeles de un trabajo que les resultaba exótico.

Retrogradando á las representaciones de *Cuba libre*, he de consignar que, ya gastada, daba más dinero el último acto yendo en la cuarta sección, que el primero en la tercera.

Obedecía la irregularidad á que los guerrilleros, por *cosecha propia*, procuraban novedad al S*egundo acto de la misma.* Inventaban muchas cosas; trajeron racha de colmos y acertijos; daban lección de gramática, lectura de cartas, sesiones de baile; resumiendo: en aquella escena se reverdecía el género bufo en todo su apogeo.

Esto gustaba, y la idiosincrasia de Rossell así lo apetecía.

Un periódico, popular entonces, trajo en su portada los retratos de los de la guerrilla con esta inscripción:

Entre la guardia y el cuento,
el cigarro y la chacota
consiguen los voluntarios
ir renovando la obra.

Así era; obtenían aplausos y les tiraban cigarros á la escena en mayor abundancia que á algunos matadores de toros.

Un señor, apellidado Poveda, asiduo concurrente

de butacas, se significaba echando tabacos habanos.

En Nochebuena dieron los espectadores carácter de tal, arrojando zambombas, panderetas, y obligándoles á cantar villancicos.

Los artistas habían agotado su ingenio; cuando repetían algo ya conocido se les *agasajaba* con un pateo.

Esto no les daba un instante de reposo y se desvivían por buscar cosas nuevas.

Los acertijos fueron de la siguiente calidad:

Un guerrillero:—¿En qué se parece Frascuelo á Jesús?

El otro guerrillero:—En que es Salvador y Maestro.

Ovación, y habanos del Sr. Poveda.

—¿En qué se parece el reloj á las mujeres?

—En que para dar la hora necesita cuartos.

—¡No señor!, ¡no es eso! En que tiene medias.

Y así sucesivamente:—¿En qué se parecen las plumas de acero á los paraguas?—En que se mojan.

Descendían, mejor dicho se elevaban, en busca del santo más hueco de la corte celestial, y resultaba ser: San Canuto.

Poveda se revolvía de gusto en la butaca; no mucho, pues por su gordura tenía que embutirse en el asiento.

Una vez, para dar variedad, pidieron *los de los sendos machetes* que bajase el apuntador á la con-

cha y les fuera leyendo la escena primitiva, que ellos declamarían en aleluyas improvisadas.

Tuvieron oportunidades, gran éxito, y el *señor grueso*, que se hallaba en butaca de orquesta, disfrutó á más y mejor. Pero ¡ay! ¡que estas agudezas repentizadas salen bien una sola vez!

Conocemos lo de: *á la tercera va la vencida*, y, sin negar este axioma, se dan casos de que el vencimiento sucede en la segunda.

Así fué en la ocasión que nos ocupa.

La noche después de lo referido se presentó en el escenario D. Pedro Bofill suplicando repitieran el diálogo en pareados; le habían contado varios no exentos de gracia.

Uno de los intérpretes se excusaba alegando no encontrarse para ello, pues le dolía la cabeza.

—No hay apelación—dijo el periodista;—he venido dejando mis quehaceres, atraído por la novedad; ¡vaya!, ¡vaya!, me voy á la sala.

Los guerrilleros hicieron su salida, y mientras cantaban el dúo divisaron á Bofill; un espectador de las últimas filas le cedía su localidad.

No tenían más remedio que hacer lo que se les pedía.

Empezaron las aleluyas; las primeras determinaron el color gris que iban á tener las sucesivas.

Ni una oportunidad.

Todas sin gracia.

El público se ponía grave. Seguía la *patarra*; ¡pronto se manifestarían las hostilidades!

Al declamar que les darían un rancho extraordinario, lo hacían de la siguiente manera:

—Nos darán castañas.
—Tú á mí me engañas.

—

—Nos darán zumo de viñas.
—Mentira, tú me la diñas.

—

—De postre darán ciruelas.
—Mentira, tú me la...

Algunas veces suele recordar el ilustre sainetero D. Ricardo de la Vega el caso que apunto y se ríe comentando este sucedido.

El consonante que sin premeditación, ni menos alevosía, salió de boca del actor para casarlo con las dichosas ciruelas, produjo en el público una explosión con compás de espera que se resolvió en aplauso general. Se habían percatado de la inocencia del artista, de lo obligado de la improvisación, y todo fueron rebullicio y plácemes, que al aludido le causaban sonrojo.

Entre tantos aplaudidores hubo un protestador; un señor gordo de la primera fila, de pie junto á la barandilla de la orquesta, increpaba á los de escena diciendo que aquello no podía tolerarse, que era indigno, y á seguida empujando á una señora,

también gruesa, desaparecían ambos por la puerta principal de entrada.

¡Oh, asombro de los asombros! Aquel hombre tan poco condescendiente y en discrepancia con la mayoría del auditorio, era: ¡¡¡el Sr. Poveda!!!

¡El que ocupaba muchas noches una butaca á espaldas del timbalero!

¡El que arrojaba á manos llenas cigarros puros!

¿Qué metamorfosis se había operado en él?



Salíamos una tarde de la fotografía de Napoleón; nos había hecho el retrato que figura á la cabeza de este impreso; cruzamos la calle y fuimos á parar al café de la Visitación, número 27 de la calle del Príncipe.

Miéntras he referido las *agudezas* de los guerrilleros me costaba trabajo personalizarme; ya, ¡qué demonio!, voy á practicar algo parecido al imposible dón de la obicuidad; seré, no juez y parte, líbreme Dios, mas sí, actor y cronista, y en mi ánima que no trato de hacer comentarios; si alguno no puedo rehuir suplico indulgencia, *mea culpa*, en méritos á la veracidad con que relato los hechos de la época. Bien procuro ocultar molestias á trueque de callar cosas curiosísimas.

También confesaré que yo proferí el consonante que tanto revuelo produjo.

De otras bocas han salido perlas, claro que en lenguaje poético; ¿por qué no se me ocurriría al oír: *de postre darán ciruelas* contestar: ¡Valiente dolor de muelas!; pues que las ciruelas son dulces... ¡ah! ¡porque esto es muy bueno para pensado!; á otro asunto, ya que se hicieron cargo de la situación.

El café que he citado ocupaba toda la planta baja de la finca que hace poco ha adquirido la Sociedad de Actores. Soy, por tanto, uno de los propietarios en calidad de socio fundador al corriente de pago. Permítaseme esta pretensión; bueno es saber con quién se habla.

Instalados, en una de las mesas, y haciendo consumo, un caballero que ocupaba la de enfrente nos saludó; nos dijo que tenía grandes deseos de ver otra vez *Cuba libre*, pues le hacíamos suma gracia.

La zarzuela se había retirado para *dejarla descansar* y, reformada, presentarla de nuevo.

Ante los *piropos* que nos dirigía aquel adulador, Ramón Rossell, que no veía nada á pequeña distancia, hubo de preguntarme si le conocía.

—De vista—le dije—, y tú también; es Poveda, el de los puros, el indignado en la noche de marras.

—¡El hombre gordo! ¿Qué me dices? ¡Ah!, pues

esto no se lo aguanto; ¡señor mío! ¿hace usted el favor de honrarnos viniendo aquí?

—Inmediatamente—contestó el aludido.

Y ételé con los codos apoyados en el mismo mármol que nosotros.

Lo que mi compañero de arte pudo despotricar, no es para contado; tres cuartos de hora se llevó sin dejar meter baza; cuanto dijo fué del color siguiente: «Usted no tenía derecho á protestar», «nos había alentado en noches anteriores», «usted cometió una inconsecuencia», «una grosería que jamás habré de perdonarle aunque se me pusiera de rodillas». «Nunca seremos amigos».

El recriminado, que escuchó sonriente tanto hablar, pudo tomar la vez:

—Me llamo *don Fulano de tal*; vivo en *tal parte;* en cuanto me explique va á quedar asegurada una buena amistad.

—¡Jamás! — exclamó Ramón, saltándosele los ojos, para lo que ya los tenía preparados por natura.

—Lo que digo es tan cierto como que el primer retrato de los que acaban de hacerse, va á ser para mí (1), pues les he visto salir de la fotografía de enfrente.

---

(1) Si no el primero, lo tuvo de entre los primeros; don *Fulano* fué gran amigo nuestro; estuve en su entierro en mil ochocientos noventa y tantos.

—¿Y cómo va á ser posible?...

—Escuchando mis descargos. Soy casado, llevo treinta y cinco años de coyunda. La esposa, á las tres décadas y media se hace insoportable, *sobre todo* fuera de casa. Las butacas de orquesta me encantan, está uno como en familia, aun no conociendo á los de alrededor; va gente joven, comentan las cosas de bastidores, todas muy interesantes y de mucho colorido. Las cabezas llegan al nivel del tablado y esto es ventajosillo en cuestión de vista cuando hay baile, y para con las vueltas rápidas que dan las tiples.

Llevé á mi esposa á una representación, se aficionó tanto á la música, decía, y á las chirigotas de los guerrilleros, que, sin poder evadirme, quieras que no, tuve compañera varias noches. Al ir con ella tomaba las localidades en las primeras filas para estar entre gente más formal; yo suspiraba por mi butaca de ladillo. Al acabar la función, no había retrueque, á casita. ¡Á mí, que me gusta tanto rezagarme en el vestíbulo y ver salir el público de la cuarta! ¡Aquel mujerío que parece andar pisando barro, según levantan las faldas!

Como me he de valer de argucias para hacer lo que es de mi gusto, aproveché la que se me ocurrió la noche de las aleluyas.

Á nuestro lado, algunos, comentaron con acritud lo sucedido, y, díjeme, aquí de la mía; fingí indig-

nación, apostrofé á ustedes, á ella la dí dos ó tres empellones para hacerla andar ligera, y salimos.

En casa la apercibí á que no me pidiera más ir al teatro.

Al otro día, y á hora de función, propuse que me acompañara á nuestra antigua tertulia del café de la Trinidad.

¡Bien seguro estaba de que no iba á querer; aquello la aburría, la hacía dormir!

Dejó que me marchara solo y quedó convencidísima de que pasando la velada con los conocidos del café me hallaría alegre y divertido.

No se equivocó; pues ¡divertido y alegre estuve, en mi butaca de orquesta, donde las cabezas llegan al nivel del tablado, muy ventajoso en cuestión de vista para el baile, y para con las vueltas rápidas que dan las tiples!

La casa de los ruidos.

Entre los muchísimos edificios que en la ciudad de Toledo llaman la atención de los *touristas* por su arquitectura, no puede pasar desapercibida «la posada de la Santa Hermandad». El letrero que hay encima de la puerta y los antiguos adornos, en relieve, que dan sello á la finca de caserón vetusto y misterioso, infunden, al que en su fachada repara, un sentimiento pavoroso, un deseo de inquirir los acontecimientos que en su interior hayan podido desarrollarse en tiempos remotos. La gente sencilla ve con recelo dicha posada, y cree que en ella puedan albergarse cosas sobrenaturales: duendes, aparecidos, percibirse ruidos de cadenas, que suenan extraordinariamente al ser arrastradas por manos invisibles.

Esta casa se halla situada al frente de un callejón de empinada cuesta, junto á la Catedral, y teniendo por linde la calle del Coliseo, donde está el tea-



Fachada de la posada de la Santa Hermandad, en Toledo.

tro Rojas. Fué edificada para cuartel general de «la Santa Hermandad», Tribunal con jurisdicción propia instituído en tiempo de los Reyes Católicos, que perseguía y castigaba los delitos cometidos fuera de poblado. Imponía, en muchos casos, la pena de muerte. Los salteadores de caminos y los criminales de otros excesos pagaron con sus vidas. Se les mataba con saetas ó bodoques disparados por los ballesteros. Las ejecuciones tenían lugar siempre en el pueblo de Peralvillo. Dicho Tribunal formaba sus sentencias sin consultar á Superioridad alguna; de aquí el terror que producía caer en sus manos.

En la actualidad apenas acude en demanda de hospedaje algún carretero con ribetes de ordinario, ó muy escasos arrieros con mucho burro para muy pocos encargos; es de advertir que estos parroquianos se presentan después de largas intermitencias. Así sucedía en 1898.

Voy con mi cuento. Me hallaba al frente de una compañía en el teatro; era mi empresario el dueño de la tan acreditada fabricación de mazapán, marca «Labrador». Todo marchaba á pedir de boca: temporada provechosa de tres meses *(rara avis* en Toledo), y gran venta de golosinas en casa del empresario, por ser fiestas de Navidad.

La fortuna había protegido á los toledanos con el segundo premio de la lotería de Nochebuena. En

pequeñas participaciones estaba repartido. En una escuela de primera enseñanza, el maestro había interesado á las familias de sus discípulos con papeletas del número agraciado.

Había, pues, en la ciudad alegría en muchas casas, y pesetas en muchos bolsillos, con buen ánimo de gastarlas.

Estos acontecimientos de la diosa que camina sobre una rueda con alas, son siempre oportunos para favorecer las taquillas de los espectáculos.

Lo que á mí me resultaba insoportable era el frío; el que pasa un invierno en la ciudad Imperial, puede ir en Julio y Agosto á Valencia ó Málaga, en la seguridad de que el calor no ha de molestarle gran cosa: tal recopilación de frío llevará consigo.

Residía yo en la calle del Coliseo; había tomado en arriendo el piso principal, pues esperaba la llegada de mi familia; la patrona, con los suyos, ocupaba el cuarto segundo; mi alcoba lindaba con las paredes de la Santa Hermandad, y fué el caso que una noche, al acostarme, quise tomar una copa de Jerez. ¿Cómo destapar la botella? No tenía sacacorchos, ni útiles á propósito para el acto.

Se me ocurrió lo que había visto hacer á algunos camareros, que con el mandil ó la servilleta puesta sobre la pared, y dando golpes en blando con la botella hacen que salga el tapón. Puse una toalla arrollada sobre el muro, y repitiendo golpe tras

golpe con la parte inferior del envase conseguí que saltara el corcho. La faena fué larga, invertí mucho rato, ¡falta de práctica!, me dolía el brazo en fuerza de golpear la medianería, pero logré mi deseo.

Al día siguiente llegó á mis oídos que se formaban corrillos de comadres en las calles inmediatas á mi casa, comentando los ruidos que se habían oído durante la madrugada, pero sin que yo prestase importancia.

Transcurridos días, y por igual procedimiento que la vez anterior, destapé la segunda botella. Estaba ocupado en mi tarea, cuando de pronto reflexioné y dí importancia á las hablillas escuchadas.

Los golpes que yo daba tenían eco; producían un ruido sordo, prolongado; la pared resultaba como si estuviera hueca; no había duda, allí se verificaba un fenómeno acústico excepcional.

Bueno; pues repetí los porrazos con otros objetos que hallé á mano, pero no daban el resultado, y botellas de Jerez no había más.

Á la mañana siguiente, al servirme el almuerzo, me dijo la patrona:

—¡Ay, D. Vicente! ¿Ha dormido usted bien? ¿No le han despertado los ruidos de los duendes? Esa posada perteneció á la Inquisición, ¿sabe usted?, y mientras no la echen abajo siempre habrá almas en pena que nos quiten el dormir.

Aquella noche y las sucesivas aumentaron los corrillos en las calles adyacentes; las comadres no hablaban de otra cosa; tal incremento tomó esta superstición, que las noticias fueron al dominio de los otros barrios; yo haciéndome gracia el haber sido el causante, aunque involuntario, de aquella alarma, hube de confiarme á mi empresario, al cual no le fué simpática del todo la ocurrencia, pues me dijo que el entretenimiento de las gentes, en espera de los ruidos, le restaban al ingreso de su taquilla 50 ó 60 pesetas diarias, y que, por lo tanto, inmediatamente pondría remedio, para que no hubiera lugar á esa preocupación del pueblo.

—«¿Qué pensará hacer este hombre?», me dije.

Á poco se presentó un chico en mi casa, entregándome una cajita de cartón, encargo del empresario; la abrí, y apareció un sacacorchos de los de forma de barrena.

No pude por menos que indignarme ante tal inoportunidad.

¡¡¡Para qué me servía el tirabuzón, si no tenía más botellas que descorchar!!!

Historia que parece cuento.

El verano de 1885 actué en el teatro de la Comedia, de Valladolid, situado en la plaza de las Comedias; ahora me dicen que ésta se llama del Teatro; es de notar que al cambiarle el nombre para nada han vulnerado el abolengo.

Ya existían, cuando yo estuve, los de Calderón, Lope de Vega y Zorrilla, los tres de construcción moderna. No cabe duda que el de la Comedia era antiguamente el coliseo principal de la población; así se aprecia por su arquitectura antiquísima, por su estado vetusto y ruinoso y por haber dado nombre al sitio donde está enclavado; si tantos testimonios no lo corroboraran, bastaría dirigir nuestra inquisitoria á los dos bustos que se conservan á ambos lados del balcón, pues á pesar de su mutismo, bien claramente hablan los deterioros que en sus hechuras de piedra han causado la acumulación de muchísimos lustros.



Teatro de la Comedia de Valladolid en 1909.

Á principios del siglo XVIII la compañía dramática que fué á Castilla la Vieja, clasificada en categoría y autorizada por el Corregidor de Madrid, tuvo una gran aceptación de los vallisoletanos.

El galán joven, llamado Torres, se enamoró de una muchacha, perteneciente á una de las familias más acomodadas.

En un principio se entendían los amantes, sin que de sus relaciones se apercibieran los demás.

Mucho rondar por las noches; cartas cambiadas al descuido, con promesas y juramentos de amor inextinguible y de lazo indisoluble.

Mas como el amor no puede estar oculto, llegó á conocimiento de los padres; éstos, como primera providencia, dispusieron que la muchacha no asistiera á las funciones.

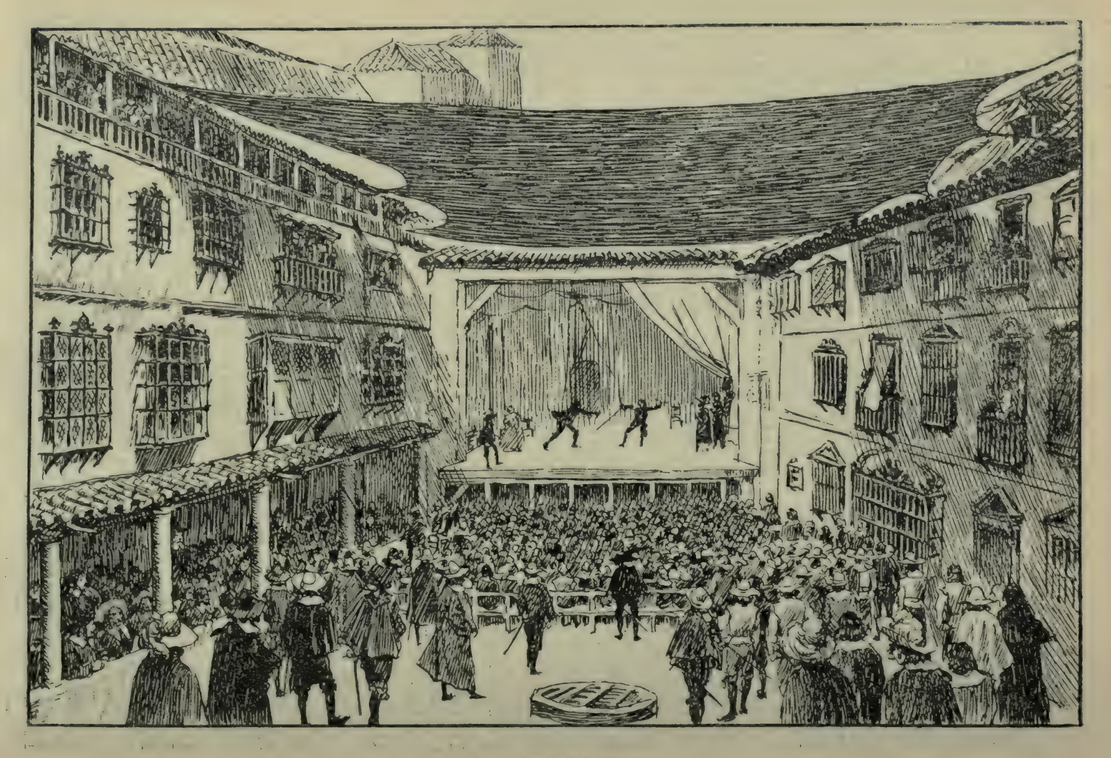
Gente asalariada evitaba que el comediante rondara la calle en que vivía su adorada.

Ante estas contrariedades, Cupido plegó sus alas, quedando en acecho para volar á la primera ocasión.

Hasta la terminación de la temporada no le fué posible al enamorado galán tener de la joven misiva alguna.

Ella hacía frente á los requerimientos de sus progenitores, que en auxilio y para disuadirla recurrieron al confesor.

Eran considerados en aquel entonces los come-



Corral del Principe.

diantes como gente vagabunda, digna de menosprecio; así lo había decretado el espíritu de la época; este precedente sirvió al buen padre franciscano fray Telmo para dar opinión en sentido negativo y sin lugar á apelación.

Al ausentarse la compañía, terminados sus trabajos en *la antesala de la Corte*, como llamaban á Valladolid, todos emprendieron el viaje de regreso, menos nuestro protagonista, que se hizo el rezagado, á bien que la Autoridad, por acicate de la familia, apercibió al comediante «que en el término de veinticuatro horas debía salir de aquel lugar».

¡Amargura y grande experimentó nuestro galán! ¿Cómo resistir? ¡De ningún modo! El mandamiento era terminante; mas de tan gran pesar vino á aliviarle con nuevos bríos una carta de su amada, en que le concretaba que jamás le olvidaría y que se consideraba su esposa ante Dios y ante los hombres; que no le inquietara carecer de noticias en algún tiempo; la patria potestad terminaría pasados algunos meses; entonces realizarían sus juramentos.



Transcurrió un año sin tener nuevas de su amada. Á la temporada siguiente figuraba el nombre de Torres en la compañía destinada á Valladolid; el Sr. Corregidor desaprobó la nomenclatura é hizo



La cazuela de mujeres.

presente de oficio al comediante que había de continuar trabajando en la Corte.

Esto, que para el histrión era desesperante, también era á la vez una gratísima esperanza; no había duda: la persecución que se empleaba tenía fiel espejismo de la actitud que conservaba su prometida.



Empezaron nuevamente las comedias en el corral del Príncipe. ¡Dos años hacía desde que conoció á la *Filis de las márgenes del Pisuerga!*

Representaba Torres una noche el Astolfo de *La vida es sueño*, y ya en el segundo acto, cuál no sería la sorpresa del actor al ver desvanecidos sus ensueños de amor (1).

En la fila más próxima de bancos estaba su novia de Valladolid en confianza íntima con un apuesto doncel. ¿Qué era aquello? No podía dudar de de que allí había un perjurio; le había sido tornadiza; aquel hombre que departía con su amada no podía ser otro que su esposo.

La sangre se acumuló en su cerebro; ciego de ira, no acertando á declamar, tiró de puñal, avanzó á las candilejas, luego retrocedió, y cambiando sú-

(1) Este hecho aparece, aunque muy sucintamente, en los *Anales del Teatro.*



El alojero.

bitamente de actitud, hundió el arma en su pecho; cayó bañado en sangre, se suspendió la representación, ¡nadie acertaba á explicarse locura tan radical!

La herida no fué de muerte, pero tardó mucho en curarse.

Cuando aliviado, y aun en el lecho del dolor, pudo dar explicaciones á sus compañeros refiriendo la verdad del sucedido y las señas de su ingrata, los cómicos lo comentaron en el corral del Príncipe, y entonces dijo el alojero (1):

—¡Ya sé quién es! Una dama muy hermosa; vino á mi puesto acompañada de un caballero, que le decía ofreciéndole un vaso de aloja: «Bebe, bebe, que estás muy impresionada.»—«No lo creas, ¡ay, qué razón tenía el padre fray Telmo! Los comediantes son dignos de menosprecio. ¡¡Vaya una ocurrencia, matarse en escena!!» Él me preguntó si se conocían las causas, y al decirle que sería cosa de amores, exclamó ella: «¡Ah!, ¿pero los comediantes toman en serio esas cosas?»

---

(1) *Alojero:* Cualquiera de los dos aposentos que había en los teatros de comedias de Madrid, que estaban debajo de la cazuela casi al nivel del patio.—El sitio en que se ponía el Alcalde en las comedias.—*Aloja:* Bebida compuesta de agua, miel y especias.

Los gemelos del Presidente.

En los más de los antiguos coliseos de las capitales de provincia se ven aún los palcos llamados de la Presidencia.

La Revolución del 68 hizo perder á dichas localidades su carácter oficial.

El palco citado se construía en el lugar central del piso entresuelo; en su mueblaje, formado de estrados, en el escudo y en las divisiones de ambos lados, hechas con leones ó esfinges en oro, quedaba de manifiesto que aquel suntuoso local pertenecía al Ayuntamiento, y era el aposento de los Reyes cuando en su visita á la población asistían á la función de gala.

Los señores del Concejo presidían los espectáculos y debían circunscribirse al reglamento vigente en aquel entonces; mas lo vulneraban con cientos de arbitrariedades, que ocasionaron serios y muy graves conflictos.

Tenían las Presidencias un salón de descanso, para que en los blancos pudieran los ediles fumar, refrescar y también refrigerar los estómagos con dulces, pastas, y hasta cenar formalmente—¿por qué no?—si lo pagaban las arcas del Municipio.

El Concejal-Presidente debía hallarse en su puesto á la hora señalada para la función, y ésta no podía empezarse sin dicho requisito.



El maestro D. José Vidal en 1869.
Director del teatro en aquella época.

En la parte interior de la barandilla del palco se colocaba diariamente un cartel, de los grandes, que servía para tener exacto conocimiento del programa y hacer las señales cuando se otorgaba alguna repetición.

La fuerza armada subordinada á la Autoridad presidencial la constituían tres ó cuatro parejas de alguaciles, uno de éstos con permanencia en el fondo del palco para recibir instrucciones, y dos parejas de la Guardia civil, con uniformes de media gala.

Cuando el público quería *bisar* alguna romanza, parlamento ó escena, se llevaba á cabo la concesión, si el usía lo juzgaba oportuno; entonces hacía una seña al municipal de guardia; éste avanzaba

hasta la baranda, daba vuelta al cartelón y lo dejaba colgando en la parte de la sala; al repetirse lo que pedían retiraba el cartel al interior.

Había que ver á los espectadores, de espaldas á la escena, dirigirse al palco aplaudiendo frenéticamente, al igual que hoy se hace en las corridas de toros.

Si un Concejal tozudo llevaba la contraria no mandando asomar el cartel, se armaba *la de San Quintín;* voy á referir dos de los muchos tumultos que se originaron por estas terquedades, pues no había duda, ya podían asistir al coliseo el Gobernador y el Capitán general de la plaza, éstos no eran allí otra cosa que simples concurrentes; el Presidente mandaba en absoluto.

Antes de narrar los conflictos, hablaré del llamado autor de escena. Bajo su férula se hallaba cuanto ocurría de cortina adentro; hoy, al que desempeña las funciones del empleo suprimido se le titula representante; el nombre de autor le fué indudablemente aplicado por la costumbre de los antiguos comediantes de llevar en sus compañías una personalidad que, á la vez que les regía, tenía á su cargo refundir ó arreglar las obras dramáticas y aun escribir algunas originales.

Al acabar los Presidentes también se suprimieron los autores de escena.

¿Que el entreacto se prolongaba demasiado? Pues

bajaba el alguacil en busca del autor, con amenaza de multa. ¿Que un actor se negaba á seguir trabajando?... Vuelta el corchete á comunicar las órdenes de la Presidencia, que disponían hacer cumplir al artista, de grado ó por fuerza, su compromiso ante el público.

El autor, á la hora de dar comienzo la función, se hallaba pegado al telón de boca mirando por el agujero si entraba el Presidente; si éste se retrasaba, el alguacil, según orden previa del Concejal, colocaba los gemelos sobre la palomilla del pasamanos del palco.



D. Leandro Ruiz,
maestro de música y director del teatro en aquella época; padre del celebrado actor de igual apellido.

—¡Los gemelos!—gritaba el representante.—¡Gasista, el punto al gas! A empezar.

¡Tales habían sido las gritas del público por la morosidad de los Presidentes, que hubo que recurrir á sustituirlos con gemelos!

Como en todo lo malo hay algo bueno, sucedía que cuando algún espectador molestaba con intemperancias á los artistas ó á los demás concurrentes, le llamaba la Presidencia, y después de amonestarlo, si reincidía era expulsado del local, y en algu-

nos casos conducido al retén (hoy Comisaría) para formar el atestado.

Ocasionaba disgustos, y no pocos, el convertir en flechas ó saetas los programas de mano que se repartían todas las noches anunciando la función del día siguiente. Aquel pedazo de papel, arrollado por combinación de pliegues y lanzado con las yemas de los dedos índices, iba á dar algunas veces en el ojo de una mamá medio dormida, que ya tenía llanto para toda la noche, aunque la comedia fuera de gracioso.

También para las actrices había saetas. En cierta ocasión se le quedó una clavada en el pelo, á modo de adorno, á Catalina Howard, cuando dialogaba con el iracundo Enrique VIII, y..... al traste se fué la situación dramática.

Se representaba en el Principal de Valencia la zarzuela de Olona titulada *Galanteos en Venecia.* Perico García desempeñaba el papel de lazarillo, y en el tercer acto, al cantar la popular copla:

¡Oh vinillo jerezano;
quién por ti no pierde el pie,
quién te mira y no te bebe,
quién te bebe sin caer!

el público pidió *otra;* el Presidente hizo seña al alguacil, se colgó el cartel, vuelta á aplaudir, vuelta á colgar, y este trasiego se reprodujo varias veces, pues Perico cantaba coplas nuevas; seguían pidien-

do más y más y el usía formó pugilato con la concurrencia, no otorgando más repeticiones.

La obra terminó sin que dejaran de escandalizar; los más se negaron á abandonar sus puestos; los alguaciles fueron agredidos; el Concejal se ocultó en el salón de descanso, defendido por las dos parejas de guardias civiles; los alborotadores rompieron las butacas y todo cuanto les vino en ganas. Á las dos de la madrugada acudió al teatro la guardia del Principal (situada en el Mercado), y no con buenas razones, sino con bayoneta calada, consiguieron los soldados despejar el local.

¡¡Y todo por no haber consentido cinco minutos más de *couplets*!!

En el mismo coliseo fuí testigo ocular, en otra ocasión, del siguiente caso:

Se cantaba la opera de Verdi, *Un ballo in maschera*. La tiple, al terminar el segundo acto, por susceptibilidades con la Empresa, se negó á seguir trabajando con pretexto de sentirse enferma; el médico de la casa la declaró útil; ella persistía en su negativa; el blanco se prolongaba, el reloj que hay en la embocadura del teatro avisaba á los espectadores que debían poner término á su pasibilidad. Al fin se impacientaron los *morenos* (1) y el

(1) Así se les llama en el argot teatral á los espectadores de butacas porque, vistos desde el escenario, la mucha luz de la batería los presenta con caras de color obscuro.

alboroto fué ensordecedor; el ministril subía y bajaba para transmitir al Representante órdenes y más órdenes del Presidente.

Se levantó el telón; el público ya estaba en el



Julio Ruiz, celebrado y popular actor.

secreto; sabía la actitud de la *prima donna*, y que había mandado la Autoridad que la sacaran *á viva fuerza*.

Llegó el momento de salir la cantante, ¡la pobre Amelia, que debía ir buscando yerbajos para com-

poner la tisana que la libraría de sus amores adulterinos! Y... ¡oh espectáculo nunca visto! Aquella dama, vestida á la chamberga, que tanto ha de recatarse, se presentó en las tablas conducida por dos guardias civiles que tiraban de ella. Ya en el proscenio, la artista se desmayó, efecto de la rabieta; echaron el telón, y el Médico declaró que ya estaba incapacitada de poder cantar. El principio de autoridad quedaba incólume, los intereses del público respetados; nadie protestó del atropello. Se cambió la parte que restaba del espectáculo, y... *tutti contenti*.

También andaban acertados los Presidentes en no exigir hora para terminar.

El reglamento fijaba la del comienzo de la función; la Autoridad hacía activar los entreactos, pero nada más, y es de advertir que en aquella época ¡¡estaba prohibido el himno de Riego!!



El triunfo del pueblo soberano acabó con aquel orden de cosas.

Durante los períodos del Gobierno provisional y de D. Amadeo nadie volvió á pensar en las Presidencias, hasta que, cuando menos se esperaban, surgieron de nuevo.

¡Los republicanos las rehabilitaron!

* * *

El alguacil decano del Ayuntamiento del Turia era lo que llamamos una personalidad; el señor Durán, este era su apellido, contaba con las simpatías de *todo el mundo;* tenía ángel, y también á disposición de todos su tabaquera de plata con rapé fino y aromático, digno del Alcalde más encopetado.

En su polvera habían pellizcado los dedos impecables de muchos señorías.

¡Y poco orgulloso que se ponía el hombre cuando los ediles le pedían un polvo!

El Sr. Durán, corchete de los Presidentes, se había educado en aquella época aristocrática en que fueron administradores del pueblo el Conde de Albalat, el Barón de Cortes, el Marqués de Llaurí, en fin, un título para cada puesto de Concejal.

Así, que acostumbrado á este roce, los prohombres de la República no podían serle agradables.

Cuando reaparecieron los Presidentes, el público los protestó y no se atrevieron á dar disposiciones; el reglamento fué letra muerta. Estaban en el palco de *pasmarotes*, y como las gritas fueron muchas, hubo que abolirlos en breve plazo.

¡Lo que el pobre Durán sufrió en el rincón de la Presidencia!

Aquellos nuevos amos no eran finos; ¡cómo iban á serlo si su tabaquera estaba ociosa!

Le tocó en turno una noche un Concejal que

tenía tienda de aguardientes junto al mercado; este buen hombre, que apenas sabía deletrear las etiquetas de sus botellas, le preguntó, entrando en el palco, qué función se hacía.

—*Luchia di Lammermoor*—contestó Durán.

El edil ocupó su escaño, clavó los ojos en el cartel, leyó: *Lucía*... y ya no supo leer más; cogió los gemelos, miró al patio, luego á los palcos; Durán sudaba la gota gorda viendo lo que hacía el Concejal de los aguardientes; se acercó respetuosamente al usía y le dijo:

—Su señoría ha cogido los gemelos del revés; ponga los cristales grandes hacia fuera y dé vueltas á la ruedecita del centro.

—Váyase á su sitio, que ya le daré yo á usted las vueltecitas.



El alguacil decano se hallaba ante la mesa de despacho del Secretario de la Corporación; éste le decía:

—¡Hombre de Dios! ¿Qué ha hecho usted al Concejal N? Me ha recomendado que le suspenda á usted de empleo y sueldo por desacato. Dice que le ha tomado usted en broma, porque anoche preguntó qué ópera hacían, y usted contestó: *Luchia;*

mas como él sabe leer, vió que lo que anunciaban era *Lucía*. ¡Vamos, que está furioso!

Yo le he expuesto que se trataba de una persona muy correcta y de un gran ministril, y se ha marchado de aquí prometiendo demostrarme que usted es un alguacil muy chico.

—Y lo demostrará, Sr. Secretario, porque como su señoría *coge los gemelos del revés*, *¡todo lo ve pequeño!*

Un "Toribio" en Eslava.

Fructífera fué la temporada en el teatro del Pasadizo de San Ginés en 1899.

Tras los éxitos *El último chulo* y *El escalo*, de Arniches y Celso, vino el de *Viaje de instrucción*, de Benavente y el maestro Vives.

Coronó tan buen cartel *La alegría de la huerta*, raudal de monedas en taquilla, que hacía que todos cobrasen sus emolumentos.

Digo esto, porque el empresario Tomás Aragües, que lo era de vez en cuando y por chiripa, se hallaba satisfecho; *vivía él y casi vivían los demás.*

El saloncillo es espejo de lo que pasa en la casa. Si el negocio marcha bien, se halla animado: concurren autores, amigos de los cómicos, y entre ellos reina fraternidad y alegría; si, por el contrario, la temporada va *de cabeza*, la desanimación impera en el local que nos ocupa.



El grabado que encabeza este artículo es fiel trasunto de lo que ocurría. En él aparecen: Tanci, comprimario del Real; Manuel Lasarte, Antonio Casero, Jacinto Benavente, Emilio Mario, Vicente Lleó, el espada Algabeño, Celso Lucio, Gabriel Merino y Pepe Riquelme, los dos ya fallecidos, y otros aficionados á las cosas de teatro.

El del tambor, soy yo, caracterizado para representar el sordo de *La alegría de la huerta.*

¡Qué de ocurrencias felices en aquellas veladas! ¡Cuánta alegría y bullanga!

Un escritor eminente era el primero en sostener aquel jolgorio, pues se cantaban *couplets*, se bailaban danzas napolitanas, aquello parecía un *Petit Palais.*

Á la terminación de los *números improvisados,* el eximio escritor recobraba su seriedad y sentándose exclamaba:

—¡Señores, que me desprestigio!

Ó bien, á la vez que actor en la fiesta, nos decía por lo bajo:

—¡Si me vieran los de la Comedia!

Cuando *estábamos quietos* nos poníamos insoportables, pues tomaba calor la discusión respecto á si el siglo XX empezaba en el 1900 ó en el 1901. ¡Y, señores!, esto sí que no tenía alegría; ¡qué de controversias!; mejor era marcharse á la calle; ¡decididamente nos vamos en busca de novedad! Vol-

veremos para presenciar, no discusiones sobre la centuria ni alegres danzas, sino algo emocionante y de rareza extraordinaria.



Había un mozo en la Bodega Nacional de la calle de Atocha, núm. 34, llamado Antonio Alonso Fo-



El tenor Rafael Gil, Concha Segura y García Valero en "Un viaje de instrucción".

gué, que llevaba en barriles de media y de una arroba el vino á domicilio, según la demanda de los clientes.

Este sirviente ganaba 2,50 pesetas por día, emolumento insuficiente para la manutención de él y su familia.

Siempre que venía á mi casa me decía que estaba desfallecido de trabajar tanto y harto de comer tan poco. Á este juego de palabras seguía el asegurar que pensaba un plan que iba á poner en práctica.

Como lo discurrió lo hizo, y cuando menos se esperaba dimitió el cargo de portador de vinos.

Se echó á la calle; por las mañanas, con un gorro turco en la cabeza y un cajón con baratijas pendiente del cuello.

Por las tardes, con sombrero de copa y chaquet negro; ambas prendas adquiridas en el Rastro.

Empujaba un ferrocarril de latón, cuyos vagones iban repletos de cacahuetes para la venta.

La *chistera* era una ironía; por tal la interpretaban muchos; mas con ella consiguió que repararan en su *personalidad* y se hicieron populares la mercancía y el expendedor.

No una sola vez, varias, lo llevaron á la Delegación.

El cacahuero daba como descargo que no tenía otras prendas que ponerse, y como nada previenen nuestros Códigos acerca del buen uso que debe hacerse del sombrero de copa, le dejaron en paz.

Nada más justo; ¡estaban muy lejos y caducadas

las pragmáticas de los Austrias, que decretaban la manera y el color con que debían vestirse las gentes!

El de la *bimba* marchaba viento en popa.

Ya no le debilitó tanto trabajar y llegó á hartarse de tanto comer.

Durante el estío expendió sus artículos en Valencia, San Sebastián, Santander y otros puntos.

Nuestro hombre veraneaba.

En todas partes le fué bien; no, ¡en todas no!; una vez fué á Gijón, le vieron los trabajadores del muelle con su gorro colorado, el cajón de pitos, y le advirtieron:

—¡Amigo!, aquí no consentimos vagos, ¡se viene á trabajar; preséntese mañana y tendrá un puesto!

Quedáronle á nuestro protagonista muchas dudas sobre si aquello habría sido pura chacota.

En vez de volver á la calle Corrida y Puerto, se fué á Begoña; mas lo cogieron unos jornaleros y quieras que no, dieron con él en el muelle.

Allí le faltaron de palabra y obra. Lo querían tirar al mar por haber despreciado el primer aviso; vió la cosa tan seria que, escapado de aquel lance, pilló el tren y se vino á la Corte, á su casita de la calle del Avemaría, número 33.

Al verano siguiente le preguntaban:

—¿Vas esta vez á Gijón?

—¡No, señor!; allí no toco pito; ¡no me gustan los baños de mar con la ropa puesta!

Llegó á tener un capitalito de algunos cientos de duros; previo catálogo, pedía al extranjero juguetes de goma. Entre ellos había uno que llamó la atención *del todo Madrid* por la manera como se le ocurrió pregonarlo.

¡Pero esta ocurrencia fué posterior á la escena desagradable que voy á referir!

Volvamos al saloncillo de Eslava.



Estábamos en el primer acto de la función. Noche de lluvia, de mucho frío, y, por tanto, la concurrencia en escaso número.

De pronto las coristas se indignaron. Decían que un señor de la primera fila de butacas las enseñaba una cosa obscena.

¡No podían consentirlo!

Estaban irreductibles; no atendían á reflexiones.

Al salir yo á las tablas vi que el sujeto aludido había dado una cosa á los músicos, que pasaban de mano en mano con curiosidad y regocijo.

Pensé que las del coro exageraban. El de butacas no hacía nada digno de reprensión.

Al acabar el acto entré en el saloncillo y me puse en el escritorio á escribir una carta.

También bajó de dirigir la orquesta el maestro Vicente Lleó.

Ambos le dijimos á Riquelme, al que habían puesto furioso las fantasmagorías de las coristas, que no veíamos nada de particular en los hechos de aquel espectador.

Pepe, en estado nervioso, llamó á Felipe su criado de teatro, para que subiera por el perturbador, y le dijo:

—Si no lo bajas me entenderé contigo.

Y como Felipe era más chulo que Riquelme, le contestó:

—Lo bajaré vivo ó muerto.

Yo seguía rezagado en el escritorio, pues creí que todo aquello tan extemporáneo no podía acabar bien.

Lleó daba paseos saboreando un chicote con el auxilio de una hermosa pipa de ámbar; me miraba y yo á él; no hablábamos, ¿para qué?

¡Y á todo esto los contertulios sin acudir! ¡Natural, todavía era muy temprano!

Felipe llegó á la sala; suplicó al del objeto que bajara al vestuario; el espectador se extrañó; se resistía á acceder; lo cogió el criado por una solapa, como el que nada hace, y le obligó *á dejarse remolcar*.

Ya tenemos hecho el retrato del personaje.

Á otro, no queriendo, le iban á obligar á pretensión tan desusada.

Al aparecer los dos hombres en el saloncillo, el

apuntador, gran amigote de Riquelme, cerró media puerta de entrada y se sentó detrás de ella quedando en acecho.

El de la pornografía, de la sicalipsis, como dirían hoy las señoras y señoritas del coro, iba bien vestido, llevaba capa nueva y sombrero hongo.

—¿Qué me quiere usted?—dijo con voz balbuciente y acento catalán, muy marcado.

—Saber qué enseñaba desde la butaca á las mujeres.

—Nada que sea chocante; cosa que puede verse sin escrúpulo alguno: esto.

Y sacó de uno de los bolsillos de la americana una pelota de goma que representaba la cabeza de un negrito.

—¡¡Esto!!—decía *el demandante,*—¡¡esto!! ¿y qué es esto? No acertaba con otras palabras, conocía que se había tirado *una plancha.* No encontraba el medio de salir de aquella situación embarazosa. Por las noticias adquiridas, la creyó fácil, y ahora, del momento, se presentaba difícil, ¡con vistas al ridículo!

—¿Pero qué es esto?—insistía de nuevo.

—Ya ve usted, un juguete. He llegado de Barcelona; allí lo compré. Se me ha ocurrido enseñárselo á las chicas para que se rieran.

—¿Conque un juguete?...—¡Nada!, ¡que no había medio de solucionar lo intempestivo del llamamiento!

El actor daba vueltas y más vueltas, en sus manos, á la pelota, y, manoseando y apretando inconscientemente, de la boca del negro salió una lengua larga que á Riquelme le dió el gran susto, pues se echó para atrás á la vez que cerraba los ojos.

Esta fué la parte cómica de la *interview*. El comediante, asustado por aquel apéndice que se había presentado por sorpresa, reaccionó en el acto y le sacudió un tremendo bofetón al catalán *negrero*.

—¡Por Dios, señor!—exclamó el lastimado tambaleándose y tratando de justificarse con súplicas.

Una segunda bofetada fué á dar contra el maestro Lleó, que se metió á mediador de la acción; el cigarro y su magnífica boquilla salieron por los aires.

El atropellado escapó dando traspiés; al salir por el hueco de la media puerta, llevó, en su huida, un fuerte silletazo en la espalda dado por el apuntador recatado.

La capa y sombrero del que corría quedaron sobre el suelo de la refriega.

Á última hora se presentó un desconocido pidiendo ambas prendas; también suplicando, en nombre del abofeteado, que le dispensaran haber sido causa inocente de aquel mal rato.

¡¡Pedir más, fuera pedir gollerías!!

*
* *

Y pienso yo; que mucha parte de culpa la tuvo Antonio el cacahuero por haber vendido tantos años cabezas de negros y blancos sin popularizarlas, como lo hizo luego, con el afortunado pregón de *Toribio saca la lengua;* pues este juguete, todavía inédito, era el que el catalán mostraba desde su butaca.

¡Pobre hombre! ¡Qué pensaría de nosotros! Si se da con otro menos sufrido, puede que después de su huída con *un Toribio*, hubiese vuelto con un revólver.

Apostasía de unos moros.

Un muy querido amigo mío me preguntaba hace poco si en mis crónicas había algo de fantasía.

—¡Qué más quisiera yo—hube de replicarle—que tener inventiva con que dar interés á mis escritos!

Por mi mal, no es así; dispongo de buena memoria, y por eso, al través de los años, es natural que, al mencionar hechos ocurridos en mi primera edad, aparezcan con caracteres de fábula.

La suspicacia ha sido motivada por mi artículo sobre las Presidencias en los teatros, y voy á citar un hecho más de aquella época, aportando nombres de personalidades, para, como dice Don Juan:

Si lo dudáis, apuntados
los testigos ahí están,
que, si fueren preguntados,
os lo testificarán.

Entre los muchos sainetes en boga, se representaba uno intitulado *La casa de abates locos*, con el aditamento, impuesto por el público, de: «ó sea ¡bomba!, ¡bomba!», y estas exclamaciones, que en las comidas oficiales de los pueblos sirven para que aquel á quien se dirigen se arranque brindando en verso ó diciendo algo ocurrente, en los teatros, entonces, servían para que los actores *se echaran al suelo;* todo esto dimanante de que en el citado sainete sale un personaje loco, que se cree General, con montera de papel y espada de caña, y al describir una batalla termina diciendo: «¡bomba!, ¡bomba!», y obliga á los demás á que se tiren en tierra para librarse de las explosiones. Pues bien: los espectadores dieron en la costumbre de pedir «¡bomba!, ¡bomba!» cuando algún actor se equivocaba ó no gustaban de una comedia.

¡Cómo cambian los tiempos! ¡Cualquiera se atrevía hoy á lanzar la frasecita de marras!

Antonio Vico, en sus memorias íntimas, ha descrito con mucho gracejo su primer *début* en el Principal de Málaga, relacionado con el «¡bomba!, ¡bomba!» y con el actor Albarrán, en *La casa de abates locos.*

Los chicos, tomando ejemplo de los grandes, cuando les parecía empleaban la inocente petición, y sucedía que al salir el grumete en *Marina*, que trae la carta y se retira diciendo: «Que no se os

olvide lo de retrechera», «¡¡bomba!!, ¡¡bomba!!», gritaban voces juveniles en las alturas del coliseo, y éte á los alguaciles *cazando* chicos y llevándolos de las orejas ante el Presidente; éste poniendo ceño



Pedro García (Perico),
en el sainete *Los Parvulitos.*

feroz, les echaba una filípica, más la amenaza de mandarlos *¡nada menos!* que á las torres de Serranos.

Dicho se está que la acción ocurría en la capital valenciana.

Como sentencia, disponía la Autoridad que los pequeños alborotadores fueran expulsados del teatro; el guardia los acompañaba hasta la puerta principal y cumplía la orden recibida; los chicos teníian buen cuidado de callarse á qué familias pertenecían.

Una vez en la calle daban vuelta al edificio y entraban por la puerta llamada de la tertulia; pues se trataba de niños que entraban gratis por pertenecer á gente de la casa.

Estos chicos eran: Joaquinito Almiñana, hoy acreditado director de orquesta, maestro de coros que ha sido muchos años en el Teatro Real, de Madrid; Ricardito Alós, ahora reputado pintor escenógrafo, que acaba de ser aplaudido en el Teatro de la Zarzuela con su decorado de *Episodios nacionales;* Guillermito Perrín, á quien en la actualidad conocen mis lectores como aplaudido y fecundo autor dramático; Julito Ruiz, al presente popular actor; otros, que no cito por menos conocidos ó por no existir, como ocurre con el malogrado maestro Estellés, y Vicentito, hoy cómico y *latero* con *superávit* por escribir estas revistas retrospectivas.

También vive D. Miguel Dolz, pundonoroso militar y *meterruidos* por aquel entonces en nuestra compañía, con la agravante de que Miguelito, hijo del Conde de Albalat, tenía á papá de Presidente las más de las noches.

Guillermo Perrín, al ocuparme en otra anterior reseña de las saetas hechas con programas, me dijo que él no había olvidado cómo se hacían, cosa que yo dudaba, y, efectivamente, en pleno saloncillo de Apolo ha demostrado su maestría confeccionándolas y dirigiéndolas con tal arte, que causaría la envidia *del Cupido más experto.*

Paso á justificar el epígrafe de este artículo.

Ante lo original del asunto dudaba en publicarlo, y me decido, porque una señorita de la compañía del mencionado teatro (1) me dice que en Granada ha presenciado no hace muchos años, igual orden de cosas al que voy á referir.



Matilde Duclos,
hermosa primera actriz de la época.

En mil ochocientos sesenta y tantos, Valencia conservaba sus murallas; pero no como recuerdo, según hoy sucede en otras capitales, sino en pleno ejercicio, con sus fosos, rastrillos, y cerrando sus puertas y postigos al toque de la oración.

La *falla* (hoguera) del Miguelete, como llamaban á un manojo de pajas encendidas que paseaba el campanero en lo alto de la torre, era la señal

(1) Ana Vizcaíno.

para que se dieran prisa los que venían por las afueras con dirección á la ciudad; el portillo iba á cerrarse, y el que no llegaba á tiempo pasaba la noche *puertas afuera.*

En el beneficio de los actores solicitaban del Capitán general la concesión de que, terminado el espectáculo, se abrieran algunos postigos de las murallas para que regresaran á sus casas los concurrentes de los pueblos inmediatos.

Este permiso, de gran estima, se hacía constar en programas y carteles.

Al tenor de tan rancia costumbre eran todas las demás.

El coliseo Principal, hermoso edificio de una manzana, tenía sus calles laterales inhabilitadas para el tránsito de todo vehículo y de toda caballería, con el fin de que el más insignificante ruido no pudiera perturbar la atención de los espectadores.

La función empezaba á las siete, y coincidía con la hora de los *comulgares;* éstos en Valencia, en casos de premura, los llamaban de *embozo;* iba el Cura en una tartana; cuatro acompañantes con ciriales, y el Sacristán tocando la campanilla, á pie los cinco.

El Viático administrado en esta forma, pasaba inadvertido; pero cuando el enfermo tenía espera y se hallaba alistado en alguna de las varias Con-

gregaciones eucarísticas, se hacía con numeroso acompañamiento de vecinos con cirios; los sochantres entonando cantos místicos; los fagotes, ó sea la música de capilla, acompañando las voces; guardias y soldados, que se incorporaban desde los retenes, y el clero, con el pendón de Cofradías y el palio, bajo el cual caminaba el Sacerdote con la sagrada forma, á modo de *Dios grande*, como decimos en la Corte.



D. Joaquín García Parreño, eminente actor (1878).

Cuando esta procesión pasaba por alguna de las calles contiguas al teatro, D. Ventura Escudero, autor de escena, recibía aviso y disponía precipitadamente que la orquesta tocara la Marcha Real si se estaba en el entreacto, y si en la representación, también la suspensión de ésta por breves instantes.

Al sonar la orquesta, público y actores se ponían de rodillas.

Á poco, reanudaban el espectáculo, y hasta otra noche en que pasara otro *comulgar* de lujo.

Sucedió una vez que estando representando el primer acto del famoso drama *Los amantes de Te-*

ruel; ya en la escena VI, entraron rápidamente en la orquesta el Director y los profesores, y batuta al aire, sonó la Marcha Real.

¡¡Oh, espectáculo sorprendente y nunca visto!! ¡Que Marsilla cayera de rodillas, nada tenía de particular; pero que Osmín, Adel y todo el numeroso séquito de adoradores de Alá se prosternaran ante el Dios de los cristianos, resultaba incomprensible! ¿es que se habían convertido á nuestra fe?

Al día siguiente, aquel gran crítico llamado don Peregrín García Cadena, por el que el Ateneo de Madrid celebraba veladas de aniversario hace algunos años, escribía en el periódico valenciano de más importancia:

«Lo sucedido anoche quitó interés á la acción de la obra. Ya no nos convencían aquellos moros feroces; no podíamos admitirlos ni como vendedores de dátiles; estábamos en el secreto.

»Cuando elogiaban á Mahoma no nos merecían crédito; ¿cómo dárselo si habíamos presenciado su apostasía!»

25-V-908.

Un pollo que salta de la cazuela.

El hecho que voy á referir sucedió en Valencia hacia el año 1867.

Tan inusitada ocurrencia no me atrevía á propalarla, aunque por mí fué presenciada, sin aportar el testimonio de otras personas.

Permítaseme alguna divagación para describir el lugar del suceso y calidad de las personas presentes, algunas de ellas, en aquel momento.

En dicha capital había, en los tiempos á que aludo, mucha aristocracia; el coliseo de la calle de las Barcas, hoy del Pintor Sorolla, era el centro de reunión de la buena sociedad; D. Pedro del Diestro y Lastra, empresario que explotaba el teatro, estuvo dedicado á él la friolera de diez y ocho ó veinte años; los negocios artísticos eran defendibles; de aquí que las Empresas fueran de verdadero arraigo.

En la población había media docena de cafés, á los que sólo concurrían jugadores de dominó.

El moka y sus similares se los consideraba cosa perjudicial: *quitaban el sueño y excitaban sobremanera los nervios.*



Teatro Principal de Valencia.

Entrar las mujeres en estos locales estaba mal visto; de haber infringido la costumbre alguna señora, hubiese salido de allí sin serlo, en opinión de las gentes.

La vida se deslizaba tranquila. Por las tardes

paseaban en las tartanas, bien de toldo redondo ó bien cuadradas, por el Plantío ó Alameda, dando vueltas en larga fila y retirándose al obscurecer, pues á más de ser la hora marcada para cerrar la puerta del Real, enclavada en la muralla, tenían que cenar y vestirse para la función de teatro.

Los aristócratas cultivaban el arte dramático y el lírico. Yo he visto hacer comedias y zarzuelas á Condes y Marquesas. Interpretaron *El joven Telémaco* y *Orfeo en los infiernos*, en francés; por cierto que uno de los dioses lo desempeñó el distinguido vate D. Enrique Gaspar; allí trabajó el autor don Rafael María Liern; Emilio Borso di Carminatti, hijo del General del mismo apellido, fusilado en Zaragoza; también Núñez, teniente de Caballería, muy buen jinete, muy corto de vista y muy dado á divertirse.

Á poco de los hechos que relato, vino á Madrid este joven militar, y tuvo un final eminentemente trágico é inesperado. Asomado al balcón del piso principal, en una casa de la calle de Peligros, murió instantáneamente de un balazo en la frente, que le disparó un zapatero desde la vía pública.

En Valencia sintieron y comentaron mucho el sucedido, pues se trataba de un muchacho de familia distinguida; yo, aunque lo he procurado, no he podido adquirir noticias más aclaratorias.

También representaron comedias de Ventura

de la Vega. ¿Y saben ustedes á qué hora tenían lugar estas veladas artísticas? Lo explicaré. Todos ellos asistían á la función de ordinario; ocupaban sus localidades, como si nada tuvieran que hacer después; terminada ésta, las niñas, en sus carrua-



Amalia Gutiérrez, en 1860.
Celebrada primera actriz.

jes, marchaban á sus casas para el cambio de *toilette* y volvían de nuevo á la representación extraordinaria, que principiaba á la una y media de la noche, para concluir á las cinco horas ó más de la mañana.

Ignoro quién era Ministro de la Gobernación en aquel tiempo; pero sé que las autoridades representativas de la provincia asistían al espectáculo con gran contentamiento.

Hoy, con las nuevas leyes que nos rigen, este orden de cosas no sería lícito ni permitido; luego evidentemente hemos retrogradado á fecha muy anterior al año de gracia de 1867, en que los españoles andaban quejosos y preparando una gran revolución por estar exhaustos de libertades!—decían.

En una reunión nocturna del café de Fornos, de la Corte, está de asiduo contertulio D. Carlos Echevarría, á quien muchos llaman *el General* por su físico y porte característicos. Dicho señor estaba abonado á butacas, y es indudable que D. Carlos, cuya vida guarde Dios muchos años, debe recordar lo aquí apuntado (1).

Será otro testigo de mayor excepción un compañero mío en arte, querido paisano, intérprete del teatro clásico en la compañía de D. Fernando Díaz de Mendoza, y en la época de mi referencia sólo acaudalado y modelo de deportistas; echaré abajo el incógnito para decir que el aludido es don Luis Medrano.

---

(1) Los contertulios indicados forman ahora su *peña* en el Suizo desde la supresión del popular café de enfrente.

Á éstos uniré otro más, muy conocido en los centros aristocráticos de Madrid; á D. Juan Felipe de Lara, á quien en aquella época llamaban los edetanos *el fill del Cheneral*, pues su padre desempeñaba la Capitanía general del antiguo Reino.



Gertrudis Castro en 1863.
Primera dama.

Pero vamos con la cazuela y con el pollo.

El cuarto piso del referido teatro tiene honores de quinto, pues los palcos plateas están en alto. Sobre la baranda del último piso salen perpendicularmente unos hierros que acaban en el techo,

y éstos son cruzados por otros horizontales formando valla.

Lo cito como detalle para que se vea la decisión que tuvo que hacer, escalando los hierros, el protagonista de este suceso.

La función de la noche correspondía al turno par, el más flojo en cantidad; había terminado la comedia; estaban en el baile: un fandango animado en que tomaban parte todas las parejas; esta danza se titulaba *Las ventas de Cárdenas*. Noche de entre semana, con cartel sin atractivo para el público de taquilla, sólo había congregadas en el gallinero ó cazuela unas cuarenta personas, que, diseminadas por distintos bancos, presenciaban el espectáculo.

Un muchacho de veinte años, envuelto en su capa y tranquilo hasta aquel momento, se levantó como impulsado por un resorte, y escalando los hierros antes descritos, se arrojó de cabeza al patio de butacas. La prenda de abrigo le abandonó al arrojarse, y, tomando aire, bajaba extendida, pausadamente, á modo de paracaídas. El individuo cayó de golpe sobre la fila número 13, que momentos antes habían desalojado un hermano del barítono de ópera, Sr. Fárvaro, y otros amigos. Al golpetazo rompió el apoyo divisorio de dos localidades.

Las espectadoras se desmayaron; los boleros de-

jaron de repiquetear las castañuelas, y la orquesta enmudeció; todos los artistas formaron fila junto á las candilejas; no había duda: ¡el orden se hallaba invertido, el espectáculo estaba en la sala!



Felipa Díaz,
primera actriz en 1866.

En el teatro de Variedades, de Madrid, hizo varias temporadas y mereció artículos encomiásticos de Eusebio Blasco. El público la dispensaba las frecuentes equivocaciones en que incurría declamando.

De la caída del suicida se dieron cuenta al chocar aquél en las butacas; pero había una nueva sorpresa: aquella mole negra que bajaba ondulando y que tardaron en distinguir que fuese capa.

Nadie prestaba auxilio al caído; tal era el asombro; á bien que él no lo necesitaba, pues por su pie, y como quien acaba de verificar un acto natural, salió por la puerta del centro, cruzó el pasillo y primer vestíbulo; ya en el segundo, los que le seguían, desposeídos de la primera impresión, lo de-

tuvieron, y, conducido por alguaciles, fué llevado al palco presidencial.

Afirmó repetidas veces que no había sufrido daño alguno. Reconocido por los médicos, lo corroboraron; diagnóstico que admiró á todos, por haber caído desde tan elevada altura.

Inquiriendo la Aútoridad el por qué de tan descabellado acto, contestó que se hallaba en disidencia con su señor padre, al cual creía ausente, y que, al verle entrar por una lateral de la cazuela, le dió tal pánico, que buscó la huída; sin duda, obsesionado, no reparó en el medio y sus consecuencias. Esto podía comprobarse, mas no se hizo.

Se vió que buscaba el suicidio, pero no hubo cargos, en gracia de lo milagroso de su salvación.

No le molestaron de nuevo, y nuestro joven siguió disfrutando de cabal y perfecta salud.

Para escribir este artículo me dirigí á mi querido hermano, residente en Valencia, y á mi amigo Pepe Peydró, por si sabían algo más de lo apuntado.

Efectivamente: en cartas que tengo á la vista aparece el testimonio de un viejecito llamado Tomás, antiguo dependiente de la ya deshecha imprenta de Orga, explicando «que el pollo de la cazuela, al cumplirse el año del sucedido, murió sin antecedentes de enfermedad y sin que pudieran achacar su fallecimiento á otra causa que á resultas de la caída».

¡¡Natural; si es mucha la elevación del cuarto piso del Principal de Valencia!!



No doy por terminados estos apuntes sin referir siquiera uno de los varios incidentes cómicos á que dió lugar el hecho triste que antecede.

Cuando alguno buscando poner fin á sus días lo realiza por medios nuevos, es innegable que tiene imitadores, y como los suicidios abundan, por desgracia, de aquí que haya rachas en matarse por igual procedimiento que empleó el innovador.

Á la manera como se ejerce la vigilancia en el viaducto de Madrid, se hizo en el piso último del teatro valenciano; se aumentó el número de guardias y se previno á los acomodadores para que extremasen su interés á evitar un acto desagradable.

En cuanto un espectador, de pie en los escalones superiores se dejaba caer hacia adelante con los brazos extendidos para agarrarse, á modo de trapecio, de uno de los hierros, al punto le cogían por las ropas y tiraban de él los empleados de la casa y los de Seguridad, propinando el consiguiente susto al inocente curioso, que se asomaba tan sólo para admirar á las bellas de los palcos.

En una de estas ocasiones se produjo una gran trifulca.

Un mocetón, hombre del campo, apoyó una pierna en la fatal baranda, se agachó, y... no pudo hacer más movimientos; los acomodadores se echaron sobre él; los guardias, sujetándole por el pescuezo, querían obligarle á que los siguiera. Nuestro hombre cayó de espaldas sobre la grada, dando sus pies al espacio por encima del pasamanos.

—¡Déjenme!—exclamaba el mozo,—¡déjenme! que con el empellón que me han *arreao* ustedes he perdido la alpargata; quiero saber donde está.

—¿Qué alpargata?—le preguntaron.

—La que iba á atarme.

Y efectivamente: aquel calzado democrático había asustado á la aristocracia.

Cayó en un palco entresuelo, causando gran estupor á las encopetadas damas que lo ocupaban.

En una palabra: quedó en el sitio de preferencia *doña alpargata*, y las damiselas, como séquito de tan inesperada *señora.*

Un acomodador fué el encargado de restituirla, conduciéndola, no de la mano, sino pellizcando con las uñas una de las cintas, á su legítimo dueño, que para nada había pensado en quitarse la vida.

El jardinero y la musa.

¡Bonito título para una fábula!

Por desdicha mía, no tengo suficiencia para imitar siquiera torpemente los escritos de Fedro ó Iriarte, en esos libros de enseñanza que me aprendí como un loro cuando chico, ¡y que, ya hombre, tanto admiro!

Se me ha originado este epígrafe para el hecho que voy á narrar. Si no gusta, diré como *el otro:* no podrá ser verso, pero verdad sí es.

Me refiero á uno de los muchos accidentes dramáticos ocurridos, en que, si bien interviene el Juzgado de guardia, queda lo sucedido para los de puertas adentro, ocultando al público la nota triste que había de contrastar con el regocijo propio de la fiesta.

¡No faltará luego quien lo cuente!; á bien que lo hará en voz baja y al oído del amigo; éste lo transmitirá á aquél, aquél al otro, y así cundirá la es-

pecie hasta no quedar uno sin percatarse de lo que allí *se tapa*.

Todos estarán en complicidad voluntaria.

Ahora se trata de divertirse; luego se harán los comentarios.

¡Va á empezar el baile, y hay que disfrazarle el parecido que pudiera tener con una danza macabra!



En 1905 preparaban, en el primer coliseo de la capital valenciana, los adornos para celebrar la fiesta de máscaras llamada de *Jueves gordo ó de las comadres*, á beneficio de la Asociación de la Prensa.

El cielo raso ó techo de la sala, en el que hay cuadros al óleo de algunos autores clásicos, y, rodeando el florón central, las figuras, también al óleo, de las nueve hermanas del Parnaso, es, en su reverso, lo que llamamos un cañizo muy tupido. Por él andaban á pie firme, como en terreno seguro, en mil ochocientos sesenta y tantos, los muchachos Almiñana, Alós, Ruiz, Perrín, García Valero y otros, ya citados por mí en anteriores apuntes. ¡Diabluras de chicos!, que salieron bien porque el teatro era *joven*, pues había sido construído alrededor del año 50; pero ya en 1905 las cañas debían estar muy secas.

El día en que se celebró el baile, subieron por

la tarde los jardineros para descolgar, por el florón del centro, unas guirnaldas; uno de los operarios, dejando de ir por los senderos de seguridad, hechos con tablas á un metro de altura sobre el cielo raso, se puso de pie sobre las cañas, y éstas cedieron. Una de las musas y el trabajador vinieron al suelo.

El jardinero había caído por escotillón.

Mortal de necesidad fué la herida; los compañeros lo retiraron de aquel gran charco que había hecho con su propia sangre, y, diligentes, le condujeron á la Casa de Socorro; mas fué innecesario: ¡estaba reventado!

Don Olimpio Salgas, muy conocido en los círculos teatrales, se hallaba accidentalmente en la ciudad del Turia y asistió al baile.

Fué una fiesta espléndida; mas en aquella alfombra, donde en revuelto torbellino giraban vertiginosamente los pies breves de las valencianas, obligados por el rápido compás del tres por ocho, ¡había un manchón de color indefinido!

Este detalle llamó la atención de mi amigo Olimpio.

Preguntó, y... ¡no pudieron contestarle!... Aquello era que... la frase estaba hecha; sólo había que plagiar á Picón:

«No había sido nada. Un *jardinero* muerto; puede el baile continuar.»

Cambio de Director.

Don Manuel Lovera era dueño, en Córdoba, de tres teatros el año 1892.

En el del circo del Gran Capitán, actuaba por su cuenta la compañía de acróbatas y *ecuyères* del popular *clown* Toni Grice, tan querido del público de Madrid.

El teatro Principal, en la época de estos sucesos, se hallaba cerrado por ser verano.

Del tercero, ó sea el de Variedades, acababa de salir una compañía, en la que figuraba la primera tiple Paca Segura, entonces en boga; la temporada de estos artistas la había cortado D. Manuel por costarle mucho dinero.

No quedaba en la ciudad otro espectáculo que los volatines; éstos ya no interesaban al público por lo gastados; había deseos de ver las obras del género chico.

Se hallaba indeciso Lovera sin saber qué partido

tomar; en esto recibió un telegrama, puesto en Trujillo, cuyo texto era: «¿Conviene compañía dramática Delgado, y zarzuela con coro?—Oliva.»

«¡Como anillo al dedo viene la proposición!», pensó D. Manuel, y discurrió acertadamente. Don Pedro Delgado, aunque en la decadencia, era una razón social de gran estima por las Andalucías; además, ofrecía ahora la novedad de un cuadro lírico con coro.

Les mandó cantidad suficiente para que, en término breve, se trasladaran á la capital de los Califas.

El día del arribo salió D. Manuel en su cochecito á la estación, y, puesto en recato, vió descender de los vagones á los cómicos.

Por más que miraba y remiraba no conseguía dar con el gran actor Delgado.

Cuando terminó el desfile, le dijo á Custodio, el avisador:

—Entérate cuándo viene D. Pedro.

El criado hizo lo que se le ordenó, y trajo la aclaración de que la primera figura de aquellos cómicos era otro artista llamado D. Manuel Delgado.

Volvió mohino Lovera, comprendiendo la equivocación de que había sido víctima.

Al día siguiente, sin demostrar contrariedad, se presentó en el teatro, los vió ensayar y llamando al

jefe le expresó que había que traer inmediatamente para debutar una tiple y un primer actor de Madrid, siendo ambos de su cuenta y riesgo.

Omito detalles; paso al momento de mi llegada á la estación de Córdoba. Salió el empresario á recibirme; pisándome los talones me seguía Toni-Grice á quien yo sólo conocía de haberlo visto en la pista de Price; así que D. Manuel, después de darme instrucciones sobre el trabajo, se fué, me abordó Toni dándome un abrazo y tuteándome como si toda la vida hubiésemos hecho juntos trabajos gimnásticos; solicitando de mí, en español chapurrado, que puesto que se me había traído dándome iniciativas en el negocio, me suplicaba por Dios que influyera para que él continuara una semana más en el circo y que yo empezara en el salón Variedades, á cuyo local le ordenaba mi empresa trasladar la pista inmediatamente.

Abogué por ello; lo conseguí. Al día siguiente recibí un palco que me mandó el popular *clown* para que asistiera á su espectáculo. Fuí con algunos de mis ompañeros: Toni, desde el ruedo, me dirigió un cariñoso saludo y una bufonesca sonrisa. Á poco se dirigió al público: «Van ustedes á ver, aunque no está en el programa, la parodia de unos cómicos de á *15 céntimos* que llegan á una población y se presentan al Alcalde.» Él, con algunos de los suyos, sacaban arrollados unos bastidores de tela que varios *paletos*,

subidos en sillas, extendían, sosteniéndolos con los brazos en alto, formando el teatro. Los gimnastas hacían de comediantes y los que figuraban ser *catetos*, fingiendo curiosidad, bajaban los bastidores y asomaban la cabeza para ver la función.

Los que declamaban usaban la muletilla de «arriba los bastidores», y los que sostenían éstos, los levantaban rápidamente, ocultándose.

En esto consistía la gracia del plagio; en verdad que no carecía de ella. Lo de cómicos de 15 céntimos pasó inadvertido para los espectadores; además, esto no era cierto; la entrada general de grada, para una sola sección, costaba veinte; Toni, mentía, pues los cómicos valíamos cinco céntimos más; la verdad en su punto: recordemos la frase de la zarzuela *La calandria*, «con los artistas no se juega».

Lovera, indignado, quería echarlos inmediatamente; conseguí atemperarle y confié que en el pecado llevaría la penitencia.

Empezó la zarzuela en Variedades, y los bastidores fijos hicieron olvidar por completo aquellos otros que oscilaban á la voz de «¡arriba los bastidores!»

Frente al café del Gran Capitán había una freiduría de pescado, esquina á la calle de la Morería. Allí se me encontraba algunas noches, acabados mis trabajos, reunido con amigos, cenando y be-

biendo del incomparable montilla; allí vino Toni-Grice á darme explicaciones y á contarme las cuitas de su malhadado negocio. Fuimos amigos. Él bebía cognac mientras nosotros el dorado vino andaluz. Las libaciones de Toni le producían un resultado desastroso.

Aquel *clown* que al terminar su trabajo recobraba su personalidad, con la cena volvía á perderla de manera desdichada.

Ambos vivíamos en la plaza del Ángel, yo en la fonda del mismo nombre y él en un piso por su cuenta en la acera derecha.

Toni, inglés de *pur sang*, estaba casado con una joven de Sevilla, llamada Soledad, morena, de ojos grandes, rasgados, y con la pronunciación más marcada que pueda darse en hija de la tierra de María Santísima. ¡Vaya un contraste!

Llegábamos de madrugada á nuestras casas; yo me metía en la mía y en seguida me asomaba al balcón para no perder la escena, siempre repetida, del *clown* y la joven andaluza.

Toni silbaba varias veces para llamar la atención de su mujer; salía ésta; las primeras palabras que le dirigía eran las de:

—Ya vienes *bebío,* payaso de los demonios.

—Soledad, no me faltes, estoy con los demoníos; ha habido mala entrada.

—Peor es la que tú vas á hacer ahora en casa.

—¡Olé la *salerra!;* por nuestros *hicos*, échame la llave.

Y así, por el estilo, continuaban las diferencias. Ella, por fin, se ablandaba.

Como en aquella plaza se cría hierba en abundancia, la llave, al caer, quedaba perdida. Toni, aunque *alumbrado*, luchaba con la obscuridad, y á la palpa cogía *de todo* menos la llave, y el diálogo continuaba.

¡Pobre Toni! Salió de Córdoba con su compañía, y á poco tuve noticia de su muerte.



Á muchas incidencias dió lugar esta temporada de verano; me reservo para otras crónicas una aparición rápida de Pepe Riquelme; el incendio del teatro Principal, que fué obra insconsciente de los míos, y la salvación del archivo musical de los señores Arregui y Aruej, mis actuales empresarios, llevada á cabo de modo inverosimil, y voy á referir una visita de D. Pedro Delgado.



Se presentó este insigne actor en mi cuarto del teatro, vestido de punta en blanco y con sombrero Panamá.

Venía de la Carolina, su país natal. Nunca sus amigos pudieron, en épocas de apogeo, convencerle á que trabajara en aquel pueblo. Cuantos buenos ofrecimientos se le hicieron los rechazó bruscamente; se desdeñaba de hacer comedias allí donde



D. Pedro Delgado, en 1861

En este año fué empresario del Teatro Español, y estrenó *El tanto por ciento.*

figuraba en el amillaramiento por territorial entre los primeros contribuyentes.

En 1892 el *propietario* tuvo que mendigar protección; pidió que abrieran un abono de ocho ó diez funciones, y allí se presentó con parte de su vetusto repertorio, sin poder, efecto de los años,

mostrarse ante sus paisanos como astro de primera magnitud.

Debutó con *El zapatero y el Rey;* jamás pudo decirle Juan Pascual con mayor oportunidad el verso de:

«Soberano león,
ya estás rendido.»

El resultado de la breve temporada fué abundante en ovaciones y utilidades; he aquí por qué se me presentó con traje nuevo y dinero fresco.

Deseaba que le contara la equivocación á que había dado lugar su apellido con el Delgado de mi compañía.

Nos dimos cita para la freiduría antes nombrada; allí cenamos; consumimos varias clases de pescados, recordando aquel tan sabroso que hay en Málaga llamado japuta. Sólo allí se encuentra, y algunas veces, en el mercado del Carmen de Madrid; no se tome esto como propaganda que les hago á los vendedores de esa plaza.

Siguiendo D. Pedro y yo nuestra conversación sobre aquella especie de atún, por igual apetitoso frito ó en adobo, nos ofreció el amo de la tienda pedirlo á Málaga. Como yo no iba todas la noches, me preguntó qué haría para darme conocimiento de haberlo recibido; le encargué que me avisara al teatro.

Al día siguiente, Delgado se despidió de mí; yo dejé de ir á la freiduría.



Á mitad del estreno de *Las manzanas del vecino*, obra con igual asunto que el de la popular novela *El sombrero de tres picos,* de Alarcón, comenzaron las protestas.

Encontraban el asunto muy subido de color; no estaban las aficiones de entonces propicias á tolerar el género *verde*. En la romanza de tiple, con réplicas de las señoras del coro, la grita llegó al *crescendo.*

El maestro director de orquesta, Sr. Vega, defendía con su enérgica batuta la situación musical.

Cuando mayor era el vocerío, un muchacho, en mangas de camisa, llegó por el paso central de butacas hasta el sitio de la orquesta, y, tirando repetidas veces de la levita del director, le hablaba de cosas que no debían serle muy agradables. Uno de los violines dejó de tocar y con el arco amenazaba al intruso.

Los que ocupaban la primera fila también le protestaron; tuvo que retirarse obligado por aquellas hostilidades.

Terminó la obra; fué un fracaso; el músico maestro entró indignado, más que por la labor malo-

grada, por la intemperancia del público, y, sobre todo, por los insultos que le había dirigido aquel chico del pueblo en el momento en qué él no podía defenderse. Muchos le preguntaban qué le había dicho.

—¡Cosas muy feas; no pude prestarle atención, pero... cosas muy feas! ¡Parece mentira que los acomodadores dejen bajar á los de la grada!

Interrogados los porteros, se averiguó que aquel muchacho había entrado por la puerta principal; tenía que dar un recado muy urgente al director, según decía, y ofreció salir al instante.

Yo, por presentimiento, comencé á querer adivinar lo sucedido.

Allí había una equivocación de director. Vega no cesaba de repetir:

—No debe tolerarse que le insulten á uno cuando se está cumpliendo con el deber.

—¿Pero qué ha sido?

—Me insultaba, ¡me decía cosas muy feas, muy feas!

En esto trajeron al joven delincuente; lo encararon con el maestro.

—Aquí lo tiene usted, Sr. Vega; es dependiente de una tienda de ahí cerca. Vamos á ver; repite lo que decías á este señor.

—*¡Yo!, ná é particulá; mi amo me dijo: «¿Conose á D. Visente?»—«No señó.»—«No importa, ayégate ar*

ireato, pregunta po er diretó y le dise: que no haga la mala obra de fartá, pue ya tié japuta.»

¡. . . . . !

Estas y no otras fueron las palabras que el maestro, á causa del ruido, interpretaba, por asonancias, en sentido ofensivo.

Boleros que sí y boleros que no.

En los ejemplares de comedias de la galería de D. Vicente Lalama, impresos á dos columnas, aparece como protagonista en los estrenos de toda la década de 1840 al 50, en los teatros del Príncipe y de la Cruz, D. Vicente Caltañazor.

Este eximio actor, gracioso, como entonces denominaban á los de su cuerda, pasó, al nacer la zarzuela, solicitado por las empresas, á ocupar el puesto de tenor cómico.

Al igual que con D. Vicente, se hizo con otros artistas de declamación, por tener más ó menos extensión de voz aprovechable para el canto; con esto el nuevo espectáculo iba bien servido, contaba con intérpretes que sabían decir versos; claro que también reclutaron á los que sólo tenían condiciones líricas, y sucedía que, desconociendo en absoluto el modo de declamar, daba grima oirles.

Hoy aun se emplea este procedimiento, y es de

ver que el artista que es buen cantante trata con menosprecio la interpretación de la rima, y es mal actor.

En la época de referencia había pocos teatros en España y pocos artistas, los indispensables; así que el cómico nunca se veía con tres meses de parada; la profesión daba emolumentos suficientes para sostenerse con dignidad.

El negocio teatral fué muy saneado; tenía como base el ingreso pingüe que aportaba un numeroso abono.

Al presentarse en la escena un actor novel, como no tuviera verdaderas condiciones, los asiduos concurrentes se encargaban con sus silbidos de convencer al debutante para que se dedicara á otra cosa.

No se acostumbraba á bastonear, patear y hacer las demostraciones de desagrado que hoy se estilan. Cuando no gustaban las obras ó sus intérpretes se silbaba, no con silbatos, sino con la mayor ó menor cantidad de aire que cada espectador podía producir, según el estado de su dentadura.

Terpsícore facilitaba sus boleros á la musa hermana.

Nos fijaremos en algunos casos, para ver cómo los bailarines dejaron el botín jerezano para calzar el coturno.

En el teatro San Fernando de Sevilla, figuraba

en el cuerpo de baile, muy en última fila, un joven conocido con el apodo de *Pesetilla* por ser esta la cantidad que devengaba cotidianamente.

El gran Julián Romea, ensayando el sainete de D. Ramón de la Cruz *La comedia de Maravillas*, pieza que no se desdeñaban de hacer los primeros actores, secundados por el gracioso, llamó á *Pesetilla* para decirle: «Perico, vas á hacer el papel del oficial en este fin de fiesta.»

El bailarín lo desempeñó con tal perfección, que no teniendo más versos que decir, que: «¿Bericú?» «¿Es esto?»—«Pues ahí le lleva»—«Vamos callando, ó á todos los ato, y van á la trena», se captó las simpatías del auditorio, no quedando duda de que tenía *madera* de verdadero artista.

Romea dispuso que el neófito no bailara más, asignándole tres pesetas de sueldo, por hacer papeles.

Este iniciado, en breve tiempo, llegó á ser una celebridad asombrosa, á quien hemos conocido con el nombre de D. Pedro García de la Encina.

Siendo ya eminente, cuando en alguna comedia tenía que bailar, ponía de manifiesto su primitivo y antiguo abolengo, con gran contentamiento de los públicos.

Hace pocos años me refería el popular y reputado maestro Cereceda que él no conoció á Perico; pero que en una excursión que hizo con Arderíus

á las provincias andaluzas, les protestaron algunas obras de repertorio y muy marcadamente la que, con música de D. Guillermo, tiene por título *Pascual Bailón*.

Llenos de asombro el gran bufo y el maestro, inquirían el origen de la grita; á lo que les contestaban: «Aquí la estrenó Perico García. ¡¡Cómo hacía aquel hombre ese papel!!»

Nunca quiso venir á Madrid, á excepción de una cortísima temporada veraniega con Dardalla, que por ser su empresario para el invierno, obligó á la compañía á trabajar en el circo de *Paul*, donde pasaron inadvertidos.

Romea quiso contratarle para el Príncipe; Arderíus le invitaba con mucha frecuencia para traerlo á su teatro, y por cierto que las cartas, llevado de buen humor, las escribía en francés.

El otro siempre contestaba: «*Je ne veux pas, mon cher ami.*»

No debe extrañarnos la negativa, porque el teatro en provincias estaba en tan buenas condiciones ó mejores que en la Corte.

Un actor de los más eminentes en el género dramático, D. Joaquín García Parreño, padre de Julio García Parreño, á quien todos hemos conocido de barba con Antonio Vico, tampoco quiso contratarse para el Español, aunque se le hicieron grandes y distinguidos ofrecimientos.

Pepe García, popular actor en la capital de España, y hermano de Perico, también fué bolero, y aun hay muchos que recordarán cómo bailó en los Jardines del Buen Retiro, en el estreno de la zarzuelita *Picio, Adán y Compañía*, los compases de espera, entre una y otra estrofa, de las coplas:

«Tiene mi niña Juana
como una almendra el pie...»

El público le aplaudía *á rabiar*, pues no estaba en el secreto de que los *fin-flanes* y *pás de buré* le habían sido profesionales.

Otro cómico bailarín, Domingo García, hermano de los citados José y Pedro, favorito del público barcelonés, vino al teatro de la Comedia hace algunos años en la compañía de D.ª María Tubau, ratificándole los madrileños sus credenciales de provincias.

¡Qué sorpresa y regocijo produjo desempeñando la obra de Enrique Pérez Escrich: *El maestro de baile!* En la escena de la lección, al verle recorrer el tablado *sobre puntas*, al igual que las bailarinas la Pinchiara y Fuensanta Moreno, fué ovacionadísimo.

El valenciano Pepe Miguel, reputado cómico, aplaudido en todos los teatros de España, interpretando *el bolero afligido* de la zarzuela *Artistas*

para la Habana, tenía que repetir el baile muchas veces.

¡Con tal perfección lo hacía! ¡Como que de bolero pasó á artista!

Muchos más podría citar, que del cuerpo coreográfico vinieron á ser primeras figuras en la escena dramática.

El público se dejaba llevar del entusiasmo, considerando un adorno innato lo que no se aprendía en las escuelas de declamación, y no discurriendo que podían haberlo aprendido en las academias de baile.

Voy á acabar con los *boleros que sí* sirvieron, haciendo mención de mi amigo y antiguo compañero, el aplaudido actor Vicente Carrión, que empezó en el baile, y muestras de ello nos da con esas complicadas y estéticas evoluciones que presenta, y que aplaude el público de Apolo.

Los maestros en este arte se retiraron, no salen nuevos, ¿para qué? ¡si Terpsícore no forma parte del espectáculo!

***

La *pimienta* en el teatro, para nuestros padres, la constituían las señoras del cuerpo coreográfico, con sus mallas color carne y sus faldas cortas.

Las bailarinas, por lo regular, eran bien formadas; la gimnasia á que se las sometía para *destacar-*

las, daba desarrollo y líneas perfectas á sus musculaturas.

El gracejo y contoneos que lucían en las majas del baile *La tertulia*, y en otros del género andaluz, fueron base de divorcio en muchos casos conocidos.

Luego se importó el rango francés, y los tiempos, en música, de panaderos, boleros, jaleos y seguidillas, fueron sustituídos por andantes, tarantelas, galops y valses.



Cristina Méndez, en 1862.

Célebre bailarina que se envenenó con cerillas por contrariedades amorosas habidas con el banquero Carruana, en Valencia.

El cambio de género influyó en la denominación de los intérpretes; las boleras y boleros pasaron á ser bailarines y bailarinas.

Los hombres, que en el baile español se presentaban con el traje del contrabandista ó del majo madrileño, en el francés vestían de marineritos napolitanos y hasta de ninfos, con gran abundancia de bermellón en las mejillas.

Pasada la novedad, vino la repulsión lógica á aquel afeminamiento.

Esto contribuyó al destierro de Terpsícore, que el género bufo decretó en definitiva.

Nuestros abuelos y nuestros padres, que se revolvían inquietos en las butacas cuando algunas de las damas salían á hacer un papel con traje de cantinera, de gorra con manga, falda corta, pantalón bombacho y polainas de gutapercha, aceptaron la mostaza francesa importada por Arderíus, en forma de suripantas, vestidas *de verano* en plena temporada de invierno.

¡Cómo no gustarles tal visualidad, si hasta las tiples de mérito salían con abertura en el lado izquierdo de la falda, cerrada en lo alto de la cadera por un clavo romano, que al andar permitía ver una magnífica malla de seda y una bota polonesa, de raso, aprisionando la modelada pierna!

Nuestros ascendientes claudicaron; indiferentes ya á la vieja pimienta, se vigorizaron con el nuevo estimulante.

Estas fueron las causas que acabaron con el baile.

Sólo en algunas poblaciones, de tercero ó cuarto orden, que por lo levíticas no admitían los desenfados de la zarzuela bufa, echaban de menos la coreografía.

D. Benito Chás de Lamotte, excelente actor, contemporáneo de los Valeros y Romeas, que en *La campana de la Almudaina* estrenó *un ballestero*,

solía exclamar cuando estaba sin contrato: «El artista debe ir *do* surja el garbanzo.» Y en su afán de que éste no le faltara se decidió á ser cabeza de ratón y no cola de león.



Julia Ferrer y Enrique Lloret,
primeros bailarines, en el cancán *La modista de París* (1868).

¡Pobre D. Benito! Fué ilustrado como pocos; hace media docena de años murió, pobre y digno, desempeñando el cargo de intérprete en el Hotel de la Paix de la Puerta del Sol.

Una vez formó su compañía para actuar en Cas-

tellón; le pidieron una pareja de baile; el presupuesto no daba más que para *sota*, *caballo y rey*, y buscó un bailarín que á la vez hiciera papeles en los dramas.

Esta doble personalidad no hubo de inventarla D. Benito, pues ya en las listas del Corral de la Pacheca aparecía algún *Don Fulano de tal*, como actor, y una nota que decía: *con obligación de bailar*.

El bolero que Lamotte contrató declamaba de manera desastrosa.

En cuanto salía á las tablas, *se metía en un jardín* (se hacía un lío) y buscaba el mutis aun antes de terminar su escena.

Representando el drama de Zorrilla titulado *Traidor, inconfeso y mártir*, nuestro hombre desempeñaba el Arbués, que no tiene más que una escena de gran lucimiento: la relación descriptiva del carácter de Gabriel Espinosa, que siempre se aplaude.

Salió, y *á las primeras de cambio* tropezó; en seguida tropezó más; el apuntador le daba los versos *á voz en cuello*; el público empezó á gritar; el bailarín no oía. Viéndose perdido se adelantó junto á la batería, y encarándose con los de la sala habló lo que sigue:

—Señores, yo de aquí *ná* (señalando á su boca); pero de aquí (señalando á las piernas), lo que ustedes quieran.

Y dió dos piruetas en el aire, quedando al caer

de rodillas, y los brazos en actitud como de sostener una bandeja.

¡El regocijo fué grande, y le aplaudieron!

La compañía pasó al teatro de la Marina, de Valencia; también allí se conservaban rescoldos de afición á los batimanes, y exigieron la correspondiente pareja.

Esta vez se buscó otro bailarín que estuviera ya acreditado en hacer papeles; no fué difícil encontrarle; mas no tenía ropa de época para vestir las obras; Chás de Lamotte le ofreció su guardarropa.

El galán era un arrogante mozo, y el nuevo bolero, pequeñito, con pie de señora y maneras de lo mismo; imagínense ustedes cómo estaría vistiendo las trusas hechas á medida de D. Benito; le sobraba tela por todas partes; parecía, por lo holgado del traje, que iba á bailar la danza de la serpentina.

Desempeñando el Walton de *Un drama nuevo*, al salir en el último acto á entregar la carta, le estaban tan grandes las botas estezadas (altas), que le había prestado Chás, que en vez de andar, patinaba para que no se le salieran de los pies y pisar con las cañas.

Tenían de más, en lo largo, cinco dedos bien medidos en cada suela.

Llegó el momento de salir; se acercó al Conde, que, sentado en un sitial con los pies sobre un cogín, declamaba:

«¡Ay, Landolfo!; en tu ausencia
honda ansiedad mi pecho destrozaba;
mayor afán me causa tu presencia.
Responde: ¿ese billete?...
Si está ya en tu poder dilo, y acaba.»

El bailarín.—Tomad. *(Dándole la carta.)*

El Conde.—¡Oh! *(Poniéndose de pie.)*

Al levantarse el galán, pisó sin apercibirse, lo que sobraba de bota en el pie izquierdo de Walton:

El bailarín.—¡Me vengué! *(Declamando.)*

El Conde.—Landolfo, vete.



Y aquí dice la acotación, que el personaje que entrega la carta se retira en el instante.

El bolero no podía servir la situación.

¡Cómo hacer mutis si su bota izquierda se hallaba aprisionada entre el almohadón y el pie derecho del arrogante D. Benito!

—(Levante usted el pie)—repetía por lo bajo.

—(¡Márchese hombre! ¡por vida de Dios!)

Y ya de su cosecha, para ante el público, exclamó:

—¿Oís, Landolfo? ¡que os retiréis repito!

—(No puedo, levante el pie D. Benito)—decía el bailarín con fuerza de resuello.

—(¡Márchese usted, hombre!)

—(Ya he dicho que no puedo.)

—(¡Qué bruto es usted! ¡Esto ha de costarle caro!)

—(¿Sí, eh? ¡Pues ahí queda eso!)

Y levantando la pierna cuanto le fué preciso para rebasar la campana de la bota, se marchó por el foro á pie descalzo, dejando aquel monumental zapato aprisionado por el Conde, bajo su planta.

Muertos, heridos y... ¡matrimoniados!

Muchos son víctimas de las imprudencias que cometen por estar poco avezados á los fosos y telares de los escenarios.

Referiré unos cuantos accidentes desgraciados para que se tenga idea del cómo y por qué de las ocurrencias.

En el coliseo llamado de la Princesa, en Valencia, siendo director de la maquinaria D. Ramón Alós, padre del que actualmente desempeña este cargo, sucedió que un amigo de los peones se fué á pasar el día con éstos por no tener trabajo en su oficio.

Hubo de ayudarles en el preparado de decoraciones para aquella noche.

Sin que se haya sabido cómo, cayó de lo alto del apeo que hay empotrado al muro del fondo y un poco á más altura de los telares laterales.

Quedó muerto instantáneamente.

Se personó el Juzgado.

Dió orden de que retiraran el cadáver.

¡Allí no había pasado nada!

¡Hubo función como de ordinario!

En este caso, y en todos los de igual índole, se inquiere poco; las actuaciones son cortas: la responsabilidad corresponde sólo por entero á los interfectos.

Algunas de estas desgracias las sufren personas que han ido á ver el espectáculo entre telones y bambalinas llevados por la amistad de tal ó cual tramoyista.

Para que el lector tenga mediana idea de lo que es un apeo, voy á describirlo á grandes rasgos: imaginémonos un puente colgante que pone en comunicación los dos telares que hay á derecha é izquierda del escenario; éstos se hallan á un par de metros de altura sobre las bambalinas, ó sean esas tiras de lienzo que, pintadas de nubes ó bien de vigas, completan la ilusión del público presentándole el techo del panorama.

Los puentes llamados apeos están á nivel de la barandilla de seguridad que tienen los telares, y hay que encaramarse sobre estas barandas para subir á ellos.

Son en número de tres ó cuatro cuando más, del ancho de media vara; al andar por ellos se mueven; tienen un pasamanos de madera, que de bien poco

sirve; balaustres no existen, y en algunos teatros, como en Eslava, de Madrid, en vez de madera está hecho el pasamanos con un alambre no muy tirante por cierto, pues al apoyarse cede y resulta lo que llamamos la cuerda floja.

Desde la embocadura, donde cae el telón de boca, hasta el foro, están los apeos distanciados unos de otros; el último se construye apoyándolo en la pared del fondo.

Igual desgracia que la anterior le ocurrió á un artesano llamado Ruiz.

Estando en un entreacto de la representación del teatro Español, de Madrid, se cayó á la escena, quedando exánime.

No articuló palabra.

Á pesar de esto, se puso el decorado y se levantó la cortina.

¡Cómo iban á sospechar los espectadores que detrás de aquella pared de lienzo, con puerta en el centro, por donde salían los más cómicos personajes, yacía en el suelo el cadáver de un hombre!

También éste había descendido involuntariamente del apeo último.

El Juzgado requería á las dependencias de entre bastidores y telares para que identificaran aquel cuerpo.

¡Nadie le conocía!

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Dando un paseo?

¡Inverosímil de todo punto! Para entrar en esos grandes locales se hace preciso que alguien los lleve.

Indudablemente, los que al telar le habían acompañado, decían no conocerle, para no verse entre justicias.

La esposa no supo lo ocurrido hasta el siguiente día, en que, alarmada por la desaparición de su marido, se llegó al depósito judicial. No tenía idea de quién pudo llevarle al escenario del Príncipe.

La viuda de Ruiz, y una hija de ambos, están de operarias, actualmente, en la Fábrica Nacional de Tabacos.

***

El martes de Carnaval de 1891 tocó en 10 de Febrero.

Estábamos representando esa noche en Eslava la zarzuela de Gullón y Larra, con música de Nieto, titulada *Los calabacines*.

Con buen éxito la habíamos estrenado días antes.

La obra se desarrollaba en un solo cuadro; decoración de sala; cerrada, que decimos en el argot teatral, por no usarse en ella los bastidores.

Á mitad de la pieza, una fuerte trepidación en los trastos de la izquierda del actor y un más fuerte golpetazo en el suelo, dió á entender á la concurrencia y á los cómicos que algo inusitado había sucedido entre cajas.

Al hacer mutis, inquirí lo siguiente: un joven de diez y seis años, que con una botella en la mano iba á bajar por vino cruzando por el apeo más próximo á la embocadura, perdió pie, y se vino al suelo pasando á ras de la decoración en la parte interna; en poco estuvo no lo hiciera á la vista del público.

Acababa de retirarse Emilio Carreras del sitio en cuestión; ¡fué suerte la de mi compañero!; un minuto más y ¡valiente carambola la que tiene que aguantar!

Conducido el muchacho á la Casa de Socorro, sólo contusiones pudieron apreciársele.

¡Increíble parece, estando el paso á mayor elevación que el telar, que ya es altura, no se hubiera roto nada!

¡Ni siquiera la botella!, no es broma, en la mano la conservó intacta.

Hace pocos días he hablado con él; se me ha dado á conocer; su nombre es Ricardo Cuadrado, y su oficio tornero.

Interrogado por mí, si en los diez y ocho años transcurridos desde aquella caída, en que escapó de milagro, se había resentido de algo, me contestó que sí: ¡de dinero!

*
* *

En este mismo año, en la temporada de verano del teatro Pignatelli, de Zaragoza, representando

Apuntes al natural, de Perrín y Palacios, y cuando estaban en el primer cuadro, cayeron junto al proscenio una mujer y un hombre.

En los telares se hallaban viendo la función; ella por resbalar y él por ampararla vinieron los dos á dar contra el tablado.

Los retiraron; heridos estaban de mucha gravedad; ¡una balsa de sangre quedó junto á las candilejas de la derecha!

Como consecuencia de la situación hubo desmayos y ¡gritos de espanto!

Depositaron la pareja maltrecha en el cuarto de la actriz Trinidad Vedia; allí se procedió á hacerles la primera cura.

Así lo dispuso el médico dada la difícil situación de ambos.

La comedia se hallaba interrumpida; parte de los concurrentes se marcharon; los más continuaron en sus asientos.

El espectáculo lo componían cuatro secciones, restaba todavía la cuarta y terminar la tercera; se acordó que se reanudara ésta.

Colocaron doblada la alfombra de la escena sobre el charco... de lo ocurrido y... volvieron á declamar y cantar los números de música que había hasta el final de la zarzuela, pues... ¡ya no cayó nadie más durante el acto!

Estos datos circunscritos me los ha facilitado

el apreciable artista Diego Gordillo al saber que yo me ocupaba en la búsqueda de antecedentes.

Tengo á mi amigo en concepto de testigo de importancia pues actuaba en aquella compañía.

También me dicen que figuraba en la misma el distinguido actor Pepe Santiago.

Los heridos, con grandes precauciones, fueron trasladados al hospital.

Mucho interés había por saber su estado.

Al cabo de días se presentó la crisis favorable.

Las noticias iban siendo satisfactorias: adelantaba rápidamente su curación.

Á todos era simpático este desenlace.

*
* *

Pasado algún tiempo llegó una nueva fatal.

¡Qué cierto que jamás las dichas son completas!

Habían escapado con vida; mas los rumores de pesimismo estaban justificados.

El perjuicio era irremediable: los protagonistas de tan sangriento suceso estaban peor que mal: ¡¡habían contraído matrimonio!!

¿Quién vive?--¡Teatro!

La villa de Sagunto, nos dicen los diccionarios enciclopédicos, fué fundada por Hércules; ¡apaga y vámonos!; prescindiendo de la mezcolanza de esas relaciones en que figuran personajes heroicos y mitológicos, atengámonos á otros anales más humanos, más verosímiles, que nos dicen, que la citada población, hoy ciudad, la fundaron en el año 3300, cuarto de la Olimpiada XVIII y cuarenta de la fundación de Roma, 700 antes de Jesucristo, los aventureros del Lacio, que al venir á la Edetania se unieron á los griegos de Zante.

Luego, el africano Aníbal la destruyó.

Conocido tenemos este desastre que, al igual del de su hermana Numancia, vienen á formar dos páginas de oro en nuestra historia.

Los Scipiones la reedificaron sobre aquel montón de escombros cercado á trozos por restos de

muralla vestida de jaramagos y otros silvestres yerbajos.

De esta particularidad formaron el título para la villa.

Aquel muro verde dió origen al nuevo nombre, esto es: Murviedro.

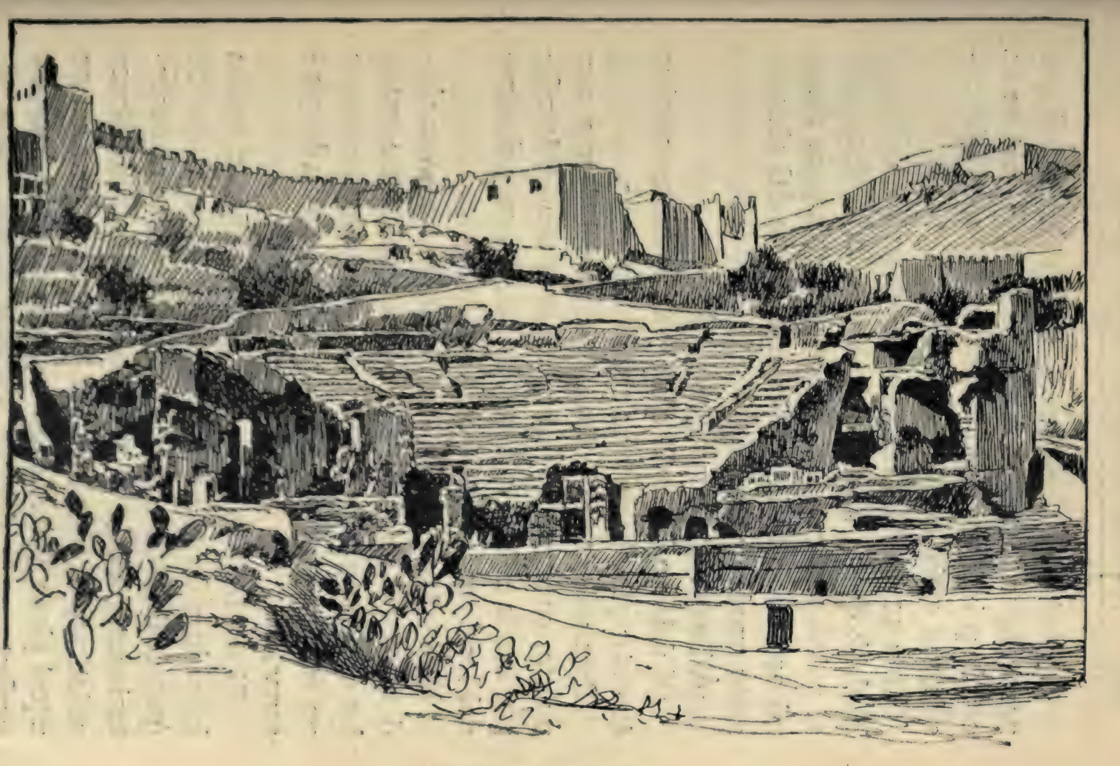
En la desgraciada población han marcado sus destructoras huellas los carros de batalla de los vándalos, los árabes, los almoravides y los conquistadores de todos los siglos.

Las huestes de Napoleón I, entre los muchos estragos que allí ocasionaron, hicieron la ruina del teatro romano, que aun se ve en parte, ostentando gallardías, en la falda del castilllo.

Luego de las injurias de los gabachos, la acción del tiempo continúa la obra demoledora restándole piedra tras piedra.

D. Vicente Boix, catedrático y cronista de Valencia, consiguió en el pasado siglo que dicho monumento se rodeara de tapia para que no *se lo fueran llevando poco á poco* (1).

(1) Así sucedía, no hay exageración. En particular los extranjeros, arramblaban con mármoles y bustos, sin que nadie se opusiera á su acción; á la vez, los habitantes reedificaban sus hogares con piedras de aquel monumento, y en más de un caso vi en las fachadas de algunas viviendas, remiendos hechos con lápidas que tenían inscripciones romanas y que debieron hacerse con modestos ladrillos.



Teatro romano.—Sagunto.

También gestionó cerca de los Gobiernos que procedieran á la reconstrucción para dejarlo en su estado primitivo; ¡todo inútil!; sus buenos oficios resultaron estériles.

Hoy 10 de Julio de 1909, dice un periódico de Madrid: que el Ministro de Fomento ha decretado se reúna una comisión de arquitectos para dictaminar cómo podría conservarse lo que del *circo romano* queda en pie.

¡Á buena hora, mangas verdes!

¡Y dale en llamarle circo!, como hacen muchos *touristas* que visitan esas ruinas históricas.

Precisamente lo único que resta del circo es una puerta, en el mismo lugar en que estuvo enclavado; por cierto al lado opuesto del pueblo, muy distante del local que nos ocupa.

No sé el por qué de esta confusión, como no obedezca á que en el castillo, y cerca del teatro, están los calabozos subterráneos llamados leoneras, que no eran para guardar fieras, y sí para guardar personas.

El teatro bien claro acusa que lo fué: su media herradura de graderío, delante de ésta la planicie (proscenio) sobre la que tenían lugar las representaciones, debajo el foso que da las condiciones acústicas, en términos, que puesta una persona en aquel plano y hablando con voz débil se hace oir perfectamente del que ocupa la última grada, si-

tuada á mucha elevación. Allí se ven los vomitadores (puertas); los pasillos, etc., etc.

Todo esto da idea fácil de que aquello no pudo ser medio circo, ni media *plaza de toros*; se comprende bien á simple vista, que fué sala de espectáculos al aire libre, según costumbre de la época, hecha sobre la piedra viva de la montaña.

¡En verdad; no basta tener dinero para ir á visitar esas reliquias del pasado!

Los hay que vienen muy admirados de haber visto ¡el *circo y las leoneras donde encerraban los tigres y leones!*

Lo dicho. ¡No vale la pena tener capital para vivir de ese modo!

Treinta y cinco años hace que no he visto esos sitios. En este transcurso nada se ha hecho para evitar que tal maravilla siga rindiéndose á su *propia pesadumbre*.

¡Ay! ¡Yo también, con pesadumbre me voy rindiendo!; pero mi demolición no merece que se tome en cuenta.

El teatro de los romanos se pierde y el moderno debía perderse.

Se halla situado en el mismo local que fué convento, en una glorieta, paseo público, por la que ni pasean ni siquiera pasan, tal está de apartada en una extremidad de la población.

En los pasillos de este nuevo coliseo pueden

todavía apreciarse las pilastras, las cornisas y chapiteles y hasta parte de las capillas que tenía la iglesia.

Cuando Martínez Campos cometió la botaratada, según el decir de D. Antonio Cánovas del Castillo, de dar el primer viva á D. Alfonso XII, el 29 de Diciembre de 1874, todavía llevaba aquel pueblo el nombre de Murviedro; pero la *corazonada* del General, aprovechando el cansancio del país, circunstancia que ayudó á su buen resultado, trajo como premio la restitución del primitivo nombre, y hasta creo que ascendió entonces á ciudad. ¡Dichoso y bienaventurado aquel hermoso algarrobo á cuya sombra protectora se amparó el General para dar su viva entusiasta á la restauración!

Que yo sepa, han sido ingratos con el árbol, no se le ha concedido ninguna distinción; ¡á bien que él, hoy como antes, sigue dando sólo garrofas! (1).

No sé lo que ahora ocurrirá en la inmortal villa, pero hace años estaban las costumbres como si todavía se guardara luto por las barbaridades que hizo Aníbal.

Las mujeres, ¡hermosas matronas!, que no desmienten la raza primitiva, no se dejaban ver.

Sólo los domingos, á la salida de la Misa de once, podía mirárselas al igual que en cinta cinematográfica.

---

(1) Provincial.

Después de cumplir con Dios, ni en paseos, ni en balcones, ni en parte alguna hacían actos de presencia.

Su vida era un puro recato.

Al teatro no iban; únicamente en caso de exhibirse algún virtuoso de violín, piano ó flauta, acudían si venía recomendado por la aristocracia de la capital.

Por los años del 74 al 75 estuve varias veces con Compañía dramática; íbamos *á partido*, y siempre salíamos *partidos*.

Frente á la glorieta donde está la casa de las comedias antes retratada había una posada que por su portalón, sus cuartos agrietados y demás dependencias no daba lugar á dudas de que aquella *venta de mal abrigo* había hospedado á gentes que vestían el chambergo y también la trusa.

Aquella estancia acusaba ser del siglo XVI.

Imposible dormir en sus cuartos.

Los insectos hemípteros formaban legiones en tal número, que subsistían á pesar de toda precaución, de toda medida higiénica.

¡Y qué buenos mozos en tamaño! ¡Algunos habían libado de los Scipiones á través de los peplos!

Dice un adagio castellano: «Aquí no hay más chinches que la manta llena.»

En el sitio de mi acción precisaba sustituir la palabra manta por la de posada.

Ahora sí: las gallinitas y pollitos eran de nuestros días; mas aunque abundaba la especie, la hacían pagar á precio de oro.

—¡Posadera!; almuerzo para diez y siete personas. ¡Pollos con tomate!

Al acabar pedíamos la cuenta.

¡Cincuenta y cinco pesetas!

—Ama: para esta tarde, y para igual número de comensales, queremos paella con pollos y pescado.

En seguida de comer, á satisfacer lo consumido.

Al tomar el papel había que exclamar, como D.ª Inés al recibir de manos de Brígida la carta del falaz D. Juan: «¡Ay! se me abrasa la mano con que el papel he cogido.»

La cuenta del arroz era *candente*, sumaba ¡¡sesenta pesetas!!

Unido á esto los extraordinarios que se pedían por la noche, ya de vuelta de la función, hacían insostenible aquel gasto; tanto que hube de decirle á la patrona:

—Mañana por la noche hará usted, para última hora, unas sopas de ajo, con huevos, en relación de á dos por barba.

Llegó el momento de esta cena, y, acomodada toda la compañía junto á la mesa larga del comedor del hostal, presentaron las sopas encargadas.

Estupefacción máxima. ¡Qué de visajes! ¡Qué displicencia! Nadie comía.

Yo, para dar ejemplo, y haciéndome violencia, me engullí un gran plato; pero, por lo visto, los malos ejemplos no deben seguirse.

—Señores: Había dispuesto esta cena por más estomacal; puesto que no tiene aceptación, nada de contrariedad: pidan otra cosa: á ver, ama: ¿qué podría darnos, que no tuviera usted que andar en guisos?

—Mire: ¡tengo huevos y un jamón curado, que no lo hay mejor en el cielo!

—Y ¿qué otra cosa?

—Pues... jamón riquísimo, que crudo es mejor de comer que frito, porque así sale la sal, y á secas parece mojama.

Yo estaba asustado: ¡sacar jamón para tanta gente, y con los precios de aquel mesón! Nos iba á costar la cena el importe de un cerdo.

—Y ¿dice usted que hay huevos?

—Sí, señor: hermanos de esos que están en las sopas.

Yo me hacía el distraído cada vez que nombraba el pernil. La hostelera repitió:

—Créanme á mí, señoritos: no hay nada de más provecho á estas horas que unas buenas magras.

Á esto contestó con mucha voz el apuntador de la compañía:

—Oiga usted, buena mujer: el jamón guárdelo para cuando venga Vico.

Esta oportunidad á todos nos hizo gracia, y autorizamos á la posadera para servirnos cuanto hubiera en su despensa.

El del chiste fué Francisco Alfonso, distinguido periodista actualmente en la Ciudad Condal.

Salimos de Sagunto con las manos en la cabeza.

¡Tan grandes habían sido los gastos! ¡¡Tan pequeños los ingresos!!

Y eso que la última función había sido un lleno *au grand complet*.

El público había salido encantado de cómo hicimos *Don Juan Tenorio*.

¡Qué de alabanzas! ¡Hasta órgano han traído, decían, para los cantos funerales!

Y no había que quitarles su ilusión; ¡sí, señor!; los salmos habían sido acompañados, no con un órgano: con un armonium, según aparecía anunciado en los programas.

Explicaré á mis lectores la verdad: aquellas notas melodiosas que cautivaron los auditivos de los espectadores fueron producidas por un acordeón vulgar, tocado hábilmente por su propietario el apuntador Francisco Alfonso, del que me he ocupado anteriormente.

Ya en el andén de la estación, para tomar el tren en que debíamos regresar á Valencia, me dijo el representante.

—Pues, señor, ¡me sobra un billete!

—No puede ser; vamos á ver quién falta.

Empezamos á contar por los personajes del drama, sin olvidar las familias de las actrices:

—Don Juan Tenorio, uno; Mejía, dos; D.ª Inés y y su mamá, cuatro; D.ª Ana, no tiene madre, cinco; Lucía y la tía que la acompaña, siete; madre Abadesa y su hija, nueve; la Tornera y su marido el capitán Avellaneda, once; D. Gonzalo de Ulloa, doce.

Y así sucesivamente siguieron los sumandos ratificando palpablemente que sobraba un billete en mano del representante.

—Nada, que no doy en ello; diez y siete asientos fueron al venir: ¿cómo, pues, ahora sale uno menos?... ¡Ah, ya sé quién falta: D. Diego Tenorio!

Le buscamos en el andén infructuosamente; por fin, uno nos dió razón de que el padre de D. Juan se había quedado dormido en el teatro, sobre un banco de la orquesta.

¡Tenía siesta para rato!

En el coliseo no había ventanas practicables á aquella plaza solitaria; las llaves se le habían devuelto á un carpintero que vivía lejos del teatro y que probablemente no volvería por él hasta que diera en llegar una nueva compañía.

El papá de Tenorio quedaba, pues, encerrado por tiempo indefinido é inutilizado de poder demandar auxilio.

Acordamos que se quedara en Sagunto el representante, para sacar de *la cama* al confiado don Diego.

Ambos bajarían á la capital en el tren de la tarde.

Don Ramón Peris, hermano del inolvidable Quico Peris, mis queridos amigos y paisanos, reporter el primero durante muchos años en *El Imparcial*, podrá aseverar esta incidencia, porque él y no otro fué aquel padre desgraciado del burlador de Sevilla que se durmió en la orquesta, soñando quizá con las perradas de su gallardo descendiente.

*
* *

Don Alfonso de Borbón desembarcó en el puerto de Valencia el 12 de Enero de 1875.

Se le hizo un recibimiento entusiasta.

Verificó su entrada á caballo; iba sonriente, saludaba á todos y por todos era correspondido.

El país, cansado, extenuado con tanta lucha intestina como habían traído los nuevos órdenes de la política, veía una esperanza en aquel joven, pues empezaba á comprender que su augusta madre había sido mucho menos mala de lo que sus malos Gobiernos habían querido patentizar.

El 13 del mismo mes se aposentó en el Palacio Real de Madrid.

Bien exclamaba un andaluz, á quien la palabra culebra le hacía vomitar docena y media de lagartos:

—¡Hacer su entrada con tal fecha!, ¡imposible que el reinado acabe con bien!

Y no por supersticiones, que castiga nuestra Santa Madre Iglesia, ni por el *estaba escrito,* sino por vehemencias juveniles, dicen, llevó la razón el caviloso hijo de Andalucía.

La Restauración apagó los ardores de los republicanos y avivó los de los carlistas.

Don Pascual Cucala y otros cabecillas, puestos en armas, luchaban á la desesperada en el reino de Valencia.

Á petición de mis amigos los hermanos D. Ramón y D. Silvestre Matoses, ambos notarios en Sagunto, hube de formar compañía de zarzuela para actuar allí; me aseguraban que el negocio iba á ser bueno.

La ciudad se hallaba atrincherada, por temor á una irrupción carlista.

Había muchísimo ejército, las familias de los jefes y oficiales, y las gentes acomodadas de los pueblos cercanos, que los habían abandonado por faltos de seguridad, trasladándose á Murviedro.

Con tanta animación no era difícil augurar un buen resultado para la empresa teatral.

Llegado el momento, dispusimos vivir en la posada de San Antonio, muy limpia y simpática, que

está junto á la estación del ferrocarril, y que pillaba en aquel entonces fuera de las fortificaciones.

No había huéspedes en el mesón por temor á las huestes del Pretendiente.

La casa quedó por nuestra.

Teníamos una dificultad: ¿cómo regresar á nuestra vivienda, acabada la función, en horas de la madrugada?

El gobernador militar de la fortaleza, Sr. Zento, nos facilitó la manera.

Diariamente se convendría una seña para responder al alto del centinela; el cabo de la guardia nos abriría el portillo.

Llevábamos en la compañía un maestro peluquero llamado Boluda, muy estirado, buen artista en cabellos y muy inoportuno en sociedad.

Nos dió motivo para varios disgustos.

Referiré alguno:

Una vez le preguntó al director de orquesta, don José Vidal, á quien tenía *frito* con sus *estulteces:*

—Dígame, maestro: ¿qué es más difícil dirigir, una ópera ó una zarzuela?

—Según; todo es arte; las partituras extranjeras suelen ofrecer más cuidados.

—¡Aquel director que vino á Valencia sí que era bueno, aquél! ¿Sabe usted cuál digo?

—¡Hombre, no sé; han venido tantos buenos...! Dígame el nombre.

—¡Ah, ¿no lo sabe usted?—exclamó Boluda.

—Por esas señas, no, señor. Ni usted tampoco—le contestó el profesor.

—¡Yo sí que lo sé! Al que yo me refiero le llaman el maestro *Jaula*.

—¡En una jaula debía usted estar para *in eternum!*—exclamó el músico, dando por terminada la conversación.

El peluquero aludía ¡¡al maestro Goula!!

Y como para muestra basta un botón, está suficientemente retratada la personalidad del que va á ser protagonista en estos apuntes.

Empezaron las funciones.

Iba muy bien.

Más que una población amenazada por el enemigo, parecía en días de feria.

En aquel país, donde se cosecha vino en abundancia y de muy buena calidad, se hacía imposible encontrarlo en estas condiciones.

Al oir nuestras quejas, respecto á esta circunstancia, el avisador del teatro nos propuso ir en comisión á ver á un D. Fulano, cosechero en gran escala, y quizá, como favor especial, nos facilitaría lo que deseábamos.

Como nos lo propusieron se hizo.

El cosechador de vinos preguntó el número de los que éramos.

Nos mandó un barril de una arroba, ¡exquisito

néctar!, con recado de que, hecha la consumación, devolviéramos el envase para remitirnos más.

Preguntado el coste de lo pedido, nos hizo saber que él no era expendedor al detalle; lo hacía por galantería, y se daba por ofendido si le desairábamos.

Á tal proceder correspondimos mandándole un palco platea; nos lo devolvió *in continenti*, asegurando que verbalmente daría explicaciones satisfactorias.

Á visitarle fuí con otros de mis compañeros.

Nuestro asombro fué grande.

Entrados en una casa de labrador acomodado, se nos presentó un viejecito de cabellos blancos con guedejas, calzón corto, media blanca y zapato escotado; personificación exacta del Pedro Crespo de *El Alcalde de Zalamea*, creación perdurable de Calderón de la Barca.

—Señores—nos expuso el anciano,—me causarán ustedes mucho daño si no siguen pidiéndome vino; yo demando á ustedes perdón por no poder aceptar su regalo de localidades, pues me es imposible asistir á ese teatro; en ese local, que aun podrán apreciar ha sido iglesia, ¡¡tomé mi primera comunión!!

Salimos de allí afectados por la dulce palabra de aquel viejecito tan simpático, creyente de verdad y fiel espejismo de cómo eran nuestros antepasados al comenzar el siglo XIX.

Nota bene: no nos acompañó el peluquero Boluda: ¿qué duda cabe de que hubiera *metido la pata?*

Los militares llegaron hasta á tomar parte con nosotros en algunas funciones.

Nos hicieron subir al castillo para, con un catalejo de campaña, enseñarnos el ejército carlista.

—Allá—nos decían,—en aquel campo último, al fin del horizonte, se ven perfectamente: ¿no distinguen ustedes el terreno, como si estuviera sembrado de setas? ¡Son las boinas!

Por mi parte he de confesar que no vi setas, ni siquiera en champiñón.

Nos hacían cargos porque vivíamos fuera de las fortificaciones.

—¡Cualquier noche van ustedes á tener un disgusto!—aseguraban.

No dábamos importancia á las reflexiones.

De madrugada, ¡imposible conciliar el sueño!

¡Qué de alertas! ¡Qué de patrullas! ¡Qué de oir disparos, sin poder saber el origen!

—Es que se les escapan los tiros—nos decían en la posada.

Dimos una función clásica: en la montaña, por la tarde, en el teatro romano; nos aprendimos de memoria una loa titulada *El Sol de la Libertad*, estrenada en el teatro del Príncipe, de la Corte.

Los personajes que en ella intervienen: Megara,

y otros héroes romanos, estaban como en su casa en aquel auténtico hemiciclo.

Además de este número se componía el espectáculo de un himno y piezas de música ejecutadas por una banda.

La oficialidad de los regimientos, desde el fuerte nos *breó* á cohetes; menos mal que les dió por esto: se hallaban molestos por no haber recibido invitaciones, teniendo que contentarse con ver desde arriba aquel paso de comedia primitiva.

El malhadado peluquero había repartido los billetes de convite y entregado en el Ayuntamiento, á la vez que los de los concejales, los destinados á los militares del castillo.

Como fin de fiesta hicimos una noche, en el teatro del pueblo, á petición de la clase de tropa, el popular sainete denominado *El payo en centinela.*

Su asunto es muy sencillo: un patán quiere sentar plaza; un sargento amigo le trae su fusil y le enseña á manejarlo.

Bajaban de la fortaleza los militares, á presenciar las funciones, en correcta formación y con el armamento, que depositaban en un cuarto al lado del despacho de billetes, quedando un soldado encargado de su custodia.

Los demás, acompañados de los sargentos, subían ál gallinero, previa presentación de las entradas.

Un teniente trajo al escenario uno de los fusiles para que nos sirviera en el sainete mencionado; se lo entregó al actor que hacía de sargento en el momento de salir á escena.

Cuando andábamos á vueltas con el arma, como lo previene la situación de la obra, un grupo de oficiales, desde entre bastidores nos decían:

—¡Mucho cuidado por Dios!; ¡ha sido una equivocación!; ¡por Dios...!: ¡el fusil está cargado!

¡María Santísima!; yo lo tenía en mis manos; ya había metido un dedo en el cañón, pues dice el personaje tonto:

—«¿Conque esta es la boca? Y sin dientes, ¿cómo traga?»

Y así por este orden debía seguir manoseando el remington; aun tenía que levantar el gatillo preguntándole al amigo:

—«¿Conque esta es la llave? ¡Será para abrir la casa!»

No es para descrito el susto, ¡qué mal rato!; ¡en la chimenea del cañón se hallaba perfectamente colocado el dorado pistón!

¡Qué apuros pasamos!

Luego se nos dió á conocer que había sido una bromita: el fusil estaba sin carga y al pistón le habían quitado la materia explosiva.

* * *

De dos á dos y media de la madrugada, terminada la comedia, bajaban todas las noches los cómicos, indefectiblemente, por la calle larga, con pintas de carretera, camino de la posada de San Antonio.

Con anticipación, un oficial de vigilancia, así los llamaban, les decía á los actores:

—La seña para el centinela: «Teatro»; otras veces: «Calderón»; algunas: «Zarzuela»; y así, por el estilo se daba cambio á la consigna.

Á bastantes metros de distancia les atajaba el de la garita con el consabido: «¿Quién vive?»—«¡España!», contestábamos;—«¿Qué gente?»—«¡Teatro!» «¡Cabo de guardia, teatro!»

Salía éste con varios números, se servían de un farol si no había luna, y con la mayor urbanidad en la Milicia, nos preguntaba qué tal había estado la función; si la entrada fué buena; qué cartel preparábamos, etc.

Satisfacíamos el curioseo del de los galones rojos, y buenas noches, y hasta nueva vez.

Fué el caso que en una de nuestras retiradas camino de la hostería, en noche obscura, íbamos en grupos; algunos oficialitos nos acompañaban muy cerca de las tiples en calidad de galanteadores.

Boluda, el proveedor de pelucas, mohíno porque una y buena le había soltado el alcalde por faltar á las conveniencias establecidas en toda sala de

espectáculos, pues había permanecido en butacas á telón levantado con el sombrero puesto, marchaba delante de todos, huyendo de la *tomadura de pelo* que se le hacía.

De discreción era que la consigna sólo la sabían uno ó dos de los principales.

Tanto se había adelantado el *profesor en cabellos*, que lo habíamos dado al olvido.

De repente, nuestro hombre se encontró sorprendido por el «¿quién vive?» del soldado.

¡Dios de Dios!, ¡y qué susto le entró!

—¡España!—contestó casi difunto de miedo.

—¿Qué gente? ¿qué gente? ¿qué gente?

—¡¡El peluquero!!

Un fogonazo, una fuerte detonación, mucho ladrar de perros, voces de alerta por todas partes, ir y venir de las patrullas, una verdadera confusión trajo en el momento aquel mal rasurador, indigno de llamarse peluquero.

Tan gran alboroto se produjo en un instante, que al día siguiente se dió la orden de que quedaba retirada la franquicia que se nos había otorgado.

¡Y vuelta á instalarnos en la posada de los hemípteros! ¡Muchos de ellos ya eran padres de familia!

¡¡¡Por vida del peluquero!!!

Otelo, músico de Cataluña.

El distinguido literato é ilustrado periodista, mi antiguo vecino Antonio Palomero, en colaboración con el fecundo y graciosísimo autor Enrique García Álvarez, estrenaron, y creo que fué su primera obra, un juguete lírico titulado *La trompa de caza*.

Á la vista tengo el libreto y leo: «con gran éxito en Eslava el 26 de Septiembre de 1892.»

Paso á ver el reparto y me entero que tomaron parte: Gabriel S. Castilla, José Riquelme, José Sigler, Agustín Dorado y..., ¡horror!, ¡qué sólos se quedan los vivos!: éstos somos, Carrión, La Riva, y yo.

Los aplausos que dedicaron á la zarzuelita correspondieron, en primer lugar, á Riquelme, que recitó una leyenda con muchísima vis cómica; los padres de la criatura, en buen romance le dan las gracias á Pepe, y, entre otras flores, le dedican las que siguen:

. . . .
. . . .
. . . .
¡Qué modo de declamar!
¡Qué manera, virgen santa,
de recitar la *leyenda*
á tu talento confiada!
. . . .
. . . .
. . . .
Y á fuer de hidalgos que somos,
nacidos en limpia casa,
jurámoste, con la mano
en el puño de la espada,
que si nuestras vidas quieres,
aquí tu deseo aguardan.
Ahora dile al buen *Felipe*
que nos escancie unas cañas
y... ¡Adiós! ¡Que el cielo te guarde
y proteja tus hazañas!
. . . .
. . . .
. . . .

Habrá visto el lector que este *Ganimedes de cañas* es aquel criado que en otra ocasión ofreció bajar vivo ó muerto al catalán del *Toribio saca la lengua.*

Prosigo mi relato: la obrita de que hablo tenía música muy alegre, de un compositor, nuevo en Madrid, llamado Ricardo Benavent.

Buen músico, buena persona, de carácter dócil, simpático, joven, con cara plácida, barba bien cui-

dada, de palabra fácil, pues no se preocupaba en corregir su muy pronunciado acento catalán, se enajenaba el afecto de todos.

¡Quién iba á pensar que aquel bello sujeto tenía oculto en lo más recóndito de su individuo la imágen de Otelo, moro de Venecia!

Así era: los hechos nos lo van á demostrar.



El año 84 actuaba conmigo, en el teatro Martín, Diego Campos; empezaba entonces; estrenó el Romero Robledo de *Los bandos de Villafrita*, y algunos regalitos le valió del auténtico D. Paco, pollo de Antequera, ministro de la Gobernación.

Estaba yo en tratos con una empresa de la Argentina; hube de volverme atrás; Campos, recomendado por mí, á Buenos Aires se fué, con beneplácito mío, y allí hizo fortuna.

En Valparaíso habían derribado el teatro del Odeón; lo habían edificado de nuevo, con arreglo á los últimos adelantos, y, hasta hace unos tres años que se incendió, fué favorecido por la suerte, pues todas sus localidades eran abonadas por la gente más distinguida.

Al inaugurarlo, presentaron una gran compañía del género llamado chico, dirigida por D. José Toscano y D. Diego Campos (que ha muerto en

Lima hace, próximamente, dos años y medio).

De primeras tiples estaban Felisa Toscano (esposa de Campos), y Margarita *la de Ramos:* así la llamaban, porque, siendo corista, tuvo amores con el tenor español Félix Ramos.

Margarita era una mujer hermosísima, alta, muy elegante.

La hembra que no puede ver el hombre sin que en el momento se muestre parte.

Benavent, despues de estrenar *La trompa de caza*, aceptó las proposiciones que le hacía el agente teatral Emilio Povedano, mi compadre, en nombre de una empresa de allende los mares, y se fué con ensueños, más que de gloria, de miles de pesos.

Vamos al momento en que Benavent aparece como maestro director en la temporada del teatro citado, y con la compañía indicada.

«Partes al piano», reza la tablilla de ensayos de los teatros, y, con el Maestro, aprenden las obras los artistas; la tiple Margarita á todas horas tenía ensayo. De este medio se valía Benavent para retenerla á su lado: ¡se había enamorado!

Aquella belleza fué asintiendo á los requerimientos del pretendiente.

Nada más natural que Margarita creyera haber encontrado su correspondiente Fausto; lo que no pudo alcanzársele es que aquel hombre blanco fuera un Otelo.

Puestos de acuerdo, y en posesión de sus mutuos ofrecimientos, tomó un nuevo aspecto el *¿me quieres?, te quiero.*

Los celos de Benavent, siempre infundados, dieron origen á una continuidad de disensiones inaguantables.

Una noche, antes de empezar el último acto, estando en el cuarto de su adorada, compuesto de dos piezas, recibimiento y tocador, hubo Ricardo de pedirla cuentas, por si había mirado á tal ó cual abonado; ella presentó excusas, quiso salir á la fuerza para dirigirse á la escena, y entonces él, loco por los celos, con un estilete largo y fino la dió en el pecho.

Tambaleándose, cayó exclamando: «¡Me has matado!»

Quedó como dormida. Hacía resaltar su belleza, el magnífico traje de fantasía.

La herida era imperceptible. No hubo hemorragia.

Se fueron enterando las gentes de bastidores; se incomunicó la puerta del escenario, para que el hecho no trascendiera al público.

Mientras tanto, el matador tiró al foso el arma por una ranura del tablado. Sólo pensó en huir; atravesó un pasillo que conducía á la contaduría del Odeón, y allí habló con D. Pedro Isasi, representante de la empresa; le relató lo que

acababa de hacer, y pidió por Dios que le salvara.

Isasi se decidió á hacerlo, y entregándole todo el dinero que había en taquilla, producto de la función de aquella noche, le puso su gorra, pues el sombrero lo había dejado en el cuarto del suceso.

Huyó el músico, sin que nadie, excepto su protector, supiesen por dónde.

De Valparaíso se fué á Santiago, y de allí á la Argentina.

Viajaba con el frac de dirigir y la gorra de Isasi.

Después de amanecer hubo transbordo; estando en espera del nuevo tren, oyó leer el periódico á unos empleados de la estación, que comentaban el crimen de que era autor.

Los momentos fueron de angustia. Empezaron los remordimientos.

Á pocas estaciones, se le presentó ocasión de comprar una americana: lo hizo, y arrojó la prenda de etiqueta por una ventanilla del ferrocarril en marcha.

*
* *

En el teatro de Valparaíso, se sustituyó la obra anunciada en cuarta sección alegando un incidente; la empresa mandó recado al profesor de violín con-

certino para que se sentara en la silla del maestro y dirigiera.

Empezó la representación, alguien contó la noticia por fuera y el inspector de polícia entró á inquirir lo sucedido; le informaron del drama, pero como la confusión era grande, oyó decir que la había matado el Maestro y se fué á disponer que dos policías entrasen en la sala para que al caer el telón prendieran al delincuente.

Aquí hubo una nota cómica: ¡el pobre concertino! suplicaba:

—¡Déjenme ustedes, por Dios! ¿Por qué me llevan preso?

—Nosotros no lo sabemos; así nos lo ha mandado el inspector.

—¡Pero esto no puede ser, es un atropello!

Los compañeros de orquesta le defendían, el público de las primeras filas se rezagaba en salir para indagar qué podía ser aquello.

—Vaya, no me molesten más, ó díganme por qué me prenden.

¡Pobre músico, ni que hubiera dirigido mal la partitura!

Lo llevaron ante el jefe, que ya enterado con mayor fundamento, ordenó que le dejasen libre.

¡Libre de acción, mas no del susto, que le duró bastante rato!

*
* *

En las postrimerías del siglo pasado se nos presentó en Madrid aquel músico: *buena persona*, *de carácter dócil*, *simpático*, *de cara plácida,* mas ya envejecido prematuramente, sin la *barba bien cuidada*, pues usaba sólo bigote y sin *palabra fácil*, pues apenas hablaba.

Visitó á todos sus conocidos; alguien hubo de indicarle que, por las escasas noticias que habían llegado, sabíamos la tragedia de que era protagonista.

Eludía con evasivas referir lo acontecido; nada pudimos sacarle que concretara aquella página interesante.

Hoy, al hacer este artículo puntualizando los hechos, me han servido de mucho los datos extensos que me ha suministrado el maestro Penella.

Á poco de estar en Madrid, Ricardo Benavent desapareció sin dar noticias á nadie.

Luego se supo que estaba en Barcelona, y, más tarde, se tuvo noticia de su fallecimiento, acaecido no recuerdo de qué enfermedad.



Otelo, moro de Venecia luego de matar á Desdémona se quitó la vida; Benavent, músico de Barcelona, ¿moriría acosado por el remordimiento?

Castro, Dumas y Echegaray.

El ilustre valenciano Guillén de Castro y Belvis nació en 1569; murió en 1630.

Frey (1) Félix Lope de Vega Carpio fué gran admirador de los portentosos dramas de Guillén; le prodigó grandes elogios en su obra *Laurel de Apolo.*

Miguel de Cervantes Saavedra también se honró con la amistad del de Valencia, y demostró entusiasmo por sus producciones escénicas.

El insigne Corneille, padre del teatro francés, imitó, dijo, á la vez que callando copió, la comedia *Las mocedades del Cid*; este drama, al igual que otro que pudiera tomarse por segunda parte, y que se titula *Las hazañas del Cid*, se deben ambos á la bien cortada pluma del eximio hijo del Guadalaviar.

En París consiguieron *Las mocedades* un suceso extraordinario.

---

(1) Frey: tratamiento que se da al religioso condecorado con alguna de las cuatro Órdenes militares: Santiago, Calatrava, Montesa y Alcántara.

Mas casi todo el triunfo lo recabó para sí el eminente autor francés.

¡Pobre chufero!; me permito llamarle así por ser yo valenciano y por creer que ya en 1600 había chufas.

Alboraya, tierra donde se cosechan, y cuyo nombre patentiza su origen árabe, me afirma en tal creer.

Pues sí, ¡pobre chufero!, repito: llevó una vida azarosa ¡siempre falto de recursos!; ¡murió en mitad de la calle!

Se le enterró de limosna en el cementerio de las afueras de Madrid, inmediato al portillo de Valencia, que pertenecía al Hospital de la Corona de Aragón.

Suprimido este camposanto, á petición de los valencianos se trasladaron los restos al enterramiento subterráneo de la iglesia de Monserrat, que, con hospital junto á ella, habían erigido en tiempos remotos los Reyes de Levante.

Las dependencias para enfermos no han existido en la época contemporánea.

En la iglesia, las vírgenes de Monserrat, de los Desamparados y del Pilar figuraban como por derecho propio en los altares de preferencia.

La puerta principal de entrada, que había en la plaza de Antón Martín, ostentaba en el óvalo de la verja un símbolo, para muy pocos descifrable.

Dos ángeles provistos de sierra dentada, de las de ballesta, partían en dos mitades un globo terráqueo.

¡La escritura primitiva hecha con figuras!

Mon-serrat, esto es: *mundo aserrado;* ¡claro que el enigma era de comprender para catalanes y valencianos!

Encima de esta puerta, labrado en piedra, se veía el escudo de la realeza de Aragón.

El edificio también tenía entrada por la calle del Amor de Dios.

Hará unos ocho años que ha sido derribada la iglesia por dar muestras de ruina, y también por la ruina financiera de la parte administrativa.

El solar está en venta; para tratar de la cesión, se lee en el anuncio allí puesto, que en la Intendencia de Palacio podrán hacerlo.

¡Claro!; la herencia de unos Reyes para con otros debió hacerse cuando la fusión de Fernando é Isabel I.

¿Y los huesos de Guillén de Castro?

¿Adónde han ido á parar?

De mí sé decir que ignoro este extremo; mas fuere donde fuere, ha de resultarnos que en el rincón del olvido.

En España, ni nos acordamos del muerto, ni tampoco de sus obras.

Éstas para los extranjeros tienen mayor valor;

en 1907, el Sr. Dieulafoy ha hecho una traducción literal de *Las mocedades del Cid.*

Se ha estrenado en París en el escenario del Odeón.

¡Ha producido entusiasmo indescriptible!

Adolfo Brisson, en *Le Temps*, y con él todos los críticos de teatros, convienen en que la obra ahora representada da á conocer al verdadero Díaz de Vivar, vestido de hierro, heroico y humanitario, guerrero y cristiano, hablando en francés.

Y afirman que la adaptación hecha por Corneille es inferiorísima á la traducción directa del original; ¡¡y esto al cabo de la friolera de trescientos años!!

Renuncio á seguir copiando elogios, por no ser esto del asunto primordial de mi escrito.

¡Gloria á Guillén de Castro y Belvis que, aunque gloria póstuma, honor da á sus compatriotas, pues viene á restar laurel á la corona de Corneille!

Y á propósito, referiré una anécdota que ratifica el respeto que se tiene al ídolo francés.

Á mediados del pasado siglo se llevó á cabo en París un cruento desafío entre personas de alto rango; tuvo por móvil los favores de una célebre bailarina.

Los jueces *metieron mano* á los infractores de la Ley, y llamado á declarar ante el Tribunal Alejandro Dumas (padre), que había sido uno de los tes-

tigos del duelo, hubo de preguntarle el presidente su nombre y demás circunstancias.

—Alejandro Dumas—contestó el interpelado.

—Díganos su profesión.

—Escritor, si no estuviéramos en la patria de Corneille.

—¡En todo hay categorías, Sr. Dumas!—le replicó el Magistrado.

Digo, ¿eh? ¡Si será estimado aquel nombre, cuando á Dumas le dijeron esto!

Creo que á D. Alejandro no se le ha hecho la justicia que merece, é indudablemente le sucederá algo de lo que á Castro.

Tendrá éxitos póstumos.

¡Asombra su facundia! El que escribió tan gran número de novelas, y al igual, obras teatrales, ó fué un privilegiado, ó no debió sobrarle tiempo ni *para rascarse.*

Dicen que frecuentó el mundo galante, que hizo vida licenciosa; ¡pues, si tal hizo, el concebir sus obras y estamparlas en el papel debió serle empresa fácil!

Muchos de los que no han tenido más remedio que rendirse ante el nervio de sus producciones teatrales, le han puesto peros, por si, en su viaje á España, cuando el casamiento de Isabel II, escribió un libro pintando costumbres nuestras propias de abanico y de pandereta. Y si propias de esto son,

algún español las ha aportado á ese pequeño arte pictórico.

Otros detractores le acusan de haber firmado novelas que no son suyas, á cambio de dinero: ¡qué pocas deben ser! Y ¿no pudo ser esto á trueque de favores, obligado por influencias?

Derrochó varias fortunas.

Encontró dinero á toda hora.

Aquel huérfano del General negro, de la guerra de Egipto, modesto empleadillo que apenas podía subvenir las necesidades de su pobre madre enferma, que estrenó su primer drama *empezando por el segundo:* ó fué un portentoso, ó no pudo dejar un instante la pluma de la mano.

Aquí no hemos podido apreciar al poeta; las traducciones de sus obras lo han sido en prosa vil.

Dumas, al igual que nuestro D. José Zorrilla, dió preferencia á los asuntos históricos.

Después de escribir *Enrique III y su Corte*, *Cristina de Suecia*, *Cuarenta años de desgracias ó la Máscara de hierro*, *Catalina Howard*, *Margarita de Borgoña*, *Gabriela de Belle-Isle* y cien más, produjo su valiente numen el drama *Ricardo Darlington*.

Tiene tal asombro el conflicto dramático de esta producción, que en provincias lo resistían sólo una vez, pues le suplicaban á D. José Valero que no lo volviera á poner.

Aquí está el origen de por qué D. José Eche-

garay ha llevado á la escena esos asuntos terroríficos, como en *Ó locura ó santidad*, *En el seno de la muerte*, *El gran galeoto*, *La muerte en los labios*, etcétera, etc.

Para que el lector tenga idea del drama aludido,



Alejandro Dumas en 1844.

voy á contarle á grandes rasgos la línea principal del asunto y á copiar algunas escenas de la obra.

Ricardo Grey, así cree llamarse, llevado de ensueños de ambición, presenta su candidatura para diputado del pueblo.

Lo rechazan, y en *el por qué*, tiene conocimiento

de lo que ignoraba: no es hijo del doctor Grey; sus padres no son conocidos.

Mawbray, respetable anciano, amigo íntimo de casa del doctor, se interesa mucho por Ricardo.

Jenny, á quien él creía su hermana, también toma parte en su aflicción.

El doctor Grey y Ana, su esposa, que aparecían como padres de él, le ratifican su cariño.

Ana había confiado á Jenny que Ricardo no era su hermano. En ésta había nacido el amor por aquel joven, y le rendía culto en el fondo de su alma.

Tompson, amigo de la más absoluta confianza de Ricardo, personaje muy ambicioso, ayudando para que le ayuden luego, le sugiere un nuevo orden de cosas: puesto que no pertenece á aquella familia, ¿por qué no se casa con Jenny? Con el dinero de su mujer y un nuevo apellido, su triunfo sería indubitable.

Se consigue todo á medida del consejero.

Se hace el enlace.

Usa nuevo apellido, el de Darlington, nombre de una aldea del condado de Northumberland.

Han transcurrido tres años.

El matrimonio Grey ha muerto.

Ricardo se halla en Londres haciéndose pasar por soltero, y teniendo á Jenny oculta en una casa de campo de su propiedad, en las inmediaciones de la capital.

Como padre de la patria, de ideas avanzadas, adquiere gran renombre.

Aspira á ser Ministro.

El Rey sólo admite Ministerios aristocráticos.

El portugués Da Silva, marqués, banquero que tiene hechos grandes desembolsos al Estado, que ve su ruina con la caída del Gabinete, procura atraerse á Darlington por medio de Tompson, ofreciéndole su dinero, y dándole por esposa á su nieta, que aportará á quien con ella se case el título de par de Inglaterra que heredó de su padre.

Esta nieta no lo es, pero la considera como tal por ser hija de lord Wilmor, que, al quedar viudo, contrajo segundas nupcias con Carolina, hija del Marqués Da Silva.

Carolina, ahora viuda, tuvo antes de su matrimonio unos amores ocultos que vamos á conocer oyendo un fragmento de la escena IX del acto primero.

ESCENA IX

EL DOCTOR, MAWBRAY, ANA GREY Y RICARDO

. . . .

. . . .

. . . .

DOCTOR.—Aun no, amigo mío: acabas de hablar de tu familia y de tu nacimiento... Este es

un asunto de que he evitado siempre hablarte y he encontrado más sencillo, y sobre todo más conforme á los sentimientos de mi corazón, el llamarte hijo mío; además, ¿qué podía yo revelarte, siendo todo duda é incertidumbre? Por otra parte, he estado esperando siempre que algún acontecimiento viniese á reflejar alguna luz sobre esta aventura; pero una vez que el cielo no lo ha querido, y que ha llegado el momento de que lo sepas todo, voy á contarte al menos lo que puede recordar mi memoria. *(Á Mawbray, que palidece y quiere retirarse.)* Quedaos, Mawbray, nada he de hablar que pueda ruborizarnos ni á Ricardo ni á mí.

RICARDO.—Os escucho, padre mío.

DOCTOR.—Hace veintiséis años que á las diez de la noche se detuvo un carruaje á la puerta de esta misma casa. Llamaron y abrí. Un hombre enmascarado *(Mawbray escucha)* presentóse implorando mi auxilio para una joven á quien acompañaba, la que parecía hallarse á punto de ser madre. Á los ruegos del caballero, aunque no descubrió su rostro, fué instalada la joven, cuyo semblante era tan bello como argentina su voz, en la habitación que aun hoy

día ocupa mi esposa. *(Mawbray parece vivamente conmovido.)* La Providencia oyó nuestras súplicas, y recibí en mis brazos un niño á quien su madre cubrió de besos y de lágrimas... Aquel niño, Ricardo, eras tú. *(Mawbray contempla á Ricardo con ternura.)*

RICARDO.—El coche que trajo á mi madre, ¿tenía algún escudo?

DOCTOR.—*(Reflexionando.)* En efecto: hubiese sido un medio de averiguar... Pero no, me acuerdo que no lo tenía.

RICARDO.—¡Otra esperanza fallida! Continuad, padre mío, os lo ruego.

DOCTOR.—Apenas te hubo tu madre dado á luz, pobre niño, llamaron por segunda vez á la puerta: era la justicia que obedecía á un hombre acompañado del condestable; púsome de manifiesto una orden para que le entregase la dama que estaba en mi casa: yo me negué, y él me la reclamó diciendo que era su padre; á su voz tu madre, débil y trémula, fué á caer á sus plantas, y el desconocido dió orden de que la llevasen al coche.

MAWBRAY.—*(Aparte.)* ¡Pobre Carolina!

RICARDO.—Y mi padre, ¿qué hizo entretanto?

DOCTOR.—Quiso defenderla, y con este objeto se

acercó al desconocido, pues parecía que amaba á tu madre con pasión.

MAWBRAY.—*(Oprimido y aparte.)* ¡Que si la amaba!

DOCTOR.—Pero detúvole el extranjero con una palabra que no pudimos oir; entonces vaciló y cayó anonadado en ese sillón. (*Al volverse el Doctor y Ricardo, ven á Mawbray, que no pudiendo resistir á su emoción, se ha dejado caer en el sillón que el Doctor indica.)*

ANA.—¿Que tenéis Mawbray?

DOCTOR.—¡Se siente malo!

ANA.—Jenny, Jenny, mi pomito de sales.

ESCENA X

DICHOS y JENNY

DOCTOR.—¡Mawbray, Mawbray, amigo mío!

JENNY.—¿Qué tiene, madre mía? ¡Ay, Dios mío! ¡tiemblo como una azogada!

DOCTOR.—Nuestro amigo que acaba de desmayarse, pero no será nada.

MAWBRAY.—No, amigos míos, no es más que un desvanecimiento pasajero.

JENNY.—¡Oh, mamá! ¡qué miedo se ha apoderado de mí cuando te he oído llamar!... Hacéis

mal, señor Mawbray, con asustar así á la gente.

MAWBRAY.—Me avergüenzo por la agitación que os he causado; os he interrumpido; continuad, amigo mío, ya estoy mejor.

DOCTOR.—Muy poco interesante era lo que me quedaba que decir.

RICARDO.—No importa, padre mío, continuad.

DOCTOR.—Concluyo, pues. Después de la escena de que acabo de hablaros, no he vuelto á ver ni á tu padre ni á tu madre; únicamente, por regulares intervalos, me llegaban por el correo sumas más que suficientes para tu educación. Hace unos diez años, poco tiempo antes de la llegada de Mawbray á esta ciudad, recibí cinco mil libras esterlinas, con la advertencia de que este dinero sería el último que recibiría. Desde entonces todas mis pesquisas han sido inútiles, y he creído que la adopción que habíamos hecho de ti, había sido ratificada para siempre por tus padres.

MAWBRAY.—(*Estrechando la mano al Doctor.*) ¡Noble y generoso amigo!

RICARDO.—Pues bien: ¿extrañaréis aún que quiera unirme á vos con un nuevo lazo?

DOCTOR.—No; pero Jenny se niega.

JENNY.—*(Abrazando á su madre.)* ¡Oh, mamá, yo no he dicho eso!

DOCTOR.—Es decir que si yo digo á Ricardo: sé esposo de mi hija, ¿no me desmentirás?

JENNY.—¿He desobedecido yo nunca á mi padre?

DOCTOR.—Pues bien: como tan sólo faltaba tu consentimiento...

RICARDO.—¿Oís, Jenny? Vuestro consentimiento...

JENNY.—Ricardo, amigo mío, ya sabéis que no tengo necesidad de darlo.

DOCTOR.—*(Con voz dulce pero solemne.)* Ricardo, en presencia de nuestro mejor amigo, único testigo de este contrato sagrado, mi esposa y yo te concedemos lo que más amamos en la tierra, nuestra hija; adquiere sobre ella los derechos de esposo; nosotros te abandonamos los que nos dió la Naturaleza; su ventura ha sido nuestro pensamiento de cada instante, nuestro constante anhelo; ahora tú nos reemplazarás, amigo mío: ¡contempla esas lágrimas en los ojos de tu madre adoptiva, escucha mi trémula voz!... ¡Oh!, te lo suplico, Ricardo, haz feliz á Jenny, y nos daremos por muy bien pagados.

MAWBRAY.—*(Cogiendo del brazo á Ricardo.)* Ricardo, las súplicas de un padre llegan al cielo.

RICARDO.—*(Señalando su corazón.)* Y aquí, caballero.

ANA.—Jenny, sé buena esposa.

JENNY.—Os imitaré, madre mía.

RICARDO.—¡Oh, Jenny! ¡Mis días te pertenecen! ¡Mueran mis proyectos de ambición! ¿Qué me queda que desear, ya que tú eres mía?

DOCTOR.—He aquí lo que son los jóvenes, extremados en todo. Pues no señor, no renunciarás á tus proyectos cuando, su consecución es más que probable. Tu gloria no te pertenece en adelante á ti solo, sino que Jenny tiene derecho para reclamar la mitad.

RICARDO.—Vos lo queréis, padre mío; pero ¡separarme ya de ella!... Jenny...

JENNY.—¡Ricardo mío!

DOCTOR.—Vaya, ve delante; ya nos uniremos á ti.

RICARDO.—¿Así lo deseas, Jenny? *(Aparte.)* ¡Las cinco!... Ya era tiempo. *(Alto.)* Adiós, pues.

TODOS.—¡Buena suerte!

RICARDO.—¡Oh!, todo debe salirme á medida de mi deseo: hoy es día de felicidad. *(Vase por la puerta del fondo.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

Volviendo á la situación en que Tompson aconseja el inicuo casamiento con la llamada nieta de Da Silva, Ricardo se resiste; ante los argumentos de su amigo cede.

En el primer cuadro del acto tercero, en una escena violentísima, propone á su mujer la separación.

La ofende de palabra y obra, la da un fuerte empujón, y al caer al suelo tropieza la cabeza en un taburete y se hiere; su cara se tiñe en sangre, queda desmayada.

Darlington oye venir á Mawbray; levanta á su mujer, la hace volver en sí, le restaña la sangre con el pañuelo, y la obliga á disimular ante aquel viejo y verdadero amigo de todos ellos.

En el cuarto acto se desarrolla la acción en la casa de campo. Es de noche. Una sala con puerta á la izquierda, de entrada; otra puerta á la derecha, que da á la habitación de Jenny, y un balcón en la pared del fondo, con vistas á un precipicio.

Este sitio es el elegido por Darlington para firmar los esponsales con Miss Wilmor.

Á su esposa cree haberla alejado para siempre, conducida por su amigo Tompson, á viva fuerza.

Dejemos en este instante la explicación del asunto y preparémonos á conocer el desenlace dramático de boca de los personajes que intervienen en la acción.

ESCENA XIII

JENNY, en el gabinete; RICARDO, seguido por un criado.

RICARDO.—*(Entrando.)* Llegué á tiempo, pues no tardará media hora sin que lleguen el Marqués y su familia. James, traed bujías y quedaos en la puerta para conducir aquí á las personas que se presentarán dentro de un instante. *(Sacando el reloj.)* ¡Las ocho! Tompson debe hallarse ahora en Douvres, y mañana al amanecer en Calais. ¡Dios le guíe! Veamos si hay algo aquí que indique que esta habitación ha sido ocupada por una mujer. *(Reparando en un sombrero y un chal.)* ¡No ha sido inútil la precaución! ¿Dónde pondré esto? No tengo la llave de esos armarios: si los tiro por la ventana, mañana los encontrarán. ¡Ah!, ¡distingo luces en lo alto de la montaña! Sin duda es el Marqués; es puntual. Pero ¿qué diablos hago con estos objetos? ¡Ah! los meteré en ese gabinete y quitaré la llave. *(Abre el gabinete.)*

JENNY.—¡Ah!

RICARDO.—*(Cogiéndola del brazo.)* ¿Quién está aquí?

JENNY.—¡Yo, yo! ¡no me hagas daño!

RICARDO.—*(Arrastrándola hacia el proscenio.)* ¡Jenny! ¡El mismo infierno la presenta á mi vista cuantas veces creo verme libre de ella! ¿Qué haces aquí? ¿Qué te ha traído? ¡Habla, habla pronto!

JENNY.—Mawbray...

RICARDO.—¡Siempre Mawbray! ¿En dónde está? ¿En dónde está? ¡Quiero, por fin, vengarme de ese hombre!

JENNY.—Está lejos muy lejos: ha vuelto á Londres. ¡Perdón para él!

RICARDO.—¿Y bien?...

JENNY.—Ha detenido el coche.

RICARDO.—¿ Y qué más? ¿No ves que me abraso? ¡Habla!

JENNY.—Y yo... que... y yo...

RICARDO.—¿Y qué más, te digo?

JENNY.—¡Se han batido!

RICARDO.—Y...

JENNY.—Y Mawbray ha muerto á Tompson.

RICARDO.—¡Infierno! ¿Y él te ha conducido aquí?

JENNY.—Sí, sí. ¡Perdón!

RICARDO.—¡Jenny! ¡Jenny! ¡Escucha!

JENNY.—¡Ruido de un coche!

RICARDO.—En él vienen mi esposa y su familia.

JENNY.—¿Y yo, quién soy, pues?

RICARDO.—¿Tú, Jenny? ¡Tú eres mi genio del mal! ¡Eres el abismo donde van á hundirse mis

esperanzas! ¡Eres el demonio, que me arrasta al cadalso, porque voy á cometer un crimen!

JENNY.—¡Dios mío!

RICARDO.—Y no hay que retroceder. No has querido firmar el divorcio, no has querido marcharte de Inglaterra...

JENNY.—Ahora... ahora consiento en cuanto deseas.

RICARDO.—¡Ahora es demasiado tarde!

JENNY.—¿Qué vas á hacer?

RICARDO.—No lo sé; pero ¡encomiéndate á Dios!

JENNY.—¡Ricardo!

RICARDO.—(*Tapándole la boca con la mano.*) ¡Silencio!... ¿No los oyes?... Suben... ¡y hallarán aquí una mujer!... (*Corre hacia la puerta y la cierra echando dos vueltas.*)

JENNY.—(*Corriendo hacia el balcón.*) ¡Socorro! ¡Socorro!

RICARDO.—¡Es preciso que no te hallen aquí! ¿Lo oyes?

JENNY.—(*De rodillas.*) ¡Piedad! ¡Piedad!

RICARDO.—La he tenido...

JENNY.—(*Tratando de gritar.*) ¡Socorro! (*Óyese ruido en la escalera; Ricardo cierra las hojas del balcón, quedando dentro de él con Jenny.*) ¡Socorro!

RICARDO —¡Maldición!... (*Oyese un grito que se repite en el precipicio. Ricardo abre el bal-*

cón, y se le ve á él solo: se adelanta pálido, se enjuga la frente y se dirige á abrir la puerta.)

ESCENA XIV

RICARDO, el MARQUÉS DA SILVA, MISS WILMOR, el MINISTRO DE HACIENDA

MARQUÉS.—Perdonad; estabais encerrado, sir Ricardo, pero nos ha dicho vuestro criado que nos esperabais...

RICARDO.—¡Oh!, dispensadme .. Esta llave se encontraba dentro, sin saber cómo...

MARQUÉS.—*(Presentándole la joven Miss.)* Miss Wilmor.

RICARDO.—*(Inclinándose.)* Señorita...

MARQUÉS.—¿Os sentís mal?... ¡Estáis muy pálido!

RICARDO.—¿Sí?... Esto no es nada... todo está listo .. Mirad.

MARQUÉS.—¿Quiere Su Excelencia servirnos de testigo?... ¿No tenéis el vuestro?

RICARDO.—Es inútil. Firmemos, firmemos... *(El Marqués hace firmar á Miss Wilmor y presenta el contrato á Ricardo.)*

MARQUÉS.—Vuestra mano tiembla, sir Ricardo.

RICARDO.—Nada de eso. *(Va á firmar, y, al volverse, repara en Mawbray, que se halla á su lado, inmóvil, pálido y con la vista fija en él.)*

ESCENA XV

DICHOS y MAWBRAY.

MAWBRAY.—Os hace falta un testigo, Ricardo, aquí me tenéis.

RICARDO.—Sea... Lo mismo da que seáis vos que cualquier otro. *(Bajo.)* Si pronunciáis una palabra...

MARQUÉS.—¿Qué quiere decir esto?

MAWBRAY.—*(Bajo.)* Á mí me toca amenazar, Ricardo, y no á vos. Oídme...

RICARDO.—Caballero...

MAWBRAY.—Hablad quedo.

RICARDO.—¿Con qué derecho?..

MAWBRAY.—Mirad á ese balcón...

RICARDO.—Hablad bajo...

MAWBRAY.—Yo estaba en el camino de enfrente.

RICARDO.—¿Cuando?

MAWBRAY.—Que allí estaba, os digo.

RICARDO.—¿Y bien?

MAWBRAY.—He sido testigo...

RICARDO.—¿Y qué?

MAWBRAY.—Con una sola palabra puedo perderte.

RICARDO.—No la diréis.

MAWBRAY.—¿Por qué?

RICARDO.—Ya lo hubiéseis hecho si...

MAWBRAY.—Puedo callarme aun...

RICARDO.—¡Ah!

MAWBRAY.—Con una condición.

RICARDO.—¿Cuál?

MAWBRAY.—Rompe ese casamiento, abandona á Londres, renuncia á la Cámara, y retirémonos juntos á cualquier rincón aislado de Inglaterra, en donde podremos, tú arrepentirte, y yo llorar.

RICARDO.—Mawbray, ya os lo he dicho, si pudieseis denunciarme, ya lo habríais hecho; una causa que no adivino os detiene, pero el caso es que os sujeta, y esto es todo cuanto necesito.

MAWBRAY.—¿Te niegas?

RICARDO.—Me niego.

MAWBRAY.—¿Sin remisión?

RICARDO.—*(Adelantándose y presentando la pluma á Da Silva.)* Á vos os toca, Sr. Marqués.

MAWBRAY.—*(Deteniendo á Ricardo por el brazo.)* ¡Deteneos! *(A Ricardo.)* Aun es tiempo.

RICARDO.—Firmad.

MAWBRAY.—*(Alto.)* Marqués Da Silva...

MARQUÉS.—Caballero...

MAWBRAY.—¿Os acordáis del pueblo de Darlington?

MARQUÉS.—¡Cómo!

MAWBRAY.—¿De una noche en que perseguíais á una joven robada?...

MARQUÉS.—¡Silencio, caballero!

MAWBRAY.—No la nombraré: la joven dió á luz un hijo.

MARQUÉS.—¿Y qué?...

MAWBRAY.—Vos no visteis al padre de aquel niño más que un instante, un segundo; pero debió ser lo suficiente para que siempre le reconozcáis: Marqués, miradme bien á la cara.

MARQUÉS.—¿Erais vos?

MAWBRAY.—Yo mismo... ¡He ahí mi hijo! *(Designando á Ricardo.)*

MARQUÉS.—¿Luego vos sois...?

MAWBRAY.—¡El verdugo! *(Ricardo cae anonadado.)*

FIN DEL DRAMA

Por la impresión que produce la lectura de la comedia, imaginémonos la que produciría viéndola en acción.

El ilustre dramaturgo D. José Echegaray nos lo va á decir; voy á copiar su valiente cuanto autorizada opinión.

. . . .

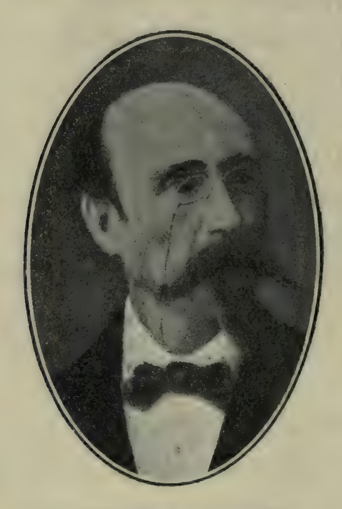
. . . .

. . . .

«Poco después de cumplir los veinte años, en el mes de Septiembre del año 1853, concluí la

carrera y obtuve el título de *Ingeniero segundo* con destino al distrito de Granada.

»Los últimos años de mi carrera habían sido muy parecidos á los primeros en punto á ocupaciones y gustos. Leer obras de matemáticas, todas la que podía comprar; leer novelas, cuantas encon-



D. José Echegaray en 1879.

traba en las librerías; asistir al teatro con toda la frecuencia posible y no perder ni un estreno.

»Recuerdo entre éstos el de *Ricardo Darlington*, de Alejandro Dumas, padre.

»¡Qué noche tan hermosa! ¡Cuántas emociones! ¡Qué batalla! ¡Qué triunfo para Teodora Lamadrid, y, sobre todo, qué triunfo para Valero!

»El drama interesaba grandemente al público; pero la fiereza de algunas escenas le repugnaba, y si había momentos en que triunfaba el arte, había otros en que el drama se hundía.



Escena XIII del acto cuarto.

»Este contraste de negruras y luces, de abismos y de cúspides, se acentuó, sobre todo, en el último acto, cuando Valero, loco de ira, al ver que sus ambiciones iban á morir para siempre, perseguía como una fiera á Teodora, por la habitación,

derribando sillas, dando él rugidos ahogados, y ella gritos de suprema angustia, hasta que, tras una lucha horrible, la cogía y la arrastraba por los cabellos hasta el balcón, para arrojarla al precipicio que bajo el balcón se abría.

»Aquella era la verdad misma; brutal, horrible, repugnante, pero hermosa; la ambición, como monstruo horrendo, despedazando al sér inocente.

»El público no pudo resistir más, y prorrumpió en gritos, en protestas y en insultos al autor, al traductor y á cuantos habían patrocinado la obra.

»Tras larga lucha, era la derrota definitiva, y el anatema de todas las personas sensatas. Yo no lo era, sin duda, ni creo haberlo sido nunca, porque era de los pocos que aplaudían, protestando contra la protesta, y de buena gana hubiera sacado del teatro, como sacaba Valero de la escena á Teodora, á los alborotadores de uno y otro sexo, si hubiera podido, para arrojarlos al abismo de lo insubstancial y de lo insignificante, al limbo de los necios, que es donde deben estar los que con escrúpulos ridículos rechazan las grandes emociones dramáticas.

»Pero en lo más álgido del escándalo se abre el balcón y aparece Valero solo, con la ropa descompuesta, suelta la corbata, roto el chaleco, el pelo en desorden, cayéndole un mechón sobre la frente, mortalmente pálido y con los ojos brotando fuego;

cierra el balcón y se apoya en él, como si temiera que Teodora saliese del abismo adonde acababa de arrojarla y entrara otra vez para estrecharle entre sus brazos tiernos y amorosos.

»La presentación de Valero en la escena fué tan hermosa, tan verdadera, tan soberanamente trágica; dijo tanto con su actitud y con su fisonomía, sin decir nada, que dominó al público, y en aplauso atronador cambióse la indignada protesta.

»Triunfó el drama, triunfó el gran dramaturgo francés, triunfó el gran actor español, y la obra quedó de repertorio y ha sido siempre uno de los mejores triunfos de Valero.

»Esta obra y otras tales han sido, sin duda, las que han desarrollado mis aficiones, de suyo inclinadas á lo trágico.

»Después, mucho tiempo después, yo también, por mi cuenta, he escrito atrocidades del mismo género, y casi siempre me han salido bien. Lo que en el teatro nunca triunfa, verdad es que tampoco triunfa en la vida, es la cobardía ó es la timidez.

»La timidez y la cobardía son buenas para educandas de colegio ó para sacristanes de monjas.

»Madrid, 18 Marzo 1905.»

. . . .

. . . .

. . . .

Resultado indiscutible: Dumas perdurará, y al

igual que éste perdurará D. José Echegaray, pese á los muchos detractores de ambos.

Y cuidado que si el autor francés los tuvo, para nuestro D. José no han sido escasos en número los que con rabioso esfuerzo se empeñan en *ladrarle á la luna.*

Muy poco tiempo hace que en una peña del café de Fornos, compuesta de jóvenes de esos que á los veinte años dicen *estar amargados*, empezaron á hablar de Echegaray, y...

« . . . .
. . . .
entre la copa de Ojén,
la ceniza del cigarro
y alguno que otro terrón
de azúcar allí esparcido,
quedó el mármol convertido
en mesa de disección».

¡Inútiles escalpelos! ¡Imposible ahondar en la materia, consistente y dura, en fuerza de cientos más cientos de éxitos legítimos!

Hoy es moda no respetar el pasado, sin mirar que ese pasado es base de los del presente.

Recuerdo haber leído hace poco, en uno de los periódicos importantes, unas poesías en que un joven escritor, reseñando un jardín, le llamaba á la mariposa «clavel con alas».

¿Qué les parece á ustedes la imagen? Porque ya

hace años que D. Pedro Calderón de la Barca dijo del ave que era ramillete con alas.

Y esta figura, al buen D. Pedro, que escribió en tiempos de moda para imágenes, tropos y metáforas, se la han criticado muchos; quizá los mismos que hoy le imitan torpemente.

En otra ocasión, dos de los contertulios de la reunión antes indicada, hacían arqueo en sus bolsillos y no pudieron reunir los cuarenta y cinco céntimos que precisan para una cajetilla de tabaco, hasta que llegó un tercero y suplió el déficit.

¡Pasaban hambre de fumar!

¡Y en qué ocasión!

La prensa de la mañana nos daba la noticia de que D. José Echegaray había sido nombrado ¡¡¡Director de la Compañía Arrendataria de Tabacos!!!

Un soneto echando lumbre.

Cursando yo las primeras letras, le oía al profesor, que tenía mucho de dómine y nada de maestro de instrucción primaria como ahora son en uso, lo que sigue:

—«Crónicas son las historias de los reinados sin omitir suceso alguno, bien público bien privado, por insignificante que sea.»

Al igual que aquel señor de levitón entallado con faldones de mucho vuelo, nos lo definía el libro de texto, compendio de la Historia de España, hecho por D. Manuel Ibo Alfaro.

¡Ah! ¿sí? pues por igual patrón han de escribirse las demás relaciones, aunque no se mencionen personajes con *testas* más ó menos coronadas.

Lo que se aprende en los primeros años, tarde ó jamás se olvida.

De aquí mi insistencia en no suprimir pequeños detalles.

La claridad de las narraciones con las minucias se forma.

Ya dando cima al artículo que antecede, una fatal noticia vino á distraer mi pensamiento enajenado por completo en la personalidad de nuestro incomparable Echegaray.

—Está ardiendo el teatro de Jovellanos.

—¡Jesús!—exclamé—¡qué desgracia! (1)

Mientras me vestía para salir en busca del aserto de noticia tan desagradable, no pude sustraerme á pensar en *comediante*.

¡Aquel Venancio de *La gallina ciega*, del señor Ramos Carrión, tomó forma tangible!

Dice el aludido, en la citada obra, al pisar de nuevo la Corte después de algunos años de ausencia:

—«¡Madrid no es Madrid!; ya no existe la calle de Peregrinos; la de Preciados está *trasformada;* falta media calle de la Ternera, y la iglesia de Santa Cruz, con su torre y todo, ha venido al suelo.

¡Madrid no es Madrid!»

Esto se declamaba ante el público del estreno, la noche del 3 de Octubre de 1873, en el coliseo que ahora me dicen ser pasto de las llamas.

Y si desaparece tan hermoso templo, ¿será reedificado? ¡Me da el corazón que no!

---

(1) Nos hallamos en lunes, 8 de Noviembre de 1909.

Si hoy volviera *Venancio*, se consolaría en parte de sus amarguras al saber que, en 23 de Enero de 1902, se abrió al culto, levantada de nuevo, la iglesia de la calle de Atocha *con su torre y todo*, siendo ésta mucho más gallarda que la que él lloró perdida.

Actualmente, ¿qué le diremos al provinciano cincuentón, año más, año menos, si nos interroga de por qué han desaparecido Fornos, el Teatro de la Zarzuela y los nombres de las calles más populares?

De pregunta en pregunta nos dirá echar de menos: ¡el pilón de la Puerta del Sol, las covachuelas de la parroquia del Carmen, el Campo del Moro y los Jardines del Buen Retiro!

Acabará por exclamar como el bajo de la zarzuela:

«¡Madrid no es Madrid!»

Le tranquilizaremos explicándole que las covachuelas han corrido la misma suerte que las gradas de San Felipe el Real, pues con esto se urbanizan á la moderna las vías públicas.

El salto de agua de la Puerta del Sol era un peligro político; allí se fraguó alguna que otra revolución, so pretesto de sentarse junto á la gran taza, durante las noches de verano.

¡Ah! ¡aquel 19 de Septiembre! ¡El general Villacampa!.....

El Campo del Moro reclamaba su pronto embellecimiento.

Ahí está fragante y coloreado, fabricando oxígeno abundante.

¿Que los madrileños no lo respiramos? ¡Qué importa!

Los altos Poderes debieron discurrir: que, para jardines Valencia, Madrid para la Nobleza, y... decretaron la supresión de los del Buen Retiro.

Sólo los echamos de menos los *peseteros* que acudíamos en el estío á contrarrestar con su frescura los ardorosos calores.

La Nobleza, quien más, quien menos, disfrutan de parques y jardines en sus casas y de los viajes á playas españolas ó extranjeras.

Á buen seguro que el forastero ha de replicarnos: que no se conforma con las desapariciones del café de la calle de Alcalá y del coliseo de junto á Floridablanca.

¡Esos dos pedazos de la historia del antiguo Madrid!

Aquí interrumpo mis cábalas, pues me avecino al sitio del suceso.



Guardias á caballo y otros á pie contienen la gran avalancha de curiosos.

Á mi decisión, sin duda, y á *llevar gabán*, debí



Fachada del teatro de la Zarzuela en 1856.

que no se me cerrara el tránsito, pues los de los uniformes no dejaron de reparar en mi persona, manifestándome con miradas de duda si me detendrían ó no.

Llegué frente al edificio que ya daba sus últimas manifestaciones de serlo.

¡Qué detrimento para el arte!

¡Qué gran pérdida para cómicos y autores!

¡Qué hermosa página consumían aquellas llamas.



No voy á describir la inauguración del severo coliseo fundado por Luis Olona, Francisco Salas, Francisco Asenjo Barbieri y Joaquín Gaztambide.

Tampoco la primera función realizada en la noche del 10 de Octubre de 1856; recientes están muchas reseñas que detallan esos extremos.

Continuaré mis impresiones, que si bien de actualidad, ha de perdonármelas el *curioso lector*, como antes se decía, ofreciéndole detalles retrospectivos, base primordial de este libro.



¡En aquella hoguera grande desaparecían los recuerdos de muchas juventudes!

Dí en recordar los bailes de máscaras de la década del 80.

Suntuosos... ¡como allí no ha habido otros!

¡En ellos fué mi compañero, para rendir culto á Momo, el malogrado escritor Manuel Matoses!

¡Pensé en las muchas temporadas que como actor hice en el destruído local, con compañías de género grande y chico!

No se me alcanza el tronar de algunos por haber encontrado albergue en aquel escenario las representaciones de zarzuelas en un acto.

Para mí no existen más que dos géneros: bueno y malo.

En tiempos de los Gaztambides y Olonas, se componía el cartel, muchas noches, de tres piezas.

Allí se estrenaron las más del siguiente repertorio:

El Vizconde, *Un pleito*, *El grumete*, *Un caballero particular, Por conquista*, *De tal palo tal astilla*, *En las astas del toro, La colegiala*, *Una vieja*, *Las bodas de Juanita, El juicio final*, *El amor y el almuerzo*, *Casado y soltero*, *El niño, Nadie se muere hasta que Dios quiere*, *Don Sisenando*, *Recuerdos de gloria*, *La edad en la boca*, *El último mono*, *Aventuras de un cantante*, *El hombre es débil*, y otras muchas.

Las obras modernas que han sustituído á las anteriores, y entre éstas *La viejecita, Gigantes y cabezudos*, *La buena sombra*, *Sandías y melones, Bohemios*, *El húsar de la guardia*, *El dúo de la Africana*,

Sr. Carratalá

TEATRO DE LA ZARZUELA.

He recibido de la Empresa del mismo la cantidad de mil ochocientos rs. vn. por mis sueldos de la 16.ª quincena; que dió principio el dia 20 de marzo último y termina hoy dia de la fecha, ambos inclusive, rebajados los del 20, y del 27 al 31 de marzo, 1º 2. 3, y los del [illegible] según contrato

Madrid 13 de Abril de 1863.

Emilio Carratalá

Son 1800 rs. vn.

V.º B.º

[illegible]

PAGUESE.

[illegible]

TOMÉ RAZON.

Caballero

La verbena de la Paloma, *La Czarina*, *El tambor de Granaderos*, *La revoltosa*, *La guardia amarilla*, *El gaitero*, *Los borrachos*, *Quo vadis?*, *El santo de la Isidra*, y cien más, bien pueden abrazarse con sus hermanas las de antaño.

Respecto á artistas contemporáneos, ¡á qué enumerarlos!; sí diré que Jaime Ripoll, hoy batiéndose en retirada, ha cantado en ese coliseo zarzuelas en un acto, y había que ver cómo deleitaba el oir á mi amigo Jaime.

¿Y aquel *mangia música* que tenía por nombre José Sigler?

Practicaron algunos como él, ¡mejor jamás!

Esto en opinión de los técnicos; en la mía le guardo mayor culto, que no por grande deja de ser pequeño para la justicia de que fué merecedor.

¡Pobre Pepe!

En Agosto del 84, el empresario del teatrito de Recoletos, Antonio Croselles, me suplicó que le acompañara á cenar en el café de San Joaquín.

Ni Croselles ni el café existen ya; éste estuvo situado frente al de San Mateo, que aun se conserva.

Me decía Antonio, subiendo por la calle de Hortaleza:

—Ayúdame, Vicente; habla mucho; hemos de convencer al pianista de San Joaquín á que se haga

cómico, lo necesitamos para que cante la serenata de *Los bandos de Villafrita*, obra que nos leerán muy pronto.

Como lo pedía se hizo.

Convencimos al joven Sigler, y dimos al traste con sus escrúpulos y repugnancias.

Salimos muy satisfechos.

Yo no; ¡me había quedado con hambre!; mi empresario pidió un bistek para los dos, y al llamar yo al camarero para que sacara otro plato, Antonio me atajó diciendo:

—¡Quieto! ¡todo es cosa mía! ¡Camarero, café!

—¡Querido amigo y paisano—hube de decirle bajando por la Red de San Luis,—tu cena no ha correspondido al buen éxito de nuestra empresa!

—Hazte cargo—respondió,—que mi negocio teatral es muy pequeño, estos gastos á la taquilla corresponden, de sus ingresos han de salir, y no dan para pagar *bistek por boca*.

He referido esta anécdota para que se tenga conocimiento de cómo el modesto pianista llegó á ser tan distinguido cantante.

Comprendo hubiera detractores para el espectáculo por horas, no para la clase de trabajo, y si el cartel por secciones subsiste, y subsistirá, es por que al público así le place.

¡Hemos de convencernos que hoy vivimos más de prisa que vivieron nuestros padres!

*
* *

La compañía del teatro del Príncipe Alfonso, terminada la temporada en primeros de Noviembre de 1888, pasó toda íntegra á hacer en el de Jovellanos las funciones del invierno.

Entonces fué la primera vez que el hoy perdido coliseo anunció sus cuatro secciones.

Las gentes recibieron muy bien la novedad.

No faltó quien criticara, mas no llevaba razón; la zarzuela grande ya estaba en desuso, y en aquel escenario se habían representado obras bufas.

En la nueva compañía, de la que yo era parte principal, figuraban Juana y Lucía Pastor, Adela Bayona, Lucrecia Arana, Manuela Moreno, Enriqueta Imperial, Filomena Arana (1), Florinda Bustos, José Navarrete, José Escriu, Jaime Ripoll, Pedro Constanti, José Castro, Robustiano Ibarrola, Arturo Beltrán, Leopoldo Gil y otros.

Los maestros Tomás Reig y Juan Catalá, padre

(1) Un hermano de Lucrecia y Filomena formaba parte en el coro y es el apreciable actor que conocemos llamado Pablo Arana. Enfermo hoy, en estado grave, hago votos por que recobre la perdida salud, y no tenga que sufrir un nuevo disgusto mi simpática compañera la eminente Lucrecia.

de Conchita, la distinguida actriz de igual apellido.

Empresa Noriega.

El cartel de inauguración *efectiva* fué: *¡Tío... yo no he sido!*, *Los baturros, Niña Pancha*, y *Certamen Nacional.*

Fecha, 19 de Diciembre.

Á mediados del mes anterior se había dado al público este mismo programa, sin poder llevar á cabo la función por deficiencias del alumbrado.



La luz eléctrica, impuesta por el Gobierno, se habilitaba por primera vez.

Sin apelación: ¡alumbrado incandescente, ó no se abrían los teatros!

Los ingenieros improvisados que manejaban los dínamos y cojinetes, no los entendían.

Las más de las noches había que suplicar á los concurrentes se retiraran por no poder continuar la representación á causa de imperfecciones del nuevo invento.

¡Y no hubo remedio!

En primeros de Marzo tuvimos que abandonar el escenario de la Zarzuela y trasladarnos al de la Alhambra, arrastrando durante la cuaresma una existencia artística muy dudosa, hasta que la obra *El plato del día* hizo un milagro.

Este estreno nos dió vida propia y pudimos trasladarnos á otro coliseo.

¡Si tendría magnitud el desequilibrio de los ingenieros de la electricidad, que D. Enrique Arregui, empresario ya en aquel entonces de Apolo, que por imperiosa necesidad se servía del flúido de la Zarzuela, ante tamañas informalidades, se decidió por terminar el negocio!

¡Y á fe á fe que este señor, artista en su clase como ninguno ha habido, y hombre que no claudica ante las dificultades, se dió por aburrido y dijo: «Ahí queda eso; yo me marcho y ya volveré *para un rato*» (1).



Abandonemos el pasado para volver á lo presente.

Los toques de corneta, el chascar del agua al salir de las mangas, las voces de mando y lo imponente del espectáculo me hicieron reparar en que bomberos y no bomberos, todos obedecían á un

(1) Y, efectivamente, volvió á poco, y aun continúa su envidiable labor artística.

Perdurarán, entre otras obras, *La verbena de la Paloma*, *El santo de la Isidra*, *El dúo de la Africana*, *La mala sombra*, *Pepe Gallardo* y *La Revoltosa*, y con ellas han de perdurar los Sres. Arregui y Aruej, empresarios.

autor dramático, á D. Manuel Álvarez Naya, también arquitecto municipal.

Á mi alrededor había compañeros en arte de los contratados en el teatro que se extinguía; sus equipajes habían desaparecido, sus contratos pasaban á ser fallidos; en lontananza sólo vislumbraban malestar; pues ya en esta época muy difícil, si no imposible, les sería encontrar nuevas escrituras.

Al separarme de aquel grupo de desolados, vi á mi buen amigo Pepe Moncayo, que semejaba la figura de un cuadro plástico por su inmovilidad y su mirada abstraída.

Le saqué de aquel ensimismamiento, y dos gruesas lágrimas desperezáronse hasta rodar por su semblante.

Nuestro muy querido y popular crítico de toros y teatros, José de la Loma y Milego, ha descrito gráficamente el sentimiento que embargaba al popular actor:

«Ayer lloraba como un niño ante los humeantes escombros, como si entre ellos hubiese perecido abrasado un pedazo, el mejor, el más preciado de su brillante historia de comediante.»

—¡Vicente, lo que hemos perdido!—me dijo Moncayo.

—¡Una verdadera desgracia! ¡De esa casa salieron las más grandes concepciones que recorrieron triunfantes España entera! ¡Es una ruina, que me

atreveré á calificar de nacional por la magnitud de lo que en esos derrumbamientos queda sepultado, para luego olvidarse!

—¡Qué recuerdos había ahí para nosotros! ¡Bien presente tengo el tipo del tendero por ti creado en *El padrino del Nene!* ¡También tu gran éxito en la reprise que hiciste conmigo de *El señor Joaquín*, obra que para ti había sido escrita, y que el público te...

—¡Mira Pepe!, por modestia no te consiento hablar de mí aunque sea para hacer historia. ¡Lo pasado, pasado!; vamos al presente, pues tengo aprendido y no olvidado que para hacer soportable nuestra vida hay que conformarse *con las injurias del tiempo y las injusticias de los hombres.*

Toma nota de esta receta, y en Dios y mi ánima te juro que es mi deseo tardes años en usar de ella.

Cuando quieras elogiarme, escríbelo en los *papeles* y por sorpresa.

Yo pienso decir en *alguno*, que en el estreno de *El padrino...* tomaste patente como cómico de primera clase.

Desempeñaste un galán joven árido, muy árido, tanto cual dimensión tenía la parte, y ésta era mucha.

Cantaste las frases:

«Desde aquella tarde
que en la Fuentecilla
tú sin más prosodias
me diste aquel sí»,



Srta. Amalia Ramírez,

eminente tiple, en el estreno de *La Colegiala* (año 1857).

con tal expresión y bien sentir, que supiste llegar al corazón de los espectadores.

Vino á cortar, con sus exclamaciones, este *deporte* de alabanzas mutuas un viejecito avecindado desde el año cincuenta y cinco en la calle del Sordo, ahora Zorrilla.

—¡No hubiese ocurrido este siniestro á vivir mi gran amigo D. Francisco Salas!—nos decía,—¡era el último que abandonaba el teatro! ¡Cuando se montaban grandes espectáculos, dirigidos por el ingenioso D. Diego Luque, al ver aquel cúmulo de trastos para la escena, como sucedía con *El molinero de Subiza*, Salas manifestaba múltiples temores, y, acompañado de Luque, permanecía en el escenario hasta que les notificaban haber terminado la requisa; sólo entonces, y sin prisas, salían á la calle.

La remembranza de este nuevo personaje, me hizo recordar la significación de D. Diego en los anales del Teatro.

En la parodia de *El molinero...*, titulada *El carbonero de Subiza*, al plagiar el cantable:

«Quién fuera gato
Que entrar pudiera
Por la gatera
De tu portal,
Y un arañazo
Diera á tu madre

Y á ti te diera
Cuanto hay que dar»,

decían:

«Quién fuera Eguílaz,
Quién fuera Salas,
Quién fuera Luque,
Quién fuera Oudrid,
Y una zarzuela
Sesenta noches
Á verla fuera
Todo Madrid».



El Arquitecto municipal y autor de Comedias, arreciaba en disposiciones para localizar las llamas.

—¡Bravo, joven—exclamó el abuelete,—así se manda!; ¡cuando tenga mis años, le pasará como á mí! ¡se aterrará ante la catástrofe!; ¡los ancianos no servimos para nada!

—¡Hombre, no tanto! Se vive de recuerdos y con ellos se dan provechosas lecciones á la nueva generación.

—¡Somos un estorbo! ¡Se nos desprecia! ¿Sabe usted, señor Valero, cómo se llama ese simpático jefe de la brigada?

—Sí, señor. Y voy á contarle un hecho en el cual van unidos D. Diego Luque, y una reivindicación para ese desprecio de que usted se lamenta hacia la ancianidad.

Se llama Manolito Álvarez Naya, buen amigo mío, y también lo fué de Ramón Rossell; vino á mi casa en 1893, y me sorprendió agradablemente con la lectura de una su primera producción bautizada con el título de *La víspera de la fiesta*.

Me gustó la obra.

Yo iba á ponerme al frente de una Compañía en el teatro que existió en la calle de Olózaga.

Manolo—le aconsejé,—hay que llevarle la obra á Caballero; empecemos por lo alto, que tiempo tendremos para bajar.

El maestro indicado hizo la música.

Los autores obtuvieron un hermoso éxito (1).

Tomé parte en la obra, y Naya me la dedicó.

Cuando nos hallábamos en los ensayos generales de piano, vi que en las últimas sillas se hallaba un señor entrado en años en calidad de curioso. Haciendo memoria, recordé que era el íntimo amigo del célebre D. Luis Eguílaz, el director del Teatro de la Zarzuela, el Sr. Luque.

Se me alcanzó que venía allí acompañando á D. Manuel Caballero.

Bajé al patio; sin previa presentación le saludé, y supliqué que subiera al tablado, pues necesitaba

(1) Mi amigo el autor, después de esta producción, ha estrenado otras con gran aplauso. Siento no recordar los títulos. Bueno es hacerlo constar, no vaya yo á tener fuego en casa...

de sus consejos para bien de la obra que íbamos á estrenar.

Toda mi vida fuí amigo de los viejos.

¡Siempre he creído que ellos saben más!

La alegría se pintó en la cara de aquel hombre.

Persistí varias veces; hizo lo que le pedía; tomó parte en la dirección.

Hasta su muerte, ocurrida años después, manifestó siempre gran afecto hacia García Valero.

Para él se trataba de un excelente actor; rechazaba cuanto decían en contrario.

¡Pobre viejecito de mi alma cómo debió sufrir con esto!

¡Hizo bien en dejar este pícaro mundo, hoy que el respeto al pasado resulta cosa vana!

Continuamente oigo para mí y mis coetáneos este *dulce* piropo: «Quita de ahí, carcamal.»

¡Y tal halago se nos hace cuando no alcanzamos, ni con catalejo, los años que llegó á tener D. Diego!

Dice el Diccionario: «*Carcamal,* adjetivo:=apodo familiar que suele aplicarse á los viejos.»

¡Menos mal! *¡familiar!* ¡no hay derecho á que se lo diga á uno el primero con quien se tropiece en la acera!

*
* *

Concluiré este artículo, ya es hora, con el asunto único y exclusivo que me ha obligado á escribirlo,

cuando ya este libro lo están dando por terminado los cajistas de la imprenta.

Viendo aquella baraúnda de equipajes sucios y chamuscados, formando pilas sobre el piso de la calle, y la figura contristada y maltrecha de mi querido amigo Juan Vila, ¡aterrado por la inmensa pérdida de su valiosa sastrería!.... me fijé en uno de los bomberos, que sacando de entre un papel, que arrojó, unos guantes, le preguntó al maestro Pablo Luna, si eran de su propiedad.

—Míos son—respondió el interpelado,—los dejé en el cuarto; otra prenda más importante no parece; no quiero los guantes, han quedado muy deteriorados.

Aquel impreso que tiró el del casco, me tenía obsesionado, había en él una figura.

Me aproximé, lo levanté; era casi una hoja de periódico ilustrado con el retrato de Echegaray.

En el reverso ¡un soneto de D. José!

¡Muy original, por cierto! ¡Trae fuego en abundancia!

Á haberlo yo conocido, lo hubiese intercalado en el capítulo anterior.

No quiero desistir de publicar tan bella composición.

Con ella daré digno remate á mi crónica.

Ahí van los versos:

De cómo hago los dramas.

Escojo una "pasión„, tomo una "idea„,
Un problema, un carácter... y lo infundo,
Cual densa dinamita, en lo profundo
De un "personaje" que mi mente crea.

La "trama„ al personaje le rodea
De unos cuantos "muñecos„, que en el mundo,
Ó se revuelcan en el cieno inmundo,
Ó se calientan á la luz Febea.

La mecha enciendo; el fuego se propaga;
El cartucho revienta sin remedio,
Y el "actor principal„ es quien lo paga.

Aunque á veces también, en este asedio
Que al arte pongo y que al instinto halaga,
Me coge la explosión de medio á medio.

José Echegaray.

Post-Scriptum.

Jamás se me había ocurrido escribir nada sobre materias teatrales.

D. José Francos Rodríguez, sin más precedente que creer él que yo tendría idoneidad para el caso, me invitó á hacerlo.



Vicente García Valero, en 1909.

¿Cómo negarme á la petición de autoridad de tan sólidos prestigios?

En modo alguno.

Mandé artículos al *Heraldo;* luego me aconsejó que publicara un libro, pues tenía evidencia, decía, que había de ser de interés y amenidad.

Iguales deseos y opiniones me expresaron otras personalidades de la literatura.

Á tantas instancias, en número y calidad, acabé por decidirme.

Me brindaron prólogos de buenas firmas, que rehusé por miedo á galanterías encomiásticas que habrían de sonrojarme, pues sólo me he propuesto llevar al papel la veracidad de los hechos, sin recurrir á literaturas y atildamientos que no hubiera logrado encontrar.

Sólo tengo á mi favor una memoria privilegiada, que ha sido mi mayor enemigo, pues grandes disgustos me ha reportado, y á ella me he asido para reseñar los sucedidos, que olvidados continuarían de no resucitarlos yo, pues son de mi pertenencia, y al sacarlos á luz marcan distintas épocas del teatro.

Yo que leo y releo casi, por no decir todos, los libros que en esta materia han producido D. Emilio Cotarelo y D. Carlos Cambronero, á los cuales admiro, he referido en estilo liso y llano los hechos, porque imitar á tan bien cortadas plumas seguramente me hubiera dado un resultado desastroso; y bien aleccionado estoy, desde muy niño, por un cuentecillo que oí referir en una reunión de hombres graves, alrededor de la chufleta, á la que no daban punto de reposo con el besuqueo de los cigarros.

Voy con el citado cuento, que no deja de tener filosofía.

En los tiempos que todos los animales estaban amistosos y todos tenían el don de la palabra, hubo la abeja de llevar á su casa al asno y convidarle á comer.

Mano á mano y junto á la mesa, la señora del aguijón y el caballero de los rebuznos, devoraban en amable consorcio, un plato y otro con sabrosos alimentos:

—Voy, hermano pollino, á darte á conocer como final de mi comida un suculento manjar que ha de gustarte en extremo—dijo la dama.

Y dicho y hecho: unida la acción á la palabra dejó sobre la mesa la vianda anunciada.

Era de ver con que fruición comió de aquello el distinguido burro; se hallaba embelesado; hasta las orejas mojó, haciendo caso omiso de la etiqueta.

—Dime, sin par abeja, ¿dónde te provees de tan exquisito bocado, ¿que á los dioses causaría envidia?

—Esto, amigo mío, no se adquiere en parte alguna; es producto de mi organismo; pertenece á mi economía; esto que tanto te ha deleitado es lo que yo defeco.

—¡Asombrado quedo!, y si no fuera por resultar grosero á la hospitalidad que me haces, soltaria un rebuzno que había de aturdirte. ¿Cómo te las arreglas para conseguir estas deyecciones?

—Pues oye; en vez de alimentarme como tú de paja y cebada, tengo gustos más delicados; como flores; me poso en los cálices de ellas y libo en sus fondos los juguillos azucarados.

—Adiós, hermana abeja; por mi deseo no debías morir al clavar tu aguijón, que no menos premio merece quien tan dulce cosa produce. ¡Bien se me alcanza que con tan buenas *entradas* tengas tan buenas *salidas*!



Á los pocos días, todos los animales convecinos del burro recibieron invitaciones para una comida que éste les iba á dar. Ofrecía presentar un soberbio plato producto de su inventiva.

Paseos cotidianos por montes, selvas y florestas dió nuestro buen pollino, no perdonando flor silvestre ó de aroma que ante sus ojos aparecía.

El atracón fué grande; el aguante para retrasar su mayor necesidad no fué menor; así llegó al punto y hora en que los invitados aplaudían, inquietos por la tardanza del plato enumerado.

—¡Calma por breves instantes—suplicó el pollino,—voy á traeros la mayor sorpresa que jamás podríais discurrir!

Entró en su casa, y, con recato, dió suelta á su continencia; mas, ¡oh decepción!, ¿de qué le había

servido plagiar á la abeja si al deponer hizo... ¡¡lo de siempre!!

Y con esta fabulilla me despido del amable lector, dándole gracias por haberme honrado con la lectura de estas crónicas retrospectivas.

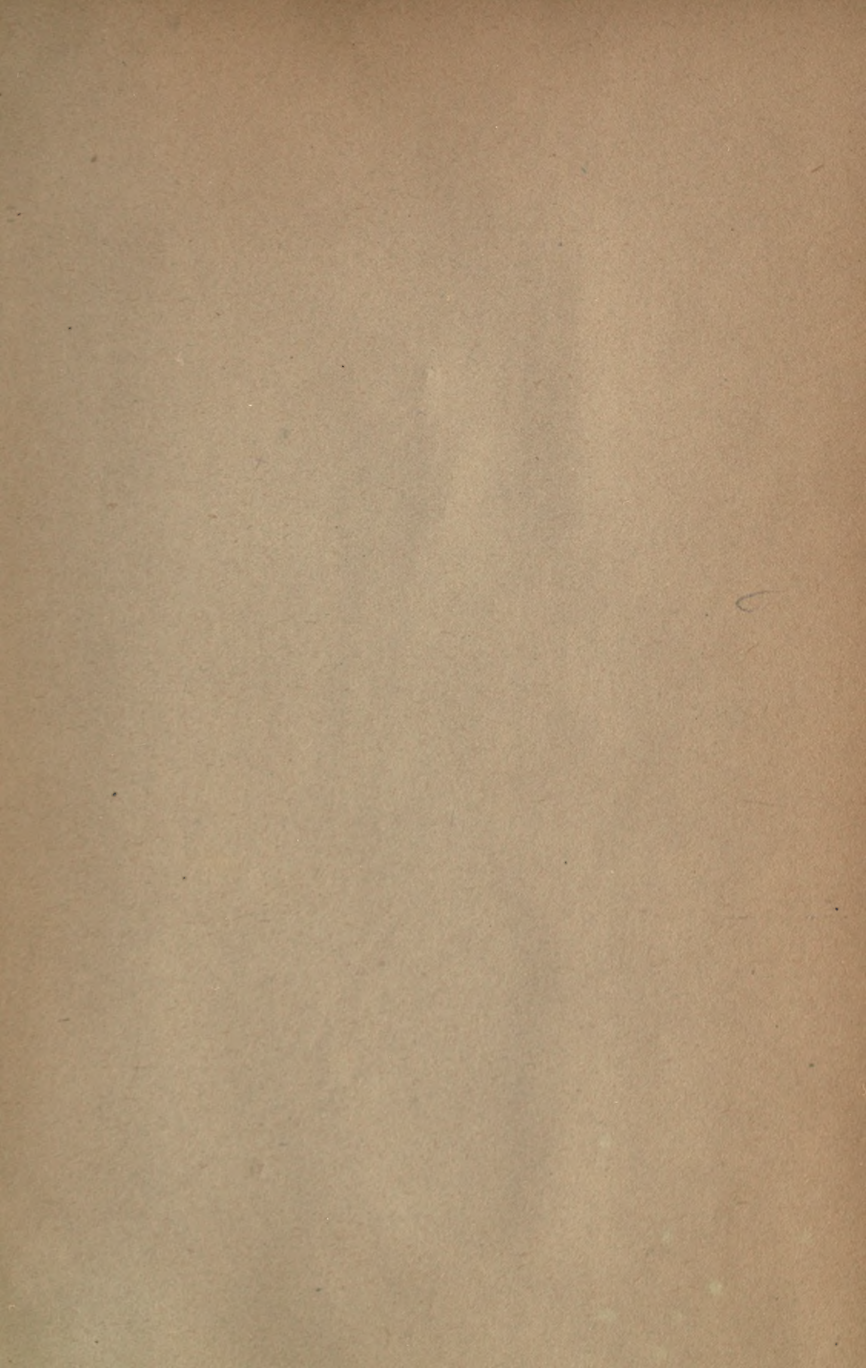
Madrid, 2 de Agosto de 1909.

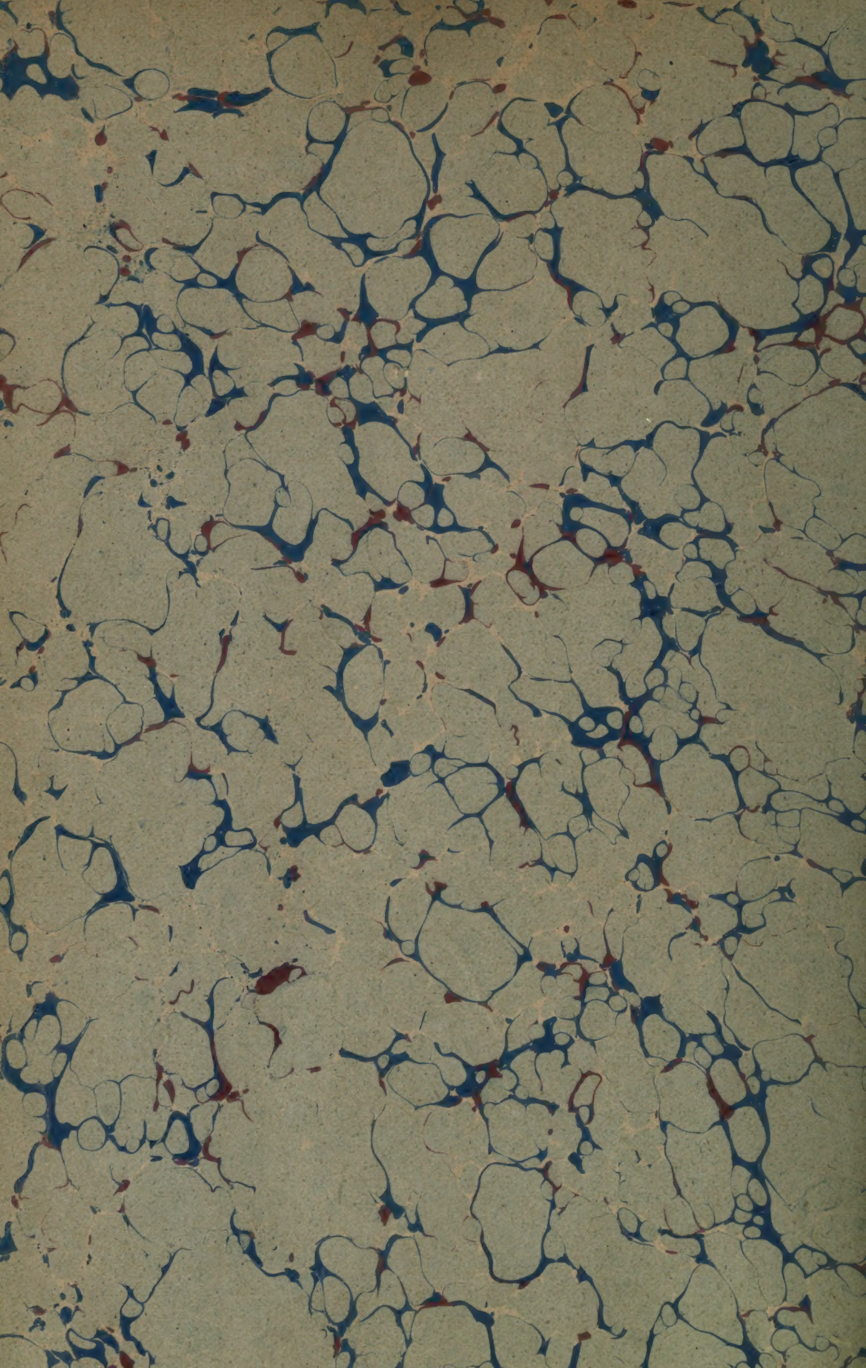
ÍNDICE DE TEXTO

ÍNDICE DE GRABADOS

RECTIFICACIONES

Página 53, línea 2, dice: *Torré, un;* debe leerse: *Torré era un.*
Página 196, línea 13, dice: *cuadros;* debe leerse: *retratos.*






PN
2788
G37A3
1910
c.1
ROBA

